

MELISSA STORM

AUTORA DE BESTSELLERS DEL *NEW YORK TIMES*

CORAZONES
DE ALASKA



EL COTTAGE MÁS SOLITARIO

El Cottage Más Solitario

CORAZONES DE ALASKA

MELISSA STORM

© 2024 **Melissa Storm.**

Todos los derechos reservados. Salvo lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información sin el permiso previo por escrito del editor.

Portada: Kristina Hack, The Book Brander

Traductor: Sofia Magdaleno

Editor Español: Rose Castro

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de otro modo, sin el permiso por escrito del editor.

Melissa Storm
PO Box 873403
Wasilla, AK 99687
USA

Para Falcon

*Quien me introdujo por primera vez a la belleza de Alaska
Cuyas experiencias como adiestrador sirvieron de inspiración para esta serie
Y quien abrió mi corazón al más grande de los amores*

Índice

[Acerca de este libro](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Acerca de Melissa](#)

[Agradecimientos](#)

Acerca de este libro

El mundo de Lauren Dalton se destrozó el día que su padre murió. Se desmoronó de nuevo cuando encontró una caja de viejos recuerdos que conmemoraban una vida que nunca había sabido que él había llevado.

Con el corazón roto pero decidida, acepta un trabajo temporal en la Alaska rural para cuidar los perros de un musher herido mientras busca la verdad sobre el pasado oculto de su padre. Pero su cascarrabias nuevo jefe trae consigo peligrosos secretos propios.

Cuando un incendio arrasa parte de la propiedad, todo se revelará —y a más de seis mil kilómetros de distancia del único hogar que ha conocido, Lauren descubrirá cuán puede cambiar todo.

Una

La llamada llegó mientras Lauren estaba en el trabajo. Sus ojos se cruzaron prácticamente mientras intentaba dar sentido a la interminable hoja de cálculo que tenía delante. Nunca le habían gustado los números, pero cuando te gradúas con un título en Filología Inglesa en el siglo XXI, tomas cualquier trabajo que puedas conseguir. En su caso, era el procesamiento de datos para una gran empresa con sede en Nueva York que vendía sus datos a otros centros de datos, para que juntos pudieran invadir el espacio personal de la gente con esos tipos de anuncios que te perseguían por Internet con una habilidad increíble para saber dónde habías estado y qué podrías comprar.

Personalmente, lo odiaba.

Por eso estaba más que contenta por la distracción que esperaba al otro lado de esa llamada. Se quitó los auriculares y cogió el móvil. —¿Diga? —contestó.

Un hombre con una voz profunda y desconocida la saludó. —¿Lauren Dalton?

—Sí —confirmó, ella, haciendo lo posible por sonar amable pero ocupada, por si acaso era una llamada de ventas. No tenía dinero para comprar nada, aunque quisiera, razón por la cual estaba allí, en ese trabajo monótono, intentando ganar algo de dinero para poder algún día quizás perseguir lo que realmente amaba.

Eso es, una vez que averiguara qué podría ser.

El hombre al otro lado de la línea soltó un largo suspiro. —Soy el agente Reed. ¿Hablo con Lauren Dalton, hija de Edward Dalton?

El pánico se apoderó del corazón de Lauren. Claramente no le gustaría nada de lo que este hombre tenía que decir, ¿entonces qué lo estaba alargando?

—¿Qué le pasó a mi padre? —susurró, apenas capaz de articular las palabras.

—Lamento informarle que su padre estuvo involucrado en un accidente automovilístico y ha fallecido.

Lauren soltó un fuerte hipido de sollozo, provocando miradas irritadas desde los cubículos vecinos.

—Hubo un ciervo. Creemos que murió al instante. Sé que es un momento difícil usted, pero cuando pueda, necesita venir a reclamar sus efectos personales en la comisaría.

¿Muerto? ¿Cómo podía estar muerto su padre? Si acababa de estar en casa por Navidad. Él le había regalado un kit de scrapbooking y una estantería llena de novelas, y ella le había regalado una cafetera nueva y elegante. ¿Cómo iba a disfrutar de sus lattes matutinos si estaba muerto? ¿Cómo podrían hacer su viaje anual a Disney World si él ya no está en este mundo? ¿Y en el futuro, cuando se casara? ¿Quién la llevaría al altar?

Necesitaba estar segura. —¿Puedo verlo? —preguntó, ahogando otro sollozo.

Su padre era la única familia que le quedaba. Su madre había muerto cuando Lauren era demasiado pequeña como para tener recuerdos de ella, y ambos padres habían sido hijos únicos, como ella.

Siempre habían sido Lauren y su papá contra el mundo.

Pero ahora solo sería Lauren, y el mundo era aterrador cuando no tenías a nadie con quien enfrentarlo.

—Si eso es lo que quieres—. El oficial recitó la ubicación de la morgue y esperó mientras la escribía en una nota adhesiva.

—Enseguida voy —le dijo y colgó rápidamente. Volvió a mirar la hoja de Excel en la pantalla de la computadora. ¿En eso se convertían las personas una vez que dejaban de serlo, en una serie de números y datos, gustos y aversiones, perfiles de compradores y comportamiento de clics?

Aquel pensamiento le dieron ganas de vomitar. De ella dependería de que Edward Dalton fuera recordado como el hombre increíble que había sido y no sólo como parte de la cuota de marketing anual de alguien.

Apagó la computadora, recogió sus cosas y fue a buscar a su jefa. Al no encontrarla en la oficina, miró en la sala de conferencias, donde, efectivamente, Joanna Brocklehurst estaba cortejando a un par de clientes.

—¡Lauren!—, jadeó su jefa cuando ella irrumpió en la sala y exigió su atención—. Mis disculpas—, murmuró a los clientes, poniéndose en pie.

—Me tengo que ir—, dijo Lauren y se dio la vuelta para marcharse de nuevo.

La señora Brocklehurst la persiguió hasta el pasillo. —Disculpa, no puedes irrumpir así en una reunión, y no puedes irte temprano cuando te falta entregar un informe. Tienes responsabilidades—. Enfatizó la palabra con reverencia, como si nada pudiera ser más importante que su trabajo para Data Corp.

—Sí, tengo responsabilidades y tengo que ir a ocuparme de ellas. Volveré el lunes, probablemente.

—¿El lunes? Pero si apenas es miércoles. Lo siento, pero no puedo concederte tiempo libre con tan poca antelación.

—Bien, entonces no volveré. Nunca más. Renuncio. Buena suerte con los informes.

Habría sido bastante fácil explicarle lo que había pasado y por qué tenía que irse, pero de alguna manera no se atrevía a hablar de su padre en pasado ni a compartir nada de él con su jefa.

Ya había dado demasiado de sí misma a este lugar. Era momento de dejarlo atrás, de hacer algo con el apellido Dalton, ahora que dependía enteramente de ella mantener vivo su legado.



Lauren llegó a la morgue un par de horas más tarde, a pesar de haber conducido al menos diez veces por encima del límite de velocidad. Tal vez, si conducía lo bastante rápido, podría retroceder en el tiempo como en aquellas populares películas de los ochenta con Michael J. Fox.

Pero en lugar de volver al pasado feliz, pronto se encontró cara a cara con su nuevo futuro, y no era uno del que quisiera formar parte.

La funeraria había hecho un buen trabajo limpiándolo, pero la piel de su padre seguía manchada con moratones oscuros. Sus brazos estaban salpicados de cortes y rasguños, aunque no había sangre, ni rastro de vida, en ellos.

¿Y cuándo había envejecido tanto?

Seguía pensando en su padre como el joven de pelo castaño con pocas hebras blancas que enmarcaba unos ojos verdes y afilados que siempre había deseado heredar en lugar de sus marrones apagados. Pensaba en él como el hombre que había asistido amablemente a todos los actos del Día de la Madre de su colegio. Era el hombre que le había cambiado los pañales, que le había enseñado a caminar. Quien la había ayudado a entender su primera menstruación, la había consolado tras su primer corazón roto.

Él había sido su mundo, y ahora, sin más, el mundo de Lauren había dejado de girar.

La señora de la funeraria le hizo señas con la cabeza para que se acercara.

—Hola, papá—, consiguió decir Lauren cuando se acercó a la camilla.

—Siento tu pérdida—, dijo la mujer, aunque no tenía ni idea de lo que Lauren había perdido.

¿A qué clase de mundo nuevo se enfrentaría mañana? Lauren necesitaría ser valiente para seguir viviendo en un mundo que ya no albergaba su corazón.

—Te amo, papá—, susurró, besándose los dedos y colocándolos en la mejilla imposiblemente fría de su padre. Inclino la cabeza y murmuró una rápida plegaria. Algún día volverían a verse, pero Lauren aún tenía muchos días por delante en los que tendría que arreglárselas sola.

Y así lo haría, porque así la había criado su padre, y ella se negaba a defraudarlo.

Das

Lauren condujo hasta la casa de su padre y entró con la llave que él guardaba debajo de una rana de colores que había pintado para él en tercer grado. Era como si la casa también sintiera la pérdida de su dueño, a pesar de que habían pasado tan pocas horas desde la última vez que la había abandonado.

Volver a casa había sido a menudo su refugio después de una semana estresante en el trabajo o después de otra mala ruptura. Esta vez, apenas podía reconocer la casa en la que había vivido sus recuerdos más preciados.

Pero había algo que le preocupaba. ¿Por qué había conducido su padre aquella mañana, y por qué no había visto al ciervo cruzar la autopista?

Él era un maestro jubilado, no tenía necesidad de ir a ningún sitio con urgencia. Generalmente solo salía a dar una vuelta por su pequeño pueblo para saludar a sus antiguos alumnos y a sus vecinos. Entonces, ¿por qué las cosas habían sido diferentes hoy?

Tendría que planificar un funeral, y sin duda la mitad, si no todo, el pueblo asistiría. Y tendría que ordenar sus cosas, liquidar su herencia, asegurarse de que todo estuviera en orden.

Pero, ¿qué pasaría después?

Ya no tenía trabajo, y sabía que no sería capaz de soportar vivir en esta casa ella sola. A pesar de querer a sus vecinos, ahora se había convertido en la persona a la que todos compadecían y de la que cuchicheaban cuando creían que no estaba viendo. Lauren no quería vivir así. Quería vivir una gran vida, una que honrara la memoria de su padre.

Lauren encontró la cafetera que le había comprado a su padre por Navidad un par de semanas antes y se alegró de ver que había tenido la oportunidad de usarla. La puso a hervir y fue a la habitación de su padre en busca de pistas sobre por qué había salido aquel día.

Le resultaba extraño rebuscar entre sus cosas cuando hacía tan poco que las había usado, casi como si fuera una invasión de su intimidad. Pero era una tontería. Ella y su padre no se habían ocultado nada a lo largo de los años. Por eso su relación había sido tan sólida. Él le hablaba con franqueza de la muerte de su madre, de si había o no suficiente para pagar las facturas cada mes, de todo.

Había hecho lo mejor que pudo para preparar a Lauren para la vida, pero nunca le había enseñado a vivir sin él. Los dos habían supuesto tontamente que ese día estaba muy lejos, que, cuando llegara, Lauren estaría casada, con hijos, viviendo su mejor vida, no siendo un don nadie recién desempleada y sin un futuro claro.

Volvió a la cocina y se sirvió una taza de café. Normalmente suavizaba el sabor con más leche y azúcar, pero hoy saboreó el tono ácido y penetrante. Con la taza en la mano, volvió al dormitorio y abrió el armario.

Las camisas de su padre colgaban en hilera, bien planchadas y listas para ser usadas, a pesar de que él ya no estaba. En el rincón más alejado, una pila de cuatro cajas de zapatos estaba apoyada contra la pared. Allí guardaba sus cajas de recuerdos. A menudo la hojeaban juntos y él le contaba a Lauren historias de su madre y de lo mucho que se parecían, de lo orgullosa que se habría sentido.

¿Orgullosa de qué? se preguntó Lauren con un suspiro triste y nostálgico.

Sacó las cajas del armario y las colocó sobre la cama perfectamente hecha. Sabía que la de tapa turquesa tenía recuerdos y fotos de su madre. La morada contenía la infancia de Lauren, y la naranja, sus años de colegio. No recordaba una cuarta caja, pero allí estaba, otro contenedor de cartón marrón.

Naturalmente, esa fue la que abrió primero.

Inmediatamente se encontró con recortes de periódico cuidadosamente apilados y viejas fotos Polaroid. *El Anchorage Daily News*, decía el titular del primero. Qué raro, ¿su papá no había vivido siempre en Nueva York?

Siguió leyendo el artículo:

Edward Dalton se convierte en el musher más joven en clasificarse entre los veinte primeros en la Iditarod, superando a varios hombres más experimentados y asegurando su lugar como estrella emergente y serio aspirante para el próximo año.

¿Se refería a... carreras de perros? ¿Alaska? Nada de esto tenía sentido. ¿Por qué su padre le había ocultado algo tan inocente todos estos años? ¿Y por qué lo había dejado si era uno de los grandes?

Siguió hojeando el contenido de la caja, desenterrando fotos de perros, hombres con chaquetas e incluso un viejo collar. Estaba claro que esto había significado algo vital para su padre, pero, de nuevo, no entendía por qué le había ocultado esto.

Sacó su teléfono y buscó "perros de trineo" en Internet. ¿Quizá había algo oculto que ella desconocía? La idea le parecía ridícula, sobre todo teniendo en cuenta lo recto que había sido su padre desde que tenía memoria.

Uno de los primeros resultados de Google era sobre la estrella de la música country Lolly Winston. Lauren tenía sus dos CD y le gustaba escuchar a Lolly en los largos trayectos hasta su antiguo trabajo. Curiosa, cliqueó en un artículo sobre la Organización de Rescate de Perros de Trineo, una organización benéfica fundada por Lolly y su marido Oscar Rockwell hace unos dos años.

—Tenemos que preservar la última gran raza y asegurarnos de que los perros jubilados encuentran un hogar amoroso—, decía Lolly. —Hay algo tan hermoso en ver a estos perros en su hábitat, que es tanto en las pistas como en casa.

Lauren asintió con la cabeza mientras leía y, antes de darse cuenta, había entrado en el sitio web de la ORPT, donde había una lista de perros en adopción y otras formas de ayudar.

Si tienes corazón, tienes un hogar.

A Lauren le gustó la frase, sobre todo teniendo en cuenta que parecía que lo único que le quedaba en esos días era su corazón, y además muy roto.

Cuanto más tiempo pasaba en el sitio web, más interesada se volvía.

Estos perros te querrán con todo lo que tienen. Están muy agradecidos por haber sido rescatados, por tener una segunda oportunidad.

Una segunda oportunidad, pensó Lauren. *Ojalá alguien me rescatara a mí.*
Y entonces encontró su blog, y en la parte superior de la red había una foto de un hombre guapo y robusto junto a un grupo de casi treinta perros.

Shane Ramsey, decía el post, ha sido considerado durante mucho tiempo uno de los mejores corredores del momento. Por desgracia, durante un desafortunado entrenamiento, su máquina de nieve le destrozó la rótula. La lesión requerirá un largo y difícil proceso de recuperación, si es que llega a recuperarse. Aunque su estado es estable, aún no se sabe si podrá seguir compitiendo. El Sr. Ramsey busca ahora un adiestrador que se ocupe de su equipo mientras él intenta mejorar. Todos los demás equipos ya están metidos de lleno en los entrenamientos de esta temporada, dejando a Shane y a su equipo al margen. Por eso ha acudido a nosotros, y ahora nosotros acudimos a ti. Si tienes corazón, tenemos un trabajo y un hogar para al menos los próximos tres meses, y hasta un año. ¿Ayudarás a cuidar de este increíble equipo? Te puedes informar más en...

Lauren pulsó el botón de llamada en cuanto vio el número de teléfono. El periódico había calificado a su padre como uno de los mejores corredores de su década, y este blog decía lo mismo del tal Shane. Ya no tenía trabajo, ni casa, ni nada.
Sentía que todo la llevaba a ese lugar, así que respiró hondo y se acercó a su vocación.

Tres

Aproximadamente una semana después, Lauren se encontró conduciendo su auto de alquiler por una larga y solitaria carretera. La nieve la rodeaba por todos lados y el cielo puro y limpio se fundía a la perfección con la espesa nieve del suelo.

Le había llevado ocho días ininterrumpidos organizarse y terminar con todo en Nueva York, y ahora estaba lista para esta pausa en su vida. Como era de esperar, el funeral de su padre había sido muy concurrido, y gracias a su intenso empeño en mantenerlo todo limpio y ordenado, preparar la casa para la venta tampoco le había llevado mucho tiempo.

Vender la casa le había dejado unos modestos ahorros con los que podría construirse algo nuevo. Ella estaría bien, pero aún no estaba segura de cómo o cuándo.

Un águila se elevó a lo lejos, lo que le hizo preguntarse si sería un buen presagio. Libertad. No se había dado cuenta de que necesitaba liberarse de su vida, pero ya era libre.

Más le valía aprovechar esa libertad.

A medida que se alejaba cada vez más de Anchorage, empezó a preguntarse si no se habría pasado algún desvío. Pero dado que apenas había desvíos, curvas o cualquier otra cosa que no fuera una carretera recta y llana, no veía cómo podría ser posible.

Finalmente, cuando Lauren pensaba que se quedaría dormida al volante por la aburrida monotonía de blanco, blanco y más blanco, recto, recto y más recto, encontró una vieja y desgastada señal que anunciaba la entrada a Puffin Ridge.

—Finalmente—, por supuesto, a pesar de lo que decía la señalización, después de girar aún tuvo que conducir otra media hora para encontrar la dirección que había garabateado en una nota adhesiva.

El número 1847 de Thornfield Way se vislumbraba perfectamente mientras bajaba por una pendiente helada y se dirigía hacia una cabaña hogareña de cedro rojo, situada en medio del claro de un gran bosque de pinos.

Sus frenos se atascaron cuando intentó reducir la velocidad, pero por suerte había más que suficiente nieve para amortiguar su parada. Aquí estaba, en su nuevo hogar durante los próximos tres a doce meses.

Utilizando el espejo retrovisor para verse, se aplicó una nueva capa de brillo de labios y se pasó las manos por el pelo. *Bien*, decidió, y cogió su bandolera antes de salir.

Una mujer de mediana edad con el pelo rubio fresa salpicada de canas saludó a Lauren en la puerta. Oh, no, ¿se había equivocado de dirección? ¿o se había equivocado de casa?

—Tú debes ser Lauren. Entra antes de que te mueras de frío—, dijo la mujer, haciendo grandes gestos con las manos mientras hacía pasar a Lauren.

—Hola, ¿y tú eres la... esposa de Shane?— La mujer parecía más de la edad para ser su

madre, pero Lauren no quería insultarla cuando bien podría ser la única persona alrededor en kilómetros.

La mujer se río con ganas, y a Lauren le cayó bien de inmediato. —Por Dios, no. Soy Mary Fairbanks. Soy lo más parecido a una vecina que tiene el señor Ramsey, así que te he estado sustituyendo mientras llegabas. Hablando de eso, ahora que estás aquí, mejor me voy. Dejé el horno prendido.

A Lauren le pareció extraño que una mujer al menos una docena de años mayor que Shane lo llamara señor, pero le preocupaba más quedarse sola cuando no tenía ni idea de lo que se esperaba de ella.

—Espera—, suplicó—. ¿Está Shane aquí? ¿Puedes llevarme con él antes de irte?

—El señor Ramsey—, enunció Mary sobre el alboroto de ladridos que se escuchaba desde fuera—. Y no, está en una cita médica. Esta tarde serán solo tú y los perros. ¿Por qué no vas a saludarlos? Están en la perrera, como ya habrás adivinado—. Se puso una bufanda de punto grueso alrededor del cuello y se enterró en su abrigo—. Tengo que irme, pero nos volveremos a ver pronto. Encantada de conocerte, querida—, dijo, acercándose al pomo de la puerta. Hizo una pausa y miró a Lauren como si se le hubiera olvidado algo—. Ah, y buena suerte.

Lauren creyó oír que la anciana murmurando "la necesitarás" mientras bajaba a pisotones y desaparecía de su vista.

Cuatro

Lauren observó a la señora Fairbanks hasta que desapareció en el horizonte, dejándola sola en el extraño y nuevo lugar que ahora sería su hogar. La casa estaba desordenada, con papeles regados por todas partes y un cesto de ropa sucia abarrotando el estrecho pasillo.

¿Sería limpiar también su trabajo?

Estaba aquí por los perros, sin duda, pero se preguntaba si el hombre la necesitaría aún más. ¿Habría asumido más de lo que podía manejar?

No, la vida con Shane Ramsey y su alegre equipo de huskies podría resultar un reto, pero como mínimo sería interesante y, en el mejor de los casos, podría ayudarla a descubrir secretos sobre el pasado de su padre.

Y empezaría por saludar a sus pupilos.

Después de sacar un gorro de punto de su bolso, se dirigió a la parte trasera, donde varias hileras de coloridas casitas para perros contrastaban con las montañas de nieve que las rodeaban. En cuanto la vieron, los perros empezaron a tirar de sus ataduras y algunos se subieron a las casetas para tener una mejor perspectiva.

Ladridos excitados, quejidos y aullidos resonaron por todo el valle. Y Lauren supo entonces que había tomado la decisión correcta al venir aquí.

Con cuidado, se acercó al grupo de perreras y se presentó al primer perro, que saltó ansioso para darle besos en las mejillas.

Uno a uno, Lauren recorrió el entramado de casas, presentándose a cada perro por turno. Le llamó la atención un perro en particular, un husky rojo que permanecía tranquilo al borde de la manada, observando a Lauren con cautela.

—Pero si no eres una guapura— dijo Lauren, acercándose al perro y arrodillándose para que la olfateara.

Una brillante placa de cobre colgaba del collar de la perra.

—Briar Rose, ¿eh?— dijo Lauren, rascando a su nueva amiga entre las orejas—. Bueno, es un nombre bonito. ¿Y el resto?

Se giró, sorprendida al ver que no estaba sola en el patio.

—Creía que enviarían a un profesional, alguien con experiencia—, dijo un hombre al que reconoció por sus fotos como su nuevo jefe, Shane Ramsey. Él tenía el ceño fruncido, claramente disgustado con lo que veía.

—¿Y cómo sabe que no tengo experiencia?—, preguntó ella, poniéndose en pie, pero aun así, era una cabeza más baja que él, quien estaba apoyado en dos gruesas muletas de madera.

—Todo en ti demuestra que no estás hecha para esto—, gruñó.

—¿Podemos empezar de nuevo, por favor?— Ella se acercó a la reja y salió para situarse

junto a él en el camino que llevaba de la casa a las perreras. Le tendió la mano enguantada, sonrió y esperó a que aceptara su saludo.

—No—, dijo él, recogiendo sus muletas y girándose hacia la casa.

—¡Espera!— gritó Lauren. El sonido de su voz cortó bruscamente el aire, alarmando al hombre y excitando a los perros.

Vio al hombre ponerse rígido y girarse lentamente para volver a mirarla. Sin embargo, al hacerlo, su muleta izquierda se enganchó en un trozo de hielo, lo que lo hizo desplomarse sobre la nieve, maldiciendo de dolor.

—¡Deja que te ayude a levantarte!

—No, ya has hecho bastante. Pásame la muleta y déjame en paz.

Ella la cogió y se acercó. Cuando fue a agarrarla, ella la apartó de un tirón y dijo: —No hasta que me digas por qué eres tan grosero.

Él gruñó, un sonido que no sonó del todo humano, lo que, combinado con la mueca en su rostro, le daba un aspecto salvaje. —Porque no eres el tipo de persona que quería contratar. Pero como no había más candidatos, parece que estoy atascado contigo.

—Entonces deberías estar agradecido de que esté aquí. Estás consciente de que no puedes arreglártelas solo, ¿verdad?

—No creo que tener a una niña inexperta aquí sea mucho mejor.

—No me hables así.

Resopló y apartó la mirada.

—Lo digo en serio. Dejé mi trabajo y me mudé unos cuantos miles de kilómetros para estar aquí. Puede que no tenga mucha experiencia, pero estoy dispuesta a aprender. Debes tratarme con respeto.

—¿Y si no, ¿qué?

—Entonces que sepas que no tengo ningún problema en plantarte cara, después de todo, soy la única con dos piernas buenas por aquí—. Se puso tan recta y alta como pudo, y observó cómo su rígida postura se suavizaba en la nieve.

Para su sorpresa, su comentario hizo sonreír a Shane. —Bien. ¿Me devuelves la muleta, por favor?

Ella se la entregó y lo ayudó a ponerse en pie. —Ya está, no fue tan difícil, ¿verdad?

Se alejó murmurando una sarta de maldiciones en voz baja. Lauren y los perros observaron en silencio hasta que Shane Ramsey volvió a entrar en la casa y cerró la puerta tras de sí.

—¿Siempre es así?—, le preguntó a Briar Rose, deslizando los dedos por los eslabones de la valla para acariciar el suave pelaje de la perra.

La perra no respondió a la pregunta, pero Lauren estaba segura de que ella misma podría encontrar la respuesta.

Cinco

Lauren pasó la siguiente hora en compañía de los perros. Leyó los nombres en sus collares y los relacionó con las razas y la personalidad únicas de cada uno. Briar Rose se había convertido rápidamente en su favorita, aunque no parecía encajar bien con los demás, no sólo por su comportamiento más tranquilo y su complexión más delgada, sino también por su nombre.

Los nombres de los demás huskies y malamutes varían entre Alice, Bob, Carol, Dennis, etcétera. De hecho, había un nombre para cada letra del alfabeto.

Aunque todos los perros estaban encantados de pasar tiempo con Lauren, Briar Rose fue la que se pegó a su lado durante toda la hora. Lauren estuvo muy tentada de meter a Briar en casa para tener al menos una amiga dentro, pero prefirió evitar otro enfrentamiento con Shane. Después de todo, era muy probable que él considerara que ella hiciera de su perro de trineo una mascota "poco profesional".

Se conformó con una rápida despedida y la promesa de volver temprano por la mañana; luego se dirigió al interior para preparar la cena.

Sin embargo, su jefe se le había adelantado. Shane estaba encorvado sobre una olla de agua hirviendo, luchando con una caja de espaguetis mientras trataba de mantenerse apoyado en sus muletas. Llevaba un pijama de cuadros escoceses y una camisa de botones. Sus pies estaban descalzos, lo que, con este tiempo, le pareció raro, incluso estando bajo techo.

—Déjame ayudarte con eso—, se ofreció, corriendo por la pequeña cocina comedor antes de siquiera quitarse el abrigo o las botas.

Shane sacudió la caja fuera de su alcance, tirando accidentalmente la mitad de su contenido al suelo. —¡Mira lo que me hiciste hacer!

—Yo no te obligué a hacer nada. Eso fue culpa tuya y de tu testarudez—. Se agachó para recoger los fideos esparcidos, pero Shane volvió a interrumpirla.

—Si es mi culpa, entonces yo lo limpiaré—. Ella vio cómo bajaba al suelo, su cara contrayéndose de dolor a cada centímetro del camino. Y lo dejó sufriendo solo mientras ella se quitaba la ropa de invierno y se recogía el pelo en una coleta alta. Durante ese tiempo, apenas hizo mella en el desastre.

—¿Por qué estoy aquí?—, le preguntó, agachándose y obligándolo a mirarla a los ojos—. Si vas a insistir en hacerlo todo tú, ¿para qué me contrataste?

—Yo no te contraté, la ORPT te contrató por mí—, le recordó él con un gruñido apagado.

—Está bien, de acuerdo, pero da igual, estoy aquí para ayudar. ¿Me dejas?— Ella siguió mirándolo, pero el hombre corpulento se negó a regresar la mirada.

—Si eso es lo que quieres, adelante—, dijo, haciendo un gesto hacia el desorden que quedaba

y casi perdiendo el equilibrio de nuevo en el proceso.

—Primero déjame ayudarte a levantarte—, dijo ella.

Él gimió, pero se rindió cuando ella le pasó el brazo por encima del hombro y tiró de él para ponerlo en pie. A pesar de sus heridas, Shane seguía siendo fuerte y capaz de soportar propio peso una vez que Lauren le ayudó a recuperar el equilibrio. Eso era bueno, ya que él la superaba fácilmente por treinta kilos. Eran un estudio de contrastes. Él, un hombre grande, corpulento y de aspecto salvaje. Ella, una mujer menuda y esbelta, de aspecto cuidado y movimientos elegantes.

Shane se puso rígido, haciendo que ambos se detuvieran. —No, a la silla no. Tengo que terminar de hacer la cena—, argumentó.

—¿Qué hay para cenar? ¿Espaguetis? Creo que puedo arreglármelas—. Ella lo llevó a la pequeña mesa de la cocina y lo sentó ante su desorden de papeles.

Él no dijo nada mientras ella terminaba de limpiar los restos del suelo de baldosas ajedrezadas y luego preparaba la cena con los fideos que no había tirado. Le puso delante un cuenco de pasta a la marinera y se giró para irse a su habitación.

—Espera—, dijo Shane sin levantar la vista.

—¿Sí?

—Al menos acompáñame a cenar.

—Oh, así que ahora quieres hablar.

Se encogió de hombros y la miró durante un breve instante, sus ojos azul océano claramente escondían secretos en sus profundidades—. Quiero conocer sobre esta extraña que vivirá en mi casa, sí.

—De acuerdo entonces—. Lauren preparó un tazón para sí misma y se sentó frente a él, empujando algunos papeles para evitar ensuciarlos. —Entonces, ¿qué quieres saber?

Dejó el tenedor y la miró fijamente. Sus ojos no se avergonzaban de estudiarla: no confiaba en ella, todavía no—. Quiero saber por qué estás aquí—, dijo.

—Para ayudarte. Ya te lo dije.

—¿Pero por qué? La organización dijo que eras de Nueva York, y es evidente que no tienes experiencia, así que déjame preguntarte otra vez: ¿Por qué estás aquí?

Bueno, si él no confiaba en ella, entonces ella tampoco confiaba en él. ¿Por qué sospecharía de ella si él no tenía algo que ocultar? Con un poco de suerte, podría quedarse el tiempo suficiente para ayudar a los perros, descubrir el misterio sobre el pasado de su padre y decidir qué quería hacer a continuación. Entonces podría cortar por lo sano con el Sr. gruñón Shane Ramsey y dejarlo muy, muy atrás.

Lo miró a los ojos, negándose a parpadear o a apartar la mirada—. Estoy aquí para hacer mi trabajo. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Ya veo. Así es como será—. Sonrió para sí, cogió el tenedor y volvió a concentrarse en comer.

—Parece que así es como lo quieres, y estoy feliz de cumplir—. Ella también levantó el tenedor, como un desafío.

—Muy bien—, dijo él.

—Muy bien—. Terminaron de comer en silencio y siguieron cada uno por su lado el resto de la velada.

Seis

Cuando llegó la noche, Lauren estaba agotada por el largo día de viaje, el encuentro con los perros y sus enfrentamientos con Shane Ramsey. Encontró su habitación con facilidad. Era la que tenía su nombre pegado en la puerta, igual que los nombres de los perros estaban expuestos en carteles encima de cada una de sus casitas.

Dentro había una sencilla cama de dos plazas con un juego de sábanas que combinaba casi a la perfección con el pijama de Shane. A los pies de la cama había un montón de mantas. De hecho, todo en esta habitación era limpio, ordenado y estéril. No encajaba en absoluto con el resto de la casa. Las paredes eran blancas, y la madera del somier y de la cómoda a juego era de pino claro. Incluso la alfombra era de un beige suave.

Lauren recogió su equipaje y se dispuso a decorar la habitación. Empezó por desempaquetar una foto enmarcada de ella y su padre de las Navidades pasadas y la colocó ordenadamente en la mesilla de noche. Allí encontró un montón de papeles sujetos con un clip rojo.

En la parte superior decía "Normas de la casa" en negrita.

Puso los ojos en blanco y pasó la página, donde una larga lista con viñetas seguía a un breve párrafo introductorio:

Lauren Dalton, en lo sucesivo La Cuidadora, acatará las siguientes normas mientras viva en residencia en la casa y lugar de trabajo de un tal Shane Ramsey, en lo sucesivo El Empleador.

Lauren volvió a poner los ojos en blanco y soltó un largo suspiro. Si seguía así, quedaría marcada para siempre por toda aquella ridícula experiencia. Volvió a fijar la vista en la página y continuó leyendo:

PARTE I.

Sección 1. La Cuidadora dormirá y pasará su tiempo libre en la habitación blanca. Podrá moverse libremente por la casa, excepto en las zonas descritas en la Sección 2, siempre que no invada la intimidad o la comodidad de El Empleador.

Apartado 2. La Cuidadora no puede entrar en el dormitorio principal ni en el cobertizo exterior bajo ninguna circunstancia. Estas áreas son sólo para El Empleador.

PARTE II.

Apartado 1. La Cuidadora deberá preparar dos comidas diarias nutricionalmente equilibradas tanto para ella como para El Empleador, así como para los perros.

Apartado 2. La Cuidadora hará correr a los perros diariamente sacándolos de uno en

uno y ciñéndose al camino marcado a lo largo de la propiedad, a menos que El Empleador le indique lo contrario.

Apartado 3. La Cuidadora debe mantener todos los bienes y activos de acuerdo con...

Y así otras tres páginas igual de aburridas. Al menos suponía que serían aburridas. No tenía paciencia para seguir leyendo las ridículas normas de Shane. Iba a ser una larga estancia, aunque consiguiera salir de allí antes de que se cumplieran los tres meses. Lauren lo ojeó, encontró un lugar para firmar y fechar, y luego lo devolvió a la mesa de la cocina como se le había ordenado.

Después se puso su propio pijama, que por suerte no era de franela como el resto de las sábanas, y se metió en la cama con su eReader. Había empezado un nuevo libro en el vuelo y sólo le quedaban unos pocos capítulos para saber cómo terminaba.

La lectura podía hacerle compañía, aunque "El Empleador" no pudiera. Se las arreglaría. De un modo u otro, estaría bien.

Pero, ¿por qué no podía dejar de pensar en Shane Ramsey? ¿Por qué seguía dándole vueltas al misterio de su extraño comportamiento? Probablemente no lo dejaría ir hasta que pudiera averiguar por qué era tan severo y por qué le había caído mal al instante. Si no podía hacerle cambiar de opinión sobre ella, tal vez podría cambiar su opinión sobre él aprendiendo la verdad detrás de sus extrañas acciones.

Sí, iba a ser una estancia larga, pero tal vez podría encontrar una manera de hacerla volar un poco más rápido. Decidida a desentrañar no sólo los secretos de su familia, sino también los de su nuevo jefe, Lauren no tardó en dormirse.

Siete

La mañana siguiente, Lauren se despertó con el sonido de veintisiete perros ladrando al sol naciente. Entrecerró los ojos y se tomó un momento para recordar dónde estaba y por qué.

Sonó un golpe en la pared, seguido del gruñido ahogado de Shane: —¡Ve a darle de comer a los perros!

—Ve a darle de comer a los perros—, imitó, con la esperanza de que el viejo gruñón la hubiera oído mientras se vestía para salir.

Los perros estaban tan ansiosos por verla como ayer. Tiraron de sus correas, saltaron encima de sus casas y corrieron enérgicamente en círculos alrededor de sus perreras.

—¡Buenos días, amores!—, cantó, pasando y dando a cada perro una palmadita en la cabeza, tratando de recordar sus nombres.

De todos, Briar Rose fue la que la saludó con más cariño, dejando escapar un gemido bajo cuando Lauren continuó para saludar al siguiente perro.

—Aww, Briar. Te sacaré primero. Te lo prometo. Pero primero, ¿qué tal si desayunamos?

Al parecer, eso era lo que querían, porque el entusiasmo del equipo alcanzó un punto febril cuando Lauren se dirigió en busca de la comida para perros. Al ver el viejo cobertizo de madera al lado de la casa, Lauren se dirigió allí primero. Estaba bien cerrado y las ventanas tapadas con cartones. Así que este debía ser el cobertizo mencionado en las ridículas reglas de la casa de Shane, uno de los dos lugares a los que Lauren no tenía permitido ir.

Al darse cuenta de esto, tiró de la manilla de la puerta con más fuerza, pero no se movió. ¿Qué había allí que era tan privado? Quería descifrar el enigma, pero los perros estaban enloquecidos y si no les daba de comer pronto, sin duda, Shane saldría a ver qué pasaba, y no quería discutir con él, mucho menos a primera hora de la mañana.

Por fin encontró las croquetas de los perros en el garaje, junto con una manguera que podía utilizar para llenar sus platos de agua. Cuando se reunió con ellos en la perrera, se dio cuenta de que cada uno sólo tenía un cuenco en lugar de los dos que necesitaban, así que tiró la comida al suelo y llenó los cuencos de agua hasta el borde, sin embargo, se congeló casi de inmediato en el gélido clima.

—¿Qué estoy haciendo mal?— preguntó Lauren a Briar Rose, que lamentablemente no tenía una respuesta para ella.

Una vez que la husky roja terminó de comer, Lauren la desenganchó de la perrera y la llevó a dar un paseo por la propiedad. Briar permaneció pegada a los talones de Lauren mientras caminaban por la nieve. ¿De verdad iba a tener que hacer esto con veintisiete perros, de uno en uno, todos los días?

Soltó a Briar de la correa para que la vieja perra pudiera correr y estirar las piernas, y luego

volvió a las perreras para ver si cogía un par de perros más.

Shane estaba allí, pateando uno de los platos de agua y murmurando en voz baja. Briar Rose corrió hacia él y saltó para plantarle una serie de besos entusiastas en la cara.

—¿Qué está pasando aquí?— dijo Shane y se giró hacia Lauren con el ceño fruncido.

—Alimenté a los perros y ahora los estoy paseando, uno por uno como dictan tus reglas—. Quiso añadir "señor" al final de la oración, pero no quería enojar aún más de lo que ya estaba, por más divertido que fuera.

—¿Por qué hay hielo en los cuencos? ¿No seguiste mis instrucciones sobre la papilla?

—¿Papilla?— Le hizo gracia la palabra—. ¿Es una de esas palabras para referirse a la nieve?

Shane dejó escapar un profundo suspiro. —Vas a dar más problemas de los que vales. ¿Lo sabías?

—Tal vez si me enseñaras cómo quieres que se hagan las cosas, no estarías tan decepcionado todo el tiempo—, señaló, pero él ignoró su comentario sarcástico y comenzó a sermonearla.

—Primer paso: dar a los perros papilla; es decir, agua caliente y comida en un plato para que no se congele—. Volvió a patear el cuenco—. Segundo paso: llevar siempre a los perros con correa. Nada de correr a menos que quieras que se peleen. Paso tres: conservarás mejor tu energía y gastarás más la de ellos si te subes al trineo pequeño. Paso cuatro...

—Espera un segundo. Me estás dando mucha información de golpe y no tengo con qué apuntarla.

Volvió a suspirar y se pellizcó el puente de la nariz con los dedos enguantados. —Por eso te lo he escrito. No leíste las normas antes de firmar, ¿verdad?

Ella vaciló, lo que aparentemente le dio toda la respuesta que necesitaba.

—Creía que habías dicho que te tomabas este trabajo en serio.

—Y es cierto. Sólo que no me di cuenta de que no me enseñarían lo que tengo que hacer y de que serías tan exigente. Sólo son perros, Shane. Los perros necesitan amor más que nada.

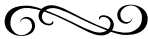
—¿Me estás jodiendo? ¿Amor?— Ahora tuvo la audacia de reírse de ella—. Y no son sólo perros. Son mi medio de vida. Son campeones de carreras que necesitan mantenerse en forma. Nacieron para correr, y que yo apenas pueda andar no significa que deban estar atados toda la temporada. Así que olvídate del amor y céntrate en tus obligaciones. Una vez que te asegures de hacer todas las cosas importantes cada día, tienes mi bendición para usar la energía que te quede, si es que te queda alguna, para colmar de amor a los cachorritos.

Ella enarcó una ceja, pero él no pareció darse cuenta. —¿Te estás burlando de mí?

—Sólo digo lo obvio. No es culpa mía que no tengas ni idea de lo que haces, y tampoco es culpa mía que no hayas leído las normas—. Se aclaró la garganta y la miró un momento antes de volver hacia la casa y decir por encima del hombro: —Ahora vuelve a ponerle la correa a esa perra y haz bien tu trabajo.

Lauren supo entonces que no se ganaría fácilmente la amistad de Shane. Por mucho que ella lo desafiara, él le devolvería el desafío. Sabía por lo que estaba luchando: un nuevo comienzo para su futuro e información sobre el pasado de su padre, pero ¿qué estaba ocultando Shane?

Ocho



Lauren enganchó los perros al trineo uno a uno y los hizo correr como Shane le había indicado. Aunque estaba agotada después de varias horas, su equipo seguía igual de enérgico.

Comprometida a volver a salir después de un almuerzo rápido, se dirigió al interior para ver qué quedaba en la escasa despensa.

Shane estaba sentado junto a la ventana en su gran sillón reclinable. Al parecer, la había estado observando. No tenía ni idea de por cuánto tiempo, pero eso le hizo sentirse incómoda.

—¿Me estabas espiando?— preguntó, intentando parecer más alegre de lo que se sentía.

Él se frotó las palmas de las manos en los pantalones de pijama y se sentó un poco más erguido en la silla. Como si quisiera intimidarla. —¿Espiendo? No. Mi trabajo es vigilarte y asegurarme de que mis perros están a salvo y bien cuidados.

—Sería más fácil si me enseñaras lo que tengo que hacer—, señaló ella una vez más.

Él sonrió como si disfrutara de sus batallas casi constantes. —Se supone que ya sabes qué hacer.

Habían llegado a un punto muerto. Otra vez. Lauren puso los ojos en blanco y se dirigió de nuevo a la cocina.

—¿Adónde vas?—, la persiguió. Su silla crujió cuando bajó el reposapiés.

—A ver qué hay para almorzar. ¿Tienes hambre?

—Sí, pero no creo que tengamos mucho aquí. ¿Cuándo vas a la tienda?

—Cuando termine de ejercitar a los perros, supongo—. Hurgó en el fondo de la despensa y encontró algunas cajas de productos que podían o no haber caducado—. ¿Cómo vivías antes de que yo llegara?

Se encogió de hombros. —Cogeré una manzana o algo después de ducharme.

—Bien, necesitas una ducha. Apestas—. Era mentira, pero ella quería molestarlo. ¿Por qué disfrutaba tanto molestándolo? ¿Acaso él también disfrutaba fastidiándola?

La miró a los ojos durante unos segundos, como un desafío, y luego esbozó una sonrisa. —Dímelo otra vez cuando sudes por primera vez trabajando con los perros. Por cierto, se cansarán más rápido si añades pesas al trineo—. La evaluó, mirándola de arriba abajo, y luego añadió:—Eres demasiado pequeña para ofrecer mucha resistencia.

Lauren se contuvo de decirle que esa información habría sido más útil antes de que hubiera pasado la mitad de su día tratando de ejercitar a los perros, y volvió su atención a la búsqueda de algo, cualquier cosa, para comer. Cómo hubiera deseado tener el auto de alquiler unos días más para poder ir a la ciudad a comprar comida. A pesar del hambre que tenía, no se sentía preparada para pedirle un favor a Shane, especialmente uno tan grande como agarrar su auto.

—¿Y bien?— preguntó Shane, entrando, cojeando en la cocina detrás de ella.

—¿Y bien qué?—, refunfuñó ella—. Ve a ducharte, apestoso.

—Si tienes la mitad de corazón que, de boca, te ganarás a los perros enseguida.

Se preguntó si esa era su forma de decirle que le gustaba, y si a ella le importaba si le gustaba o no. —Me alegro de saberlo—, dijo sin rodeos—. Ahora vete, por favor.

Él se burló, pero hizo lo que le dijo.

Mientras Lauren cogía mantequilla de maní y galletas de la despensa casi vacía, se preguntó más cosas sobre su jefe y cómo había llegado a ser como era. Shane Ramsey tenía verdaderos momentos de humanidad, cuando esbozaba una sonrisa o se burlaba de ella o dejaba que alguna parte de sí mismo brillara a través de su rudo exterior.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo era un hombre bestial. Apenas un hombre.

Por suerte para ella, Lauren no les tenía miedo a los monstruos. Y descubriría el secreto de Shane más temprano que tarde. Siempre había sido demasiado curiosa para dejar un buen misterio sin resolver, y ahora tenía dos.

Primero averiguaría por qué su padre había dejado las carreras, por qué se lo había ocultado y qué había estado haciendo el día de su muerte.

Luego averiguaría qué horrible cosa había hecho la vida para convertir a Shane Ramsey en su bestial encarnación actual. Tal vez había una versión mejor de él enterrada en algún lugar profundo.

Nueve

Mientras Lauren contemplaba la fecha de caducidad de un tarro de mermelada de fresa que había encontrado en el fondo de la nevera, la puerta principal de la cabaña se abrió, dando paso a una mujer pelirroja bien abrigada. Vio cómo la desconocida se quitaba con cuidado el abrigo y lo colocaba ordenadamente en el armario.

—¿Puedo ayudarte?— preguntó Lauren, quien había decidido no arriesgarse con la mermelada y tirarla a la basura bajo el fregadero.

La mujer se sobresaltó un poco, pero pronto sus ojos castaños brillaron de reconocimiento. —Oh, tú debes de ser la nueva adiestradora. Hola, soy Grace Pearson—. Ella se apresuró a extender su mano, pero Lauren se mantuvo cautelosa.

—Shane no mencionó ninguna Grace. ¿Puedes decirme un poco más acerca de por qué estás aquí?

—No me mencionó, ¿verdad? No es sorpresa, nunca menciona casi nada. De hecho, yo tampoco sé cómo te llamas—. Hizo una pausa.

—Ah, sí. Soy Lauren.

—Hola, Lauren. Soy Grace, la fisioterapeuta del Sr. Ramsey. Vengo un par de veces por semana para ayudarlo a fortalecer sus piernas y su espalda. Me temo que me verás mucho.

Lauren se animó. Después de todo, tendría una amiga en este lugar. —Para nada; por el contrario, estaré encantada de tener a alguien con quien hablar aparte del Sr. Gruñón.

Ambas mujeres rieron y tomaron asiento en la pequeña mesa de la cocina. Lauren ofreció a Grace mantequilla de maní y galletas, pero ella declinó.

—Es gracioso, pero el señor Gruñón no siempre fue así. Es una pena lo que le pasó.

—¿Te refieres al accidente?— dijo Lauren, preguntándose si este misterio en particular podría resolverse de forma más sencilla de lo que había pensado.

—A eso también, por supuesto. Pero...— Frunció el ceño y, aparentemente habiendo cambiado de opinión, cogió la caja de galletas, agarró una y la partió en cuatro. —No, no soy quién para contarte—. Meneó la cabeza de un lado a otro más de lo normal—. Él no habla de eso por una razón, y no quiero traicionar su confianza cotorreando sobre cosas que no son de mi incumbencia.

—¿Pero no crees que tengo derecho a saberlo, ya que estoy aquí viviendo con él? Si estoy viviendo con un loco, necesito saberlo.

—¿Loco?— Reanudó el largo y lento movimiento de su cabeza, luego bajó la voz a un susurro—. No, nada de eso. Pero...

Las dos mujeres fueron interrumpidas por la llegada de su jefe, con el pelo mojado y bien peinado tras la ducha. Incluso se había afeitado, mostrando una mandíbula fuerte y una piel

perfecta, que antes habían estado ocultas por su barba desaliñada. Se veía bien, al menos físicamente. Sin embargo, su expresión distaba mucho de ser agradable. —Ya basta de cotilleos por hoy—, atronó.

—Lo siento mucho, Sr. Ramsey. No iba a decir ni una palabra de nada de lo que pasó—. Grace agachó la cabeza en señal de disculpa.

Shane se giró completamente hacia Grace de modo que quedó de espaldas a Lauren, aislándola de la conversación. —Mi rodilla derecha me ha estado molestando esta mañana. ¿Podemos centrarnos en eso hoy?

—Lo que te haga sentir mejor. Te haremos sentir mejor—, dijo Grace, siempre aduladora. ¿Era así porque le gustaba Shane o porque le temía? Tal vez fuera un poco de ambas cosas, decidió Lauren, mientras untaba otra galleta con mantequilla de maní y se la metía en la boca. Cuando se sació, se levantó para volver a salir con los perros.

—¿Adónde vas?— preguntó Shane, dirigiéndole la palabra por primera vez desde que había salido de la ducha.

—De vuelta a trabajar—, dijo ella con la boca llena. Unas migas se escaparon y cayeron sobre su camisa.

—No—, dijo él, observando cómo las migas se posaban en su pecho. —Agarra mi auto y ve a la ciudad. Busca algo decente para cenar esta noche.

—¿Y los perros?

—Estarán bien. Mañana los ejercitarás correctamente. Ya arruinaste el entrenamiento de hoy de todos modos, así que vete a hacer algo útil mientras aún haya sol.

Lauren se marchó con una mirada hacia Shane y Grace, quien se estaban instalando en el suelo del salón. Grace era una mujer atractiva, y parecía hacer cualquier cosa que Shane le pidiera. Pronto sus manos estarían encima de Shane mientras estaban los dos solos...

Dado todo esto, Lauren se preguntó si Grace era sólo la fisioterapeuta de Shane o algo más. Más que eso, sin embargo, se preguntó por qué la punzada aguda de celos le roía las entrañas.

Shane era una horrible persona, la peor persona, así que ¿por qué se sentía cada vez más atraída por él?

Diez

La zona comercial de Puffin Ridge parecía más pequeña que la propiedad de Shane. De hecho, probablemente lo era.

Unas pocas manzanas de norte a sur, y sólo dos de este a oeste, conformaban toda la zona céntrica. Lauren encontró rápidamente la tienda de comestibles, ya que era por mucho el edificio más grande de la ciudad.

Mientras estacionaba, unos cuantos transeúntes se detuvieron a mirarla, tanto dentro de sus autos como a pie.

—¿Eres la nueva adiestradora de Ramsey?—, le preguntó un hombre de mediana edad que llevaba una gorra gruesa con largas orejeras en cuanto salió del auto.

Ella esbozó su mejor sonrisa, contenta de saber que no todos los habitantes de Alaska eran tan fríos como el cascarrabias de Shane. —Sí, soy Lauren.

—No eres de por aquí, ¿verdad?—, dijo la mujer a su lado. Lauren supuso que se trataba de su esposa, y un momento después, se agarraron de la mano, confirmando su sospecha.

Lauren negó con la cabeza. —Soy de Nueva York.

—Oh, fuimos allí una vez. Un lugar muy concurrido—, dijo el anciano, y su compañera asintió.

—¿Y cómo está Shane Ramsey? ¿Te trata bien?—, preguntó la mujer, con la ceja enarcada.

—Tan bien como cabe esperar, supongo—, respondió Lauren con una risa desdeñosa.

El hombre y la mujer también se rieron, y otra joven que empujaba un carrito con un niño pequeño en la cesta se acercó a ellos.

—Él es una leyenda local por aquí— susurró la joven madre, como si temiera que el propio Shane lo oyera.

—¿Por su mal carácter?— preguntó Lauren, bromeando a medias.

—No siempre fue así, ¿sabes?

—Eso he oído...— ¿Sería así como finalmente se enteraría de sus secretos, en una conversación casual?

—Dios, si yo fuera él, también estaría enfadado con el mundo—, dijo el hombre.

—No hay razón suficiente para ser tan malhumorado como Shane Ramsey—, dijo Lauren.

—Oh, yo no estaría tan segura de eso, querida. ¿Sabías que se esperaba que ganara la gran carrera de este año? La más grande de todas: la Iditarod. Cada año ha ido escalando más, y se suponía que esta sería en la que finalmente triunfaría. Excepto que tuvo su accidente casi nada más empezar la temporada.

Las mujeres asintieron, y una dijo: —Sí, pasó de ser el mejor a estar fuera de juego. Por lo que he oído, puede que no vuelva a correr.

—Hasta el año que viene, ¿no?

—No, nunca. Su lesión es bastante grave, ¿sabes? No conozco todos los detalles, pero dicen que tiene suerte de poder caminar. Debería haber terminado en una silla de ruedas con la forma en que esa máquina de nieve volcó justo encima de él y le aplastó las rodillas.

Lauren se estremeció al imaginarse a Shane en ese accidente, pero el hombre que ella conocía no era de los que se rinden. —Está trabajando duro para mejorar. Estoy segura de que estará bien y ejercitando en poco tiempo.

—Espero que tengas razón—, dijo la mujer mayor.

—Encantada de conocerte—, añadió la mujer del niño con otra dulce sonrisa—. Si alguna vez necesitas algo, pásate por el pueblo. Siempre hay alguien por aquí dispuesto a ayudar.

El hombre asintió con la cabeza, haciendo que las solapas de su sombrero rebotasen de un lado a otro—. Verás que en Puffin Ridge no hay mucha gente, pero los que hay son muy amables.

—Ya me di cuenta—, dijo Lauren—. Bueno, será mejor que entre antes de que se me congelen los pies.

Los tres lugareños miraron sus botas. —Pásate por Lowood's y cómprate un atuendo de invierno adecuado. Lo necesitarás—, dijo la mayor de las dos mujeres, y todos asintieron.

—Lo haré. Gracias—. Estrechó la mano de cada uno de ellos y se dirigió hacia la puerta, preguntándose cuánto tardaría en recuperar la sensibilidad en las extremidades. Se abrigaba bien cuando salía con los perros, pero no había pensado que fuera necesario para un viaje rápido a la ciudad.

Rápido, por supuesto, era relativo.

Lauren se encontró con dos nuevos conocidos de camino a la entrada, y con varios más mientras recorría la tienda de comestibles. Todos estaban ansiosos por presentarse y comentar la tragedia de su empleador. Al cabo de un rato, empezó a asentir y a fingir que sabía de qué hablaban. Era más fácil que admitir que vivía con un hombre del que sabía muy poco.

Si su padre estuviera vivo, ¿qué pensaría? ¿Estaría enfadado con Lauren por poner toda su vida en pausa para seguir lo que parecía un capricho? ¿O estaría orgulloso de que estuviera siguiendo sus pasos?

No sabía con certeza, por lo que decidió creer lo segundo. Cada día que pasaba en Alaska la acercaba más a saber la vida secreta que su padre había vivido cuando tenía más o menos su edad.

Aquel lugar estaba en su sangre y su cuerpo parecía saberlo, aclimatándose rápidamente al frío, al trabajo, a todo. A pesar del temperamento y la frialdad de Shane, sabía que éste era el lugar donde tenía que estar.

Y de ella dependía de que estos meses fueran agradables.

Antes de volver a casa con el maletero lleno de víveres y la bolsa repleta de ropa de invierno, se detuvo en la pequeña floristería que había en la esquina más alejada de la ciudad.

—¡Hola! Tú debes ser la nueva adiestradora de la que todo el mundo habla—, la saludó la señora del mostrador—. ¿Vienes a comprar carne?

—¿Carne? ¿Esta no es la floristería?

—Ahh, sí, eso también. Las flores son más un hobby. Pero la carnicería es lo que paga las facturas. Encantada de ayudarte con cualquiera de las dos cosas.

—Estoy buscando un bonito ramo para alegrar mi casa. Umm, bueno, el lugar donde vivo, al menos.

La mujer asintió y se acercó a una nevera que contenía arreglos florales y un surtido de

carnes ahumadas. —No tengo mucho en este momento, sólo lo suficiente para los pocos aniversarios y cumpleaños. Pero dentro de unas semanas tendré más. San Valentín es la única época del año en la que vendo más flores que carne.

—¿Tienes rosas?— Lauren preguntó. Nunca le habían gustado mucho las flores, y las rosas eran uno de los pocos tipos de flores que podía nombrar. Además, parecía más probable que la pequeña floristería-carnicería tuviera rosas que lirios, tulipanes o narcisos.

—¡Por supuesto!— La mujer sacó un ramo de rosas rojas ligeramente marchitas con una floritura—. Las rosas solían ser las favoritas del señor Ramsey. A menudo venía a recoger un ramo cuando pasaba por la ciudad. Aunque hace mucho tiempo que no le veo por aquí.

—Perfecto. ¿Cuánto cuestan?— Lauren preguntó, metiendo la mano en el bolsillo. Shane le había dado dinero para la comida, pero ella no iba a usar sus tarjetas de crédito para comprar flores, independientemente de lo que dijera la anciana. Por suerte, le quedaba suficiente dinero de su último sueldo con Data Corp. para cubrir este gasto ella misma.

—Te diré una cosa—, dijo la mujer con una enorme sonrisa mientras envolvía el ramo—. Compra un poco de la carne seca que tanto le gusta al señor Ramsey, y yo te incluiré las flores gratis. Piense en ellas como un regalo de bienvenida a Puffin Ridge.

—Vaya, muchas gracias. Trato hecho.

Unos minutos más tarde, Lauren estaba de vuelta en el auto con el arreglo floral fresco sentado en el asiento del pasajero a su lado. Pronto llegaría a la cabaña de Thornfield Way, un lugar que ahora empezaba a considerar su hogar.

Once



Cuando Lauren regresó a la cabaña, Shane seguía haciendo ejercicio en el salón con la ayuda de Grace. Tres veces por semana durante más de dos horas por sesión parecía mucho, pero Lauren no era una experta en estas cosas.

Los dejó solos y descargó tranquilamente las compras, satisfecha al ver las despensas casi llenas. Incapaz de encontrar un jarrón adecuado, colocó las rosas en un vaso de cristal alto y las puso en el centro de la mesa, entre el desorden de papeles de Shane. Bueno, al menos el toque de rojo ayudaba a alegrar un poco el desorden.

Y por mucho que le hubiera gustado que las flores fueran un elemento fijo en su mesa, había visto los precios de cada ramo y eran más del doble de lo que habría pagado en Nueva York. Eso significaba que probablemente tenían que enviarlas desde muy, muy lejos, sobre todo en esta época del año. Lauren nunca había sido muy ecologista, pero incluso ella sabía que era una carga enorme que añadir a su huella de carbono.

Rápidamente volvió a donde Shane y Grace y, al ver que estaban concentrados, decidió visitar a los perros. Les había comprado unas golosinas especiales para disculparse por los errores que había cometido ese mismo día y también porque mimarlos era divertido. No había ninguna regla que dijera que los perros de trabajo no pudieran ser también perros queridos. Al menos, ella creía que no. Después de todo, no había leído las ridículas normas de Shane.

Uno por uno, visitó a cada perro y le dio las golosinas especiales que había comprado para ellos. Luego se dirigió al garaje en busca de las pesas de trineo de las que le había hablado Shane. Al pasar por delante del viejo cobertizo de madera, pensó en intentar abrirlo una vez más, pero sabía que sería un error hacerlo a plena luz del día, nada menos que con Shane en casa.

Tal vez podría leer cómo forzar cerraduras más tarde esa misma noche e intentarlo la próxima vez que Shane saliera de casa, si es que alguna vez lo hacía. Porque lo que se escondiera dentro de aquella vieja estructura de madera sin duda arrojaría luz sobre el secreto de Shane, un misterio que se moría por resolver.

Un grito estrangulado recorrió el valle y Lauren corrió hacia las perreras, donde dos de los perros se estaban peleando por las golosinas. A pesar de que todos estaban atados, el gran malamute llamado Fred había logrado liberarse y ahora estaba peleando por la golosina que Lauren le había dado a la husky mucho más pequeña, Georgina.

—¡Paren, paren!— gritó Lauren, corriendo hacia los perros.

Grace también salió corriendo de la casa. —¿Qué pasó?—, preguntó, pero luego miró hacia abajo y lo vio por sí misma.

—Sólo quería mimarlos—, explicó Lauren—. Pensé que, si les regalaba una a cada uno, todo estaría bien.

Grace agarró a Fred por el arnés y lo arrastró junto con su casa hasta el lugar que les correspondía. La mujer menuda era mucho más fuerte de lo que parecía, y Lauren no pudo evitar observar asombrada cómo lidiaba con todo.

—Hazme un favor—, dijo Grace, tirando la golosina a la basura antes de regresar al lado de Lauren—. No se lo digas, y yo tampoco lo haré.

—¿Pero ¿qué hice mal?

—Estos no son perros normales. Fueron criados para competir, y para eso viven. Si los sigues tratando como mascotas, pueden salir heridos o, peor aún, muertos. Si quieres hacer algo bueno por ellos, entonces hazlos trabajar duro. Mantenlos corriendo tan rápido y tanto como puedas. Para eso te contrató el Sr. Ramsey, y mientras siga dispuesto a luchar para mejorar, eso es lo que le debes a él y a estos perros.

—No entiendo—, dijo Lauren con un suspiro—. Pero te haré caso. Lo último que quiero es causarle problemas a nadie, mucho menos a estos dulces perros.

Grace asintió. —Bien. Será lo mejor. Y le diré a Shane que un coyote cruzó el patio y agitó a los perros. Si sobra alguna de esas golosinas, búscala y tírala a la basura. Y, por el amor de todo lo sagrado, asegúrate de atarlos bien la próxima vez.

Lauren asintió mientras Grace volvía a entrar unos minutos y luego volvió a salir con su equipo de terapia recogido. ¿Cómo era posible que todo el mundo supiera hacer el trabajo de Lauren mejor que ella? Parecía que cuanto más lo intentaba, peor lo hacía.

Quería poder sentirse orgullosa de su trabajo. Quería enorgullecer a su padre y aliviar el dolor que Shane Ramsey intentaba mantener oculto. ¿Haría las cosas bien alguna vez?

Dace

Lauren vio a Grace meterse en su auto y marcharse. Luego se aventuró a entrar para hacer el estofado que había planeado para la cena de esa noche, con la esperanza de que Shane estuviera relajado después de su larga tarde de fisioterapia.

Lo encontró de pie junto a la ventana, su mirada perdida. Se giró hacia ella y sus ojos se desviaron inmediatamente hacia el suelo, donde había un amasijo de cristales rotos y rosas esparcidas.

—Dios mío, déjame ayudar a limpiar esto—, gritó, cogiendo un fajo de toallitas de papel de la encimera y agachándose para limpiar el desastre.

—No—, respondió Shane enérgicamente. Sus manos temblaban, pero no hizo ademán de agacharse y limpiar las flores él mismo.

—No seas tonto—, dijo ella—. Yo puedo hacerlo, y creo que las flores aún pueden salvarse. El cristal, no tanto—. Lauren soltó una pequeña carcajada. Los accidentes ocurrían, y éste demostraba que Shane era tan humano como ella.

—No. ¡Para!—, dijo él, de repente enfurecido o asustado, no sabía cuál. Pateó los fragmentos de cristal con los pies descalzos y, como era de esperar, se abrió una herida en la planta del pie. La sangre se mezcló con el agua en un remolino hipnotizador, como pintura desprendiéndose de un pincel.

—¿Qué haces? ¿Estás loco?— Lauren regañó—. Siéntate. Voy a buscar un botiquín.

—No, no —, volvió a decir, pero su voz había perdido gran parte de la fuerza.

—Sí—, replicó ella—. Pon tu culo en esa silla y presiona esto en tu pie hasta que regrese con unas vendas—. Ella arrancó un nuevo fajo de toallas de papel del rollo, se lo dio y luego corrió hacia el baño.

Parecía que estos días siempre iba con prisas. ¡Menudo descanso!

Por suerte, no tardó en encontrar una caja de tiritas y una pomada antiséptica en el botiquín. Aun así, cuando volvió a la cocina, Shane no estaba donde lo había dejado.

El portazo atrajo su mirada hacia donde estaba, ante un fino reguero de sangre. Sus manos temblorosas también tenían recientes.

—¿Cuál es tu problema?— Lauren gritó. Este tipo tenía cero instintos de conservación, y ella realmente no quería que muriera bajo su guardia. Se acercó y tiró de él hacia la mesa.

Un rápido vistazo por la ventana confirmó que había arrojado las rosas al gélido patio. No tenía ni idea de por qué había hecho eso.

—Siéntate—, siseó, poniendo las manos en las caderas mientras esperaba.

—Te dije que no te preocuparas—, dijo con desgana—. Yo puedo.

Lauren agarró la mano de Shane e inspeccionó los pequeños cortes en su palma. —¿Por qué

tanta prisa? ¿Por qué no podías haber esperado cinco segundos a que cogiera la escoba?

No dijo nada, pero volvió a temblar.

—Está bien, no me digas—. Suspiró—. Pero sea cual sea la razón, todavía tenemos que curarte.

—¿Para qué?—, gimió—. ¿Crees que esto duele? No es nada comparado con tener cuatrocientos kilos de metal inmovilizándote en la nieve durante casi una hora preguntándote si así es como vas a morir.

—Eso fue increíblemente específico. ¿Le pasó a alguien que conocemos?— Lauren untó un poco de antiséptico en un algodón y lo presionó sobre el primer corte de Shane. Se estremeció, pero no gritó.

—Pero, por pequeño que sea en comparación—, continuó—, aún podría infectarse. Y que no te gusten unas flores no es razón para arriesgarte.

—No es eso...— argumentó Shane antes de desinflarse y sumirse en el silencio.

Ella esperó a que dijera algo más, pero no lo hizo.

—Bueno, sea lo que sea, lo que hiciste fue una estupidez. Menos mal que yo hago todo el trabajo por aquí, porque vas a ser aún más inútil con ese corte en el pie y las manos hechas jirones.

—¿Por qué me hablas así?—, preguntó él, mirándose las manos mientras ella las limpiaba.

—Porque así es como hay que hablarte. El primer día te pedí que volviéramos a empezar y te negaste, así que ahora nuestra relación es así, directa al grano.

Tan rápido como las comisuras de su cara se estiraron en una sonrisa, volvieron a caer en su ceño perpetuo. —Tal vez sea lo mejor.

Lauren le dio la vuelta a la mano y continuó limpiando los cortes—. Tal vez—, estuvo de acuerdo—. Pero no te equivoques: Al final voy a descifrarte.

—Tan confiada—, observó él—. Dudo que seas capaz de hacer algo que ni siquiera yo he conseguido hacer, pero buena suerte.

Tuvo la sensación de que lo decía en serio, que quería ser descifrado, si no por él mismo, al menos por alguien.

Viendo que él se ablandaba más y más con cada momento que pasaban juntos esa noche, ella decidió intentar pescar por algo—. ¿Quieres decirme qué tienes en contra de las rosas, sobre todo teniendo en cuenta que has llamado a uno de tus perros Briar Rose?

—Briar Rose no es mi perra—, dijo, como si Lauren hubiera hecho una terrible acusación.

—Curioso, viendo que vive aquí en la perrera con tus perros.

—Sí, pero no es mía.

—¿Y las flores?— Mantuvo la cara gacha mientras lo limpiaba, haciendo todo lo posible por no mostrar lo interesada que estaba en averiguar las respuestas a las muchas preguntas que se hacía sobre por qué Shane era Shane.

—Son innecesarias—, terminó él antes de volver a su actitud insensible habitual—. No me gustan los cambios.

—Bueno, perdóname por tratar de añadir un poco de alegría.

—¿Quién dijo que me gusta la alegría? ¿Quién dijo que este lugar lo necesitaba?

—Muy bien, Sr. Gruñón, ya está—, dijo, dándole la última palmada de las vendas en las manos—. Ahora enséñame ese pie.

—Cuidado con el cristal—, dijo él mientras ella se agachaba para inspeccionarle la planta del pie.

Ella no pudo evitar reírse. —¿Por qué iba a tener cuidado si tú no tienes cuidado por ti

mismo

Volvió a sonreír, pero luego forzó una tos para disimularlo. Esta vez, cuando ella le aplicó el antiséptico en la herida, él se sacudió de dolor.

—Ya pasó—, dijo Lauren, agarrándole el tobillo, tanto para mantenerlo en su sitio como para mantener el equilibrio.

—No me gusta que me cuides—, dijo.

—Entonces deja de ponerte en situaciones en las que no me dejas otra opción.

Trece



Pasaron otras dos semanas muy parecidas a la primera. Lauren se sentía cada vez más cómoda tanto con los perros como con su dueño, pero seguía sin entender del todo a ninguno de los dos. Esto la llevó a concentrar gran parte de su energía en algo que, con suerte, podría entender con la información adecuada.

El pasado de su padre.

Cada día terminaba sus tareas de adiestradora más temprano. Había encontrado varias maneras de ejercitar a los perros con más eficacia: desde ponerlos a correr desde el fondo del valle y hacer que tiraran de ella y del trineo cuesta arriba hasta poner el auto de Shane en neutro y hacer que los perros más grandes tiraran de él. Incluso Shane parecía impresionado cada vez que volvía a casa antes del anochecer.

Hoy se había levantado un par de horas antes de lo habitual y había podido terminar al mediodía. Disponía de la mayor parte del día y sabía cómo quería pasarlo.

Shane accedió a prestarle su auto para poder ir hasta Anchorage y pasar la tarde recorriendo la ciudad. Lo que él no sabía es que se trataba de un viaje investigativo. Ella ya había rumiado los hechos que conocía. Cada día, mientras trabajaba con los perros, intentaba conectar los datos que conocía mediante líneas invisibles.

Hoy afilaría su lápiz mental y tal vez resolvería el misterio por completo. Había escrito una cronología de los acontecimientos utilizando viejos artículos de periódico y otros recuerdos. El primer artículo databa de 1992 y el más reciente, de 1995. Para ese entonces había tenido dos años, pero no recordaba haber vivido nunca en Alaska, ni su padre lo había mencionado. De hecho, su partida de nacimiento decía que había nacido en California.

¿Siquiera eso era cierto?

Su madre había muerto cuando ella tenía dos años. ¿Era ésa la razón por la que su padre había renegado de su vida anterior y se había mudado a Nueva York en búsqueda de un nuevo comienzo? Pero, aun así, ¿por qué lo mantendría en secreto cuando sabía cuánto ansiaba ella cada detalle que él pudiera darle sobre su difunta madre?

¿Y por qué ocultar una parte tan importante de sí mismo?

Esas eran todas las preguntas que se le venían a la cabeza. Siempre se quedaba en un punto muerto ante todas estas incógnitas, sintiéndose más confundida que nunca.

Por eso la misión de hoy era tan importante.

Comenzó su recorrido por Anchorage en el campo de prácticas que se mencionaba con frecuencia en los artículos sobre su padre. Aquel día había varios trineos, perros y hombres corriendo alegremente por la pista.

Lauren esperó en el aparcamiento a que alguien terminara y recogiera para irse a casa. No

tardó mucho en aparecer una mujer de más o menos su edad con un perro a su lado.

—Hola. ¿Puedo hacerte una pregunta?— dijo Lauren, acercándose con grandes zancadas y tratando de parecer segura pero no intrusiva.

Se encogió de hombros e indicó a su perro, un enorme Akita atigrado negro, que se sentara con un rápido movimiento de muñeca—. Supongo que sí. No sé si tendré una buena respuesta, pero dime.

—Muchas gracias—. Lauren abrazó su cuaderno contra su pecho y extendió la mano para estrechar la de la chica. —Soy Lauren Dalton, y estoy aquí tratando de aprender acerca de mi padre. Fue corredor en los 90.

—Yo no era corredora en los 90. En realidad, nací en los 90.

—Yo también—, dijo Lauren riendo—. ¿Eres corredora ahora?

La chica negó con la cabeza. —No. A Samson le gustan los senderos, y vivimos tan cerca que venimos aquí a hacer la mayor parte de nuestras caminatas.

—Oh—. Lauren pudo sentir la sonrisa escapándose de su rostro.

—Pero estamos alrededor de los corredores lo suficiente como para conocer los nombres de la gente importante. ¿Cuál era el nombre de tu padre?

—¿Edward Dalton?— Lauren lo dijo como una pregunta, aunque no lo era.

Sacudió la cabeza, pareciendo genuinamente triste por no poder ayudar. —Me suena, pero realmente no sé nada.

—Bueno, gracias por tu tiempo. Siento haberte molestado.

—No, está bien. Sólo espero que encuentres las respuestas que buscas—. Hizo un gesto a su perro para que se pusiera a su lado y le apretó la correa.

Lauren se giró para ver si había más gente en el estacionamiento. Quizá los siguientes tuvieran alguna respuesta para ella.

Pero la chica con el Akita la volvió a llamar. —¡Espera!

Lauren se giró, un nuevo rayo de esperanza brillando en su corazón.

—¿Has intentado preguntar en Loussac?—, dijo, acariciando distraídamente la cabeza de su perro.

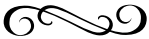
—No. ¿Es otro campo de entrenamiento?

La chica se río. —No, es la biblioteca. Guardan todo tipo de artículos antiguos y recuerdos. De hecho, una de las bibliotecarias es amiga mía y está obsesionada con las carreras. Quizá tenga información sobre tu padre.

La biblioteca. La biblioteca. ¡Claro!

—Gracias por tu ayuda—, gritó Lauren antes de correr hacia su auto y acelerar el motor. No se dio cuenta de que había olvidado preguntarle el nombre a la amable desconocida hasta que entró en la carretera principal.

Catorce



La Biblioteca Pública ZJ Loussac parecía un colegio. Con su arquitectura redondeada y sus modernas esculturas, no parecía ser el lugar adecuado para desenterrar secretos del pasado. Más bien parecía una máquina del tiempo hacia el futuro. ¿No había escrito HG Wells un libro así?

El padre de Lauren siempre había sido un gran aficionado a las novelas de ciencia ficción, aunque ella solo había leído lo necesario para aprobar inglés en duodécimo grado. ¿Él también había pisado alguna vez este lugar?

Lauren entró en el edificio con una ráfaga de viento frío, casi como si el fantasma de su padre la estuviera empujando. Tal vez había querido compartir su pasado con ella, pero nunca había encontrado el momento adecuado.

Cómo deseaba que siguiera aquí, vivo, por esa y muchas más razones. Cuando todo tu mundo se cae a pedazos, nunca es posible volver a recoger todas las pequeñas piezas. ¿Era ella mejor que Shane con su jarrón roto, pateando incansablemente los fragmentos que quedaban y esperando que formaran algún tipo de conjunto?

No.

Le gustaba pensar que sus intenciones eran más nobles y sanas. Su padre habría querido que lo supiera. Seguro que había planeado decírselo pronto. Tal vez incluso invitarla a Anchorage para explorar sus viejos terrenos. No debía estar aquí sola.

El interior de la biblioteca era tan intimidante como su exterior. Tal vez incluso más. Se encontró en medio de una extraña mezcolanza de lo viejo y lo nuevo. ¿Cuándo se habían transformado las bibliotecas en centros tecnológicos? ¿Por qué no bastaban los libros?

Se sacudió el malestar y se dirigió al gran mostrador de recepción. Dos trabajadoras atendían el mostrador, aunque la mayor de las dos fingió no darse cuenta cuando Lauren se acercó.

La más joven sonrió alegremente y dejó a un lado los libros que había estado hojeando para saludar—. ¡Hola!—, cantó alegremente—. ¿En qué podemos ayudarte?

¿Era ésta la bibliotecaria de la que le había hablado la chica del Akita?

La empleada superior siguió pulsando cosas en la computadora y fingiendo que Lauren no existía. Aparte de Shane, esta fue la recepción más fría que había recibido desde que puso un pie en Alaska. Se sentía extrañamente fuera de lugar.

Pero la joven bibliotecaria sonrió aún más ampliamente y repitió: —¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, ¿tienen algún ejemplar antiguo del Times?

—¡Claro que sí! ¿Anchorage o Nueva York?

—Anchorage, por favor.

—¿Y de qué fecha estamos hablando exactamente?

—1992-1995.

—Oooh, eso significa que tenemos que rebuscar en las microfichas—, exclamó la chica. Su pelo rubio era casi tan pálido como la nieve, lo que contrastaba con sus mejillas sonrosadas y sus labios brillantes. Aparte del pintalabios, no llevaba maquillaje, o eso parecía.

—Sígueme—, dijo, saliendo de detrás del escritorio y haciendo un gesto a Lauren para que la siguiera—. Por cierto, soy Scarlett.

—Soy Lauren. Hola—. Le tendió la mano, que la bibliotecaria estrechó con entusiasmo.

—¡Hola!— Scarlett era muy animada y su ropa era tan brillante como su cabello. Llevaba una blusa morada con caquis verde marino y botas rosas. Lauren tuvo que admirar su valentía para conjuntar semejante atuendo, sobre todo porque se veía bien.

Scarlett parloteó durante todo el trayecto hasta el fondo de la biblioteca y condujo a Lauren a una habitación pequeña y oscura. Encendió las luces y avanzó por uno de los pasillos, arrastrando el dedo por las etiquetas de las cajas a medida que avanzaba.

—¡Ajá!—Gritó al encontrar la que buscaba. La bajó y la acercó a una mesa sobre la que había una computadora muy antigua.

—Mira esto—, dijo, sacando una de las microfichas y mirándola a contraluz—. Es hermosa, ¿verdad?

—Claro—, dijo Lauren riendo—. Hermosa.

Scarlett cargó la primera hoja y encendió la pantalla. —¿Es para un proyecto escolar?

Lauren negó con la cabeza. —No, ya terminé la escuela. Es un proyecto de historia familiar, supongo.

—Oooh, genealogía. Esa es una de mis cosas favoritas. Justo después de las carreras, por supuesto—. Sí, esta era definitivamente la bibliotecaria de la que había oído hablar en los senderos.

—Es curioso que digas eso—, confesó Lauren—. Porque mi padre fue corredor y estoy intentando aprender más sobre él. Y supongo que yo también estoy metida en ese mundo ahora. Hace poco me apunté como adiestradora de los perros de Shane Ramsey. ¿Has oído hablar de él?

—¿Shane Ramsey?— Las mejillas de Scarlett se enrojecieron aún más—. Ah, sí. Todo el mundo ha oído hablar de él. De hecho, tengo algo de su viejo equipo.

—¿Aquí? ¿En la biblioteca? ¿Puedo verlo?— Tal vez ella también podría ayudarme a completar el misterio Shane mientras estaba aquí. Dos pájaros de un tiro.

Scarlett volvió a mirar las estanterías. —No, aquí no. Tengo una colección en casa. Recuerdos de carreras y otras cosas por el estilo.

—¿Qué tipo de cosas?— preguntó Lauren, a la vez encantada y abrumada por la vivaz bibliotecaria.

—¡Oh, todo tipo de cosas! Tengo ganchos de nieve y arneses y líneas de banda y, bueno, ya te haces una idea. A veces intento disimular lo obsesionada que estoy con las carreras cuando hablo con gente normal—. Scarlett se encogió de hombros y puso los ojos en blanco.

—No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo. Además, estoy lejos de ser normal.

Las dos rieron. —Supongo que eso significa que podemos ser amigas.

—Claro, siempre me vendrían bien más amigos, sobre todo los que saben tanto sobre el tipo de cosas que estoy intentando conocer.

Scarlett se quedó con ella mientras seguía buscando en la microficha, pero ninguna encontró nada más que lo que Lauren ya tenía de la caja. Antes de irse intercambiaron números y prometieron estar en contacto. Lauren incluso dijo que le presentaría a Shane, sospechando que

su nueva amiga podría estar algo enamorada de él.

A Lauren le pareció demasiado divertido para estar realmente celosa.

Quince

Lauren regresó a casa demasiado tarde para preparar la cena, pero como estaba preparada para ello, compró un par de combos en el autoservicio de Carl's Jr. para apaciguar a Shane. Y, extrañamente, aunque esperaba encontrarlo molesto, estaba de mejor humor que nunca.

—¡Bienvenida!—, le dijo con una sonrisa al entrar.

Lauren esperaba un comentario sarcástico o una pregunta condescendiente, pero nada de eso ocurrió. Parecía realmente feliz de verla esta noche. —¿Me extrañaste?—, le preguntó, tratando de sacar el verdadero hombre que conocía.

Él dejó el libro que había estado leyendo en su regazo y la miró. —Sabes, la verdad es que estaba demasiado tranquilo sin ti aquí. No me había dado cuenta de lo mucho que me he acostumbrado a tu presencia estas últimas semanas.

—Entonces, ¿eso es un sí?—, le preguntó mientras caminaba junto a él hacia la cocina para coger un par de platos de papel.

—Supongo que sí, es un sí—, respondió él.

Le sirvió una de las hamburguesas y una guarnición de papas fritas en el plato y luego se sentó en el otro sillón reclinable a su lado.

—¿Cómo sabías que tenía antojo de Carl's Jr.?—, preguntó él antes de dar un enorme mordisco a su sándwich.

Lauren lo observó en silencio, esperando el sarcasmo.

—Gracias—, se entusiasmó él entre bocado y bocado.

—Está bien—, dijo ella, parándose y poniéndose las manos en las caderas—. ¿Quién eres y qué has hecho con el viejo señor Gruñón?

Él se río, pero siguió comiendo. —Hoy estoy feliz, supongo.

—¿Feliz?

Asintió.

—¿Feliz?

—Sí, feliz.

—¿Siquiera conoces el significado de esa palabra?—, preguntó ella.

Él puso los ojos en blanco. —¿Qué? No es que nunca esté de buen humor.

—Sí. Es exactamente así.

—Entendido—. Se río y empezó a masticar sus papas fritas—. Me esforzaré más por ser amable.

Lauren quería seguir discutiendo, pero también sabía que no era inteligente cuestionar este regalo divino. Tal vez ella y Shane Ramsey podrían ser amigos después de todo. ¿Qué te parece?

Charlaron sobre sus días mientras terminaban de comer. Todo era tan sorprendentemente

agradable que Lauren casi tuvo que pellizcarse para asegurarse de que era real. Sin embargo, tan agradable como esto era, ella tenía que saber por qué.

—¿Shane?— preguntó.

—¿Hmm?— Él la miró, realmente la miró, no sólo a través de ella o más allá de ella como de costumbre. Le gustó la sensación. Cada vez más, podía entender el pequeño enamoramiento de Scarlett. Shane era un hombre apuesto cuando no era opacado por su horrible personalidad.

Esta versión de Shane era definitivamente una que a ella le podía gustar, pero ¿era la verdadera?

—Tengo que saber...—, se aventuró a decir, levantando el reposapiés e inclinándose hacia atrás en su silla—. ¿Qué pasó hoy? ¿Por qué estás de tan buen humor?

—Es sólo un buen día—, dijo él.

—Un buen día...¿Te ganaste la lotería? ¿Es tu cumpleaños? ¿Algo más que deba saber?

Se echó a reír y también recostó la silla. —Nada de eso. Sólo un buen día y un buen libro.

Ella miró hacia su regazo e intentó leer la portada, pero la luz que se reflejaba en la lámpara de techo la ocultó—. Ahh, así que ese libro es lo que te está haciendo feliz. ¿Qué tipo de libro es?

—Ya te dije, es un buen libro. Uno de mis favoritos, de hecho.

—¿Ves? Siendo difícil de nuevo. Sabía que esto no podía durar. ¿Vas a contarme sobre este libro o no?

Shane puso la silla en posición vertical y le entregó el libro. —¿Estás tan segura de que soy yo el difícil? No es el libro lo que me hace feliz, pero, toma, échale un vistazo. Si quieres, puedes leerlo cuando termine.

Ella aceptó el andrajoso libro de bolsillo que sospechaba que había sido leído más de una vez y en más de un buen día. La cubierta era oscura en su mayor parte y tenía una foto en blanco y negro del autor en el centro. *The Collected Works of Jack London*. —¿Es este el tipo que escribió *La llamada de lo salvaje*?—, preguntó—. Creo que lo leí en la escuela.

—Sí. Es un...

—Buen libro—, terminó ella por él—. Lo sé. Ya lo dijiste, sabelotodo.

—Tú eres la que se pasaba el día en la biblioteca—, señaló—. Está bien, entonces si eres demasiado buena para leer Jack London, ¿qué te gusta leer?

—Oh, casi todo lo que cae en mis manos, pero sobre todo romance.

Shane hizo un falso ruido de arcadas y Lauren le lanzó su precioso libro. Le dio en el pecho con un ruido sordo.

—¡Para!—, gritó—. El romance es increíble y no tienes derecho a burlarte de él.

—Esas cosas son para chicas, no para hombres grandes y fornidos como yo—. Hinchó el pecho como un gallo zalamero.

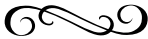
—En primer lugar, soy una chica, y en segundo lugar, eso es cien por cien falso. Decir que el romance es cosa de chicas es como decir que el amor es sólo cosa de chicas. Que una de las experiencias humanas más importantes no está destinada a ser experimentada por la mitad de la humanidad. ¿Nunca te has enamorado?

La energía en la habitación cambió tan rápido que a Lauren le recorrió un escalofrío.

—Amor—, dijo Shane con un resoplido—. Nadie podría amarme jamás.

Con una actitud así, no te equivocas, pensó Lauren, pero no lo dijo en voz alta.

Dieciséis



Lauren había tenido la intención de volver a su horario original con los perros, pero levantarse temprano un día significaba que tendría que levantarse temprano todos los días en adelante, o encontrar una manera de dormir durante dos horas seguidas de ladridos felices. Nunca había necesitado dormir mucho, así que optó por lo primero.

Además, era agradable terminar de trabajar al mediodía. Así tenía tiempo para resolver sus misterios y pensar qué haría cuando Shane se recuperará y ya no necesitara sus servicios como adiestradora.

A veces pensaba que le gustaría establecerse aquí, en Alaska, no en la pequeña aldea de Puffin Ridge, sino en Anchorage, una ciudad más viva y vibrante. Quizá podría tener su propio equipo de perros y convertirse ella misma en corredora. Esa idea le atraía cada vez más a medida que se aclimataba a ese modo de vida. Sin embargo, no tenía ni idea de lo que vendría después.

De hecho, lo único que sabía con certeza era que no había vuelta atrás, ni a un trabajo corporativo ni a su vida anterior.

Tenía que seguir buscando una forma de avanzar. Estaba decidida a hacerlo.

Ahora que sabía cómo llegar a la ciudad y tenía más tiempo libre, había empezado a aprender a cocinar. Aunque no le gustaba el proceso, le encantaba el resultado. Y, lo admitiera o no, a Shane también.

Hoy había planeado una sustanciosa sopa hecha en la pequeña olla de cocción lenta que había comprado en su última visita a la ciudad. Cuando llegó de trabajar con los perros, la cabaña ya olía a cebollas caramelizadas y zanahorias guisadas, un aroma que hizo que su estómago diera un salto de alegría.

Shane estaba despierto y sentado a la mesa junto a la ventana, como solía hacer a esa hora del día. Aunque normalmente le acompañaba su tableta mientras leía las noticias, hoy tenía compañía.

Un hombre apuesto, de pelo castaño y rostro bien afeitado, charlaba con él mientras compartían una taza de café. Algo en él le resultaba familiar, pero Lauren no acababa de ubicarlo.

Sin embargo, el hombre pareció reconocerla al instante, poniéndose en pie y ofreciéndole la mano en señal de cuanto ella entró en la cocina.

—¡Lauren, hola! Parece que las cosas van muy bien aquí. Me alegro mucho de que hayas encontrado la ORPT y de que hayamos podido conseguir para Shane y sus perros la ayuda que necesitaban. ¿Te está gustando el nuevo trabajo?— Sonrió ampliamente, esperando a que ella lo reconociera.

¿ORPT? Ahh, la Organización de Rescate de Perros de Trineo. Así que este debe ser el

hombre con el que había hablado por teléfono la primera vez que aplicó por el puesto, un veterinario, el marido de Lolly Winston. ¿Era él?

Él captó la confusión en su mirada. —Supongo que nunca nos conocimos en persona, ¿eh? Soy Oscar Rockwell, codirector de la ORPT. Me ocupo del cuidado de los perros y de los aspectos técnicos de la organización benéfica, mientras que mi mujer Lolly se encarga de nuestras relaciones públicas.

—Por supuesto—, dijo Lauren con calidez. Este hombre era un santo por dedicar tanto tiempo de su vida a ayudar a los demás, especialmente a los animales—. Encantada de conocerte en persona.

Oscar le ofreció su silla y fue a buscar una libre para él, dejándola a ella y a Shane solos por unos breves momentos.

—¿Sabías que iba a venir hoy?—, preguntó ella.

Shane negó con la cabeza. —No, es un chequeo sorpresa. Lo hacen cuando alguien adopta a un perro, pero no me había dado cuenta de que también nos iban a chequear a nosotros. Parece que mi reputación me precede.

Enarcó una ceja y se esforzó por contener la risa. —¿La reputación de gruñón, quieres decir?

Él asintió y bebió un sorbo de su taza. Tenía un campo de grandes flores pintadas a mano salpicadas en el lateral y no parecía su decoración habitual. Se preguntó si había sido un regalo al que se había aferrado todos estos años y, de ser así, quién se lo habría dado.

Oscar regresó con una silla, trayendo su energía brillante de nuevo a la habitación. —No he podido evitar escuchar—, dijo—. Te prometo que sólo estoy aquí para ver cómo te va y si hay alguna forma de que yo o la organización te podamos ayudar. No para hacer de juez y jurado.

—Bueno, eso es un alivio—, dijo Shane sacudiendo rápidamente la cabeza—. Temía que vinieras a llevarte a mi nueva adiestradora.

—Nadie puede llevarme a ningún sitio al que no quiera ir—, señaló Lauren—. A diferencia de los perros, yo puedo tomar mis propias decisiones.

—Totalmente cierto—, afirmó Óscar—. Sin pelos en la lengua. Me gusta. Me recuerdas a mi mujer, lo que me dice que puedes manejar a este tipo tú sola.

Lauren se sonrojó ante el cumplido. Se preguntó si algún día podría conocer a Lolly para pedirle un autógrafo.

Shane sonrió con satisfacción y se limpió la boca con el dorso de la mano antes de volver a dejar la taza sobre la mesa. —Tienes razón. Esta sí que me mantiene en la línea.

—¿Ah, ¿sí?— preguntó Oscar, volviendo a dejar la taza en un lugar despejado de la mesa. Los papeles de Shane todavía cubrían la mayor parte de la superficie, y mataba a Lauren el no poder simplemente limpiarlos.

—Oh, sí, ella no acepta tonterías de nadie, y menos de mí. Los perros la adoran y ahora la reconocen como una figura de autoridad, aunque eso costó un poco. Al principio no estaba seguro de que una novata como ella pudiera ser algo más que un grano en el culo, pero poco a poco ha ido demostrando su capacidad—. Miró brevemente a Lauren antes de volver toda su atención al veterinario visitante.

Le caía bien. Creía que estaba haciendo un buen trabajo. Ella no lo había sabido con certeza hasta ahora y, vaya, le sintió bien ser validada por su gruñón y difícil de complacer jefe.

—¿Así que por eso dejaron de llegar los correos de quejas?—. preguntó Oscar, pasando un dedo por el borde de su taza ahora vacía.

Lauren quería escuchar la respuesta de Shane, pero también tenía que asegurarse de que su invitado estaba bien atendido. Se puso de pie y cogió la cafetera de la encimera mientras seguía

escuchando la conversación entre los dos hombres.

Shane bajó un par de tonos la voz, pero ella seguía oyéndole perfectamente. —¿Qué esperas cuando me envías a alguien con cero experiencias? Pero, sí, al final salió bien. Todo va bien aquí. De hecho, he estado pensando en apuntarla a ella y a los perros a una carrera dentro de poco. Sabes, sobre todo para mantener a los perros en forma.

¿Sobre todo? ¿Cuáles eran sus otras razones? se preguntó Lauren.

—Bueno, me alegra oírlo—, dijo Oscar mientras Lauren servía el café—. Sabes que estoy a una llamada de distancia si alguna vez me necesitas. Eso va para los dos. Ya que estoy aquí, ¿te importa si voy a ver a los perros también?

—Adelante—, dijo Shane—. Se alegrarán de verte.

Los dos vieron cómo Oscar se abrigaba y se dirigía a la perrera, llevándose el café recién hecho. Cuando la puerta se cerró tras él, Lauren dijo: —Gracias por decir todas esas cosas bonitas. Habría estado bien oírlas antes, pero supongo que no me puedo quejar.

—Que no se te suba a la cabeza—, murmuró, levantando de nuevo la taza y observando a través de la ventana cómo Óscar se dirigía hacia los perros—. Todavía te queda un largo camino por recorrer, pero al menos por fin estás progresando.

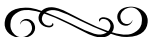
—Lo que usted diga, señor Gruñón. Te gusto, no sirve de nada negarlo ahora.

—Qué palabra tan cargada—, dijo con una sonrisa.

—No pasa nada. Tú también me gustas—. Ella cogió una taza de café para ella, y se sentaron juntas en un silencio agradable durante un rato más antes de que ambos volvieran a sus rutinas diarias.

En días como aquel, Lauren sintió que había encontrado su hogar.

Diecisiete



Shane vino a cenar esa noche con un propósito. Al menos, así lo veía Lauren.

Sirvió platos calientes de su sopa casera, que decidieron llevar al par de sillones reclinables del salón y comer junto al fuego. Shane siempre parecía abrirse más cuando estaban sentados allí juntos, casi como si al eliminar el obstáculo físico de la mesa también derribara algún tipo de barrera emocional.

Frente al fuego, desnudaba su alma. Las llamas parecían infundirle valor, mientras que la comodidad del sillón aliviaba sus muchas ansiedades ocultas.

—Esta sopa está buena—, le dijo después de probar la primera cucharada—. Me he dado cuenta de que estás pasando mucho más tiempo en la cocina. ¿Crees que podrías aplicar para cocinera cuando termines aquí?—. Shane dio otro ruidoso sorbo al caldo para enfatizar su agradecimiento.

Ella se encogió de hombros. —Sinceramente, no sé qué haré después. Intento ir un día a la vez.

Él frunció el ceño, dejó el cuenco sobre la mesa y se giró hacia ella con algo parecido a la compasión en los ojos—. Tomárselo un día a la vez es exactamente la receta para el desastre. Significa que estás corriendo una carrera sin saber si hay una línea de meta.

—Así es la vida. Claro que hay una línea de meta. Y, en realidad, ¿qué más puedo hacer?—, preguntó ella, apartando los ojos de su intensa mirada—. No sabemos cuánto tiempo pasará hasta que te mejores y ya no me necesites. Quién sabe lo que querré para entonces—. Ella esperaba que él aprovechara esta oportunidad para revelar lo que quería. Tal vez podría crear una posición más permanente para ella. Tal vez ella no tendría que irse, y tal vez él no quería que se fuera.

No dijo nada de eso. En su lugar, se limitó a decir: —Te sugiero que descubras lo que quieres.

—¿Qué? ¿Para ser tan feliz como tú? No me hagas reír—. Su falta de pasión la irritó. Sabía que había empezado a gustarle. Lo había hecho evidente esa mañana. Entonces, ¿por qué insistía tan obstinadamente en actuar así? Lauren revolvió la sopa, mirando los marrones, naranjas y verdes girando en el cuenco.

—Entonces no seas tan estúpida—, continuó Shane, obviamente sin divertirse, sin conmoverse, sin *nada*—. Si no te haces cargo ahora, podrías terminar viviendo una vida que nunca quisiste, una que no te gusta mucho.

—¿Lo dices por experiencia?

—Tal vez.

—¿Podrías explicarte?

—No—. Se reclinó en la silla y cerró los ojos.

—Entonces mejor no des consejos que no puedas respaldar—, refunfuñó ella. La delicia de su comida ya había sido arruinada por esta loca pelea. Realmente había pensado que habían llegado a un punto de inflexión en su relación, pero al parecer se había equivocado. ¿Había sido todo un espectáculo para Oscar Rockwell, o era Shane realmente tan intermitente todo el tiempo?

—No estoy tratando de hacerte molestar—. Todavía tenía los ojos cerrados mientras hablaba.

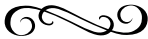
Lauren resopló. Para alguien que no estaba tratando de hacerla molestar, estaba haciendo un trabajo fantástico. Shane Ramsey sabía cómo meterse en su piel. Lo había sabido desde el principio.

—Escucha—, instó—, Estoy tratando de ayudarte. Sólo... No dependas de mí, ¿de acuerdo? Si necesitas renunciar, hazlo. Si necesitas ir a otro lugar, ve. No dejes que los perros y yo te detengamos. Puede parecer cuestión de unos meses, pero ¿y si esos pocos meses acaban arruinando el resto de tu vida?

Puso los ojos en blanco, dispuesta a terminar con la conversación. Cada vez que sentía que se acercaban, él volvía a alejarse—. Es un trabajo temporal, Shane. Los dos lo sabemos. Es lo que necesito ahora mismo, así que a menos que esta sea tu forma de despedirme, ¿podemos cambiar de tema?

—Como quieras—. Volvió a abrir los ojos, los azules revitalizados por el breve descanso. Podría perderse en aquellos ojos. Y quizá ya lo había hecho.

Dieciocho



Pasaron unos días más, durante los cuales Shane se mostró cada vez más distante. Estaba allí. Siempre estaba allí, pero había vuelto a cerrar la parte de sí mismo que sólo había mostrado brevemente a Lauren, dejándola preguntarse si él, por alguna razón desconocida, podría estar tratando de forzarla para hacerla renunciar.

A Lauren no le gustaban los juegos, especialmente aquellos cuyas reglas eran desconocidas para ella. Pero él era tan testarudo como ella, lo que los dejaba en un punto muerto.

Una tarde, ella había planeado inicialmente conducir hasta Puffin Ridge y hacer algunos recados. Sin embargo, todo cambió cuando Grace llegó para llevar a Shane a su cita en la ciudad.

—Tengo cita con el médico y unas diligencias hoy en la ciudad—, le explicó él mientras ambos veían a Grace caminar desde su auto hasta la puerta principal de la cabaña. Ella se preguntó por qué no podía ir él solo, ya que era totalmente capaz de conducir por sí mismo. ¿Le había dado el médico fármacos que le incapacitaron para manejar maquinaria pesada? Si es así, ¿qué y por qué?

—Si realmente necesitabas un chófer, podría haberte llevado yo. Estoy libre—, argumentó ella, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—No es ningún problema—, explicó la fisioterapeuta, que había oído la última parte de su conversación después de entrar sin tocar—. No me importa ayudar.

Shane asintió. —Grace siempre me lleva a estas cosas.

—Estaremos fuera varias. Así que no nos esperes levantada—, dijo Grace riendo mientras acompañaba a Shane a través de la puerta.

Bueno, si esa era la forma en que él lo quería, Lauren podría encontrar cómo mantenerse ocupada con toda la cabaña a su disposición. Todavía había mucho que necesitaba saber, y si Shane no iba a decírselo, entonces tendría que averiguar las cosas de otra manera.

No es fisgonear, razonó, si lo hago por una buena causa. Si entiendo por qué está tan deprimido todo el tiempo, quizá pueda ayudarlo.

Y sabía por dónde empezar: el viejo cobertizo. Por otra parte, tal vez si Shane la pillaba *in fraganti*, se enfadaría lo suficiente como para volver a mostrar alguna emoción hacia ella.

Por mucho que echara de menos sus acaloradas discusiones, no quería que su relación, ganada con tanto esfuerzo, retrocediera. El hecho de que ahora estuvieran en un punto muerto la estaba volviendo loca. Sin embargo, la información adecuada podría cambiarlo todo.

Esperó media hora para asegurarse de que no había moros en la costa. Decidió que una tarjeta de crédito, un cuchillo de cocina y una horquilla serían las herramientas más útiles para abrir la cerradura. Probó la horquilla en último lugar, porque tenía que quitarse los guantes con el frío que hacía. Pero el pesado pomo se negó a moverse. Nada funcionaba, y probablemente nada

funcionaría excepto la llave.

Tal vez si buscaba, la encontraría mezclada con las cosas de Shane.

Con determinación, volvió a entrar y empezó por la cocina. Ya que estaba revisando las cosas, aprovecharía de organizarlas.

Los papeles de la mesa de la cocina llevaban semanas desperdigados y eso la estaba volviendo loca. Seguramente a él no le importaría que los ordenara. No era demasiado intrusivo, ¿verdad?

Examinó rápidamente cada papel para determinar en qué pila era mejor colocarlo. En su mayoría, encontró los tipos de correo habituales: facturas, licencias, anuncios e incluso una antigua citación judicial.

La citación no revelaba nada, pero hizo que Lauren se preguntara si Shane había tenido algún tipo de pleito. ¿O había cometido un delito menor? ¿Perdió los estribos y agredió a alguien? Cualquiera que fuera el caso, tenía más de tres años y era probable que el asunto se hubiera resuelto hacía tiempo.

Satisfecha con la organización de la mesa, se dirigió al cajón de los trastos, que parecía el lugar más probable donde alguien podría esconder una llave de repuesto. Pero, a diferencia de todas las demás superficies de la casa, este cajón estaba perfectamente organizado, con cosas como cinta adhesiva, tijeras, herramientas, una cinta métrica... todas en sus lugares claramente marcados.

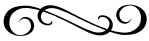
Extraño.

Respiró hondo y se dirigió al único otro lugar de la casa al que no debía ir: El dormitorio de Shane. ¿Qué podía haber allí que fuera secreto? No parecía el tipo de persona que se sonrojaba por sus calzoncillos, lo que significaba que algo realmente bueno tenía que estar escondido allí.

A lo mejor tenía un baúl de los recuerdos.

Miró por la ventana una vez más para asegurarse de que estaba completamente sola, luego giró el pomo, respiró hondo y entró en el dormitorio de Shane.

Diecinueve



Esperaba encontrar un desastre de ropa, envases viejos de comida y otros desechos, pero el dormitorio de Shane, a diferencia del resto de la casa, estaba limpio y ordenado. Las paredes estaban pintadas de rojo oscuro y todas las persianas estaban bien cerradas, lo que hacía que el lugar pareciera más una cueva que otra cosa. ¿Era aquí donde Shane hibernaba y se aislaba del resto del mundo, incluida ella?

Lo entendía, pero no entendía por qué se había empeñado en mantenerla fuera hasta ahora. En la habitación no había nada extraordinario: una cama matrimonial, una cómoda larga e incluso un televisor diminuto montado en el techo con un reproductor de VHS incorporado. Se preguntó si aquel trasto aún funcionaba y si Shane tenía el tipo de cintas para reproducirlo.

Todo era oscuro: la madera, las paredes, las sábanas e incluso el techo estaba pintado de negro como la noche. Todo parecía en desacuerdo con el resto de la casa. ¿Así estaba decorado también el cobertizo secreto?

Se acercó a la cómoda. Un monedero, un frasco de colonia y un bote de desodorante en aerosol eran los únicos objetos que había sobre su superficie. La ausencia de polvo implicaba que Shane limpiaba con regularidad, pero ¿por qué aquí y no en el resto de la casa?

El peso de la culpa se cernía sobre ella como la niebla, y Lauren rezó una rápida oración pidiendo perdón por invadir así la intimidad de Shane. Aun así, continuó con su búsqueda. La traición ya había ocurrido, y no podía ser en vano. Necesitaba ver qué podía encontrar.

Dentro de la cómoda, encontró ropa cuidadosamente doblada y calcetines a juego, ninguno de los cuales se los había visto nunca a su jefe. Era ropa para salir, pero él nunca iba a ninguna parte y prefería usar pijama para estar en casa. Incluso para su cita médica de hoy, usó un jogger y una camiseta vieja. Nada elegante.

En el armario encontró un bonito traje azul marino, como los que solía ver a los ejecutivos en Nueva York. En el suelo había zapatos Oxford pulidos y una serie de camisas de vestir colgaban de la barra. Incluso encontró una colección de corbatones en una caja de madera sin tapa.

Era casi como si Shane tuviera una segunda vida como corredor de bolsa de alto poder adquisitivo... incluso como presentador de noticias o gángster. Sin embargo, ella no podía ver a Shane en ninguno de esos papeles. No podía imaginárselo de otra forma que como era ahora, lo que hacía que este descubrimiento fuera aún más inquietante.

Encima de la ropa, un estante alto atrajo su curiosidad. Estaba a más de dos metros del suelo, y aunque podía ver claramente que había algo encajado en la parte de atrás, no podía alcanzarlo sin encontrar algo sobre lo que apoyarse primero.

Está bien, una vez que averiguara qué había allí arriba, dejaría de fisgonear de una vez por todas. Su investigación de hoy había arrojado más preguntas que respuestas, lo que no la

ayudaba ni a ella ni a Shane. No estaba más cerca de entender su dolor. De hecho, se sentía como si hubiera entrado en la guarida secreta del Dr. Jekyll y el Sr. Hyde. ¿Era posible que no hubiera un solo Shane, sino dos? ¿Y qué versión había conocido?

Cogió una silla de la cocina y volvió al armario. Por desgracia, fue entonces cuando la puerta principal se abrió con un crujido grave y siniestro.

¡Oh, no!

¿Qué hacía en casa tan temprano?

Grace había dicho que estarían fuera durante horas. ¿Dónde podría esconderse Lauren para que Shane no la descubriera y pudiera escabullirse más tarde?... tal vez si iba al baño o a visitar a los perros fuera.

Piensa, piensa, piensa

Pero no había tiempo para eso. Lauren se metió en el armario. Por desgracia, no tuvo tiempo ni espacio para también esconder la silla de la cocina.

¡Mierda, mierda, mierda!

Shane entró entonces. Podía verlo a través de la delgada abertura entre las puertas del armario, y no parecía contento. Sus ojos se posaron justo en la silla y su rostro se ensombreció para hacer juego con el resto de la habitación. —¡Lauren!—, bramó.

—¿Sí?—, chilló ella, abriendo lentamente el armario y saliendo.

—¿Qué haces en mi habitación? Sabes que se supone que no debes estar aquí—, exigió él, clavándole una mirada acalorada.

—Lo sé, lo siento. Yo sólo...

—¡Tú nada! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera ya!— Gritó tan fuerte que el aire tembló y emitió un sonido agudo que resonó en toda la casa.

—Shane, déjame explicarte. Yo-

—No, no tienes que explicarme nada. Sólo tienes que salir—. Señaló hacia la puerta abierta enfáticamente y la miró con los ojos muy abiertos como si sus ojos pudieran moverla físicamente.

—No vi nada, lo juro. No sabía...

—Sabías que no debías entrar aquí, pero así eres tú, ¿no?—. Su expresión se volvió siniestra—. Siempre haces lo que quieres, sin importarte las reglas. Bueno, ¿sabes qué? Se acabó. *Se acabó.*

—Espera, no. ¿Me estás despidiendo?

Shane soltó una furiosa retahíla de maldiciones. —¿Por qué sigues en mi habitación? ¡Fuera! — El mismo temblor que ella había notado cuando él había roto el vaso con las flores había vuelto. Todo su pecho pesaba como si le faltara el aire.

Quería disculparse, quería explicarse, pero ¿qué podía decir? Había invadido su intimidad, y lo había hecho a sabiendas.

—Lo siento mucho. Lo que hice estuvo mal, y yo...— Arriesgándose, se acercó a él y le puso la mano en el brazo, pero él se la apartó como si lo hubiera quemado.

—No me toques. No toques mis cosas. Ni siquiera me hables. Lárgate. Espero que te hayas ido cuando me levante por la mañana. Ya no eres bienvenida aquí.

Lauren quería enfadarse. Quería responder a los gritos de Shane con los suyos, pero esta vez, sabía que estaba equivocada.

¿Sufrirían los perros por su curiosidad? ¿Y Shane? Aunque estaba más que furioso, se había convertido en su amigo. ¿Sería capaz de concentrarse en mejorar sin mi ayuda con los perros? ¿Y dónde iría ella?

No tenía ni idea, pero sabía que esto era lo que se merecía.

—Vete ahora mismo antes de que te saque yo mismo—. Shane gruñó y, a pesar de su ira, ella sabía que él nunca podría hacerle daño. Las palabras eran su arma preferida, e incluso así, evitaba decir cualquier cosa de lo que no pudiera retractarse más tarde.

Pero la había despedido. ¿Se retractaría? ¿O este realmente era el final de todo?

—No vas a escuchar, ¿verdad?— Se acercó a su cintura para levantarla, pero Lauren se zafó de su agarre y salió al pasillo.

Cuando la puerta se cerró en sus narices, sintió un torrente caliente de lágrimas corriéndole por las mejillas.

¿Qué iba a hacer ahora?

Veinte

Lauren permaneció en estado de shock durante horas. Había arruinado todo.

Pero ¿por qué le importaba tanto? ¿Por qué no podía dejar a Shane con sus secretos y continuar con su vida? ¿Y por qué la idea de irse le partía el corazón en dos?

Son los perros, se dijo a sí misma. Quiero a esos perros. Ellos me necesitan y yo los necesito a ellos.

Tal vez podría encontrar un nuevo puesto como adiestradora de un corredor diferente, más equilibrado. Dudaba que Shane le diera una buena recomendación después del espectáculo de esta noche, y no podía culparle.

Ridículo o no, el hombre tenía sus límites y ella había intentado traspasarlos demasiadas veces. Esto era lo que se merecía, y si era sincera consigo misma, tarde o temprano habría ocurrido de todos modos.

Por eso a Lauren siempre le había resultado difícil descubrir lo que quería en la vida. Las cosas que más le apasionaban en un momento dado a menudo acababan siendo pasajeras. No era sano, y no era bueno para nadie, menos para ella misma.

Aquí arriba, en las tierras gélidas de Alaska, había aprendido una dura lección a manos de Shane Ramsey, y ahora era el momento de pasar a la siguiente etapa de su vida... Fuera la que fuese.

Se secó las últimas lágrimas de las mejillas y arrastró la maleta hasta la cama para recoger lo que quedaba de su vida.

Sonó un suave golpe en la puerta, tan suave que no estaba segura de haber oído nada.

Volvieron a llamar, más fuerte, más seguro. —¿Puedo pasar?— La voz de Shane flotó a través de la puerta, y Lauren sintió las lágrimas brotar de nuevo.

—Sí—, dijo con una voz temblorosa que apenas reconoció como suya.

Shane se quedó en el marco de la puerta, negándose a cruzar el umbral, una cortesía que ella no le había dado.

—¿Y bien?—, preguntó cuando él no dijo nada.

Habló con la mirada enfocada en un punto en el suelo, pero su voz era suave y amable. —Lamento haber perdido la calma ahí dentro.

—Cosas que pasan—. Ella se encogió de hombros, tratando de tranquilizarse antes de que él levantara la mirada y viera sus mejillas manchadas y sus ojos rojos. No se atrevía a disculparse de nuevo porque, a decir verdad, ambos se habían equivocado. Él era tan culpable como ella.

—Tal vez—, le ofreció, dando un pequeño paso hacia la habitación, casi como si tuviera miedo de entrar. Ambos habían pedido perdón, así que ¿por qué seguía aquí? Odiaba que estuviera alargando las cosas. Ella sólo quería terminar con esto; era la única manera de empezar

a sentirse mejor al respecto.

Su voz vaciló. —Yo... no quise decir lo que dije.

—Pero lo dijiste.

—No tienes que irte.

—Tú me despediste, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo—. Hizo una pausa como si estuviera ensayando sus palabras primero en su cabeza—. Lauren...—, empezó, y ella se preguntó si alguna vez le había oído pronunciar su nombre. Le gustó cómo sonaba al salir de su boca y se dio cuenta de que, en ese momento, él había llegado a significar mucho más para ella que un simple jefe.

—Lauren— repitió—, no debería haber puesto esas normas. No debería haberte hecho sentir como una extraña en un lugar que se supone que es tu hogar. No debería haber perdido los nervios y no debería haberte despedido.

—Pero lo hiciste. Hiciste todas esas cosas. ¿Por qué?— Su voz volvió a temblar y se preguntó si él la abrazaría para consolarla. Pero no, claro que no. Lo que sea que ella estuviera sintiendo, él no se sentía igual. No creía que Shane Ramsey hubiera amado a nadie ni a nada ni un solo día de su miserable vida.

Se acercó un paso más y bajó la cabeza, mirándola desde debajo de sus pestañas. —No puedo decirte.

Su frustración aumentó. Volverían a lo mismo. Incluso si decidía quedarse, ¿podría él dejarla entrar del todo? —¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Por qué guardas tantos secretos y luego esperas que no busque respuestas?

—Tienes razón y entiendo que te sientas así—, dijo—. Pero por favor, tú también entiende, yo sólo... no puedo, Lauren—. Dijo su nombre de nuevo, una súplica.

¿Pero respondería ella?

—No lo sé, Shane—. Sacudió la cabeza y volvió a hacer la maleta—. Cada vez que creo que estamos progresando, ocurre algo como esto. Estoy harta de sentirme como una intrusa, como alguien a quien aguantas porque no tienes más remedio. Sé que, si fuera por ti, mañana estarías totalmente recuperado y a mí me enviarían de vuelta a Nueva York en un santiamén.

Él gimió y se apoyó en la pared como si de repente no pudiera sostener su propio peso, ni siquiera con la ayuda de las muletas. —¿Qué creías que era esto? Es un trabajo, uno que haces bien, pero sigue siendo... es sólo un trabajo.

—¿Eso es todo lo que soy para ti? ¿Una empleada?

—Es todo lo que puedes ser. Por favor, compréndelo. *No eres tú. Soy yo.*

—Ahora estoy realmente confundida. ¿Estás rompiendo conmigo o despidiéndome?

Se río, y sonó poco natural en ese momento. —¿Ninguna de las dos cosas? Por favor, quédate. Los perros te necesitan. Yo te necesito.

Ella se cruzó de brazos y se hundió en la cama, sabiendo ya en su corazón que se quedaría mientras él la necesitara, mientras él siguiera queriéndola. —Tienes una forma curiosa de demostrarlo.

—Lo sé... ¿Entonces te quedarás?

—Sí, pero esto no puede volver a pasar, Shane. Cualquier mujer en su sano juicio se habría largado en cuanto hubieras perdido los estribos.

Se irguió de nuevo y se acercó, pero no se unió a ella en la cama. Sus palabras fueron suaves cuando preguntó: —Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

Ella le cogió la mano y la apretó. —Porque eres mi amigo.

Él no se apartó, pero tampoco devolvió la presión. —¿Cómo sucedió eso?

—Sinceramente, no tengo ni idea, pero como tu amiga, voy a decirte cuando estés siendo un idiota irracional.

Le dio un rápido apretón en la mano antes de soltarla. —No esperaba menos. ¿Quieres dejar de hacer la maleta?

Ella cerró la cremallera de su maleta y la colocó de nuevo en la esquina de la habitación. —Ahora sal de mi habitación antes de que pierda los nervios—, bromeó, sintiendo como si le hubieran quitado un millón de kilos de encima.

Veintiuno

Cuando Lauren se despertó a la mañana siguiente, Shane ya estaba despierto y lleno de energía.

—Buenos días, dormilona—, dijo mientras cargaba una mochila gigante sobre la mesa de la cocina. Sus muletas se tambalearon bajo sus brazos, pero se mantenía en pie.

—¿Dormilona?— Sin poder evitarlo, su boca se abrió de par en par en un bostezo audible. —¿Ese es mi nuevo apodo?

—Sí. Tú me llamas Sr. Gruñón todo el tiempo—. Rebuscó entre sus provisiones y se giró hacia Lauren con una sonrisa satisfecha—. Bueno, date prisa y coge algo para desayunar. Nos espera un día ajetreado.

Lauren no estaba segura de lo que había esperado después de su gran pelea, pero nunca esto. Se acercó a la nevera y cogió un envase de yogur.

—Tendrás que ponerte algo cómodo—, añadió Shane, rebuscando de nuevo en su bolso—. Y abrigado.

—Siempre voy abrigada y cómoda—. Mojó la cuchara en el yogur y se recostó contra el fregadero—. ¿Me vas a decir qué tienes planeado?

—Pronto lo sabrás. Ahora vístete y ayúdame a cargar el camión—. Dijo y se fue, lo que significaba que ella debía apresurarse con su rutina matutina si quería acompañarlo en el viaje que había planeado. ¡Qué emoción!

Lauren sólo había visto el auto de Shane, así que se sorprendió al oírlo hablar de un camión. Se sorprendió aún más al verlo equipado con jaulas de viaje para los perros. Tenían dos filas de altura a cada lado, con seis compartimentos por fila orientados hacia el exterior, cada uno de ellos con solapas abiertas para que los perros metieran la cabeza. Ayudó a Shane a atar el trineo a la parte superior del camión, y luego observó con asombro cómo levantaba sin esfuerzo a los perros para meterlos en sus respectivos cubículos, una hazaña que era aún más impresionante teniendo en cuenta su lesión.

—Hoy sólo necesitamos diez perros. Llevaremos a los demás en el próximo viaje.

—¿Podemos llevar a Briar Rose?— Lauren preguntó mientras Shane ayudaba a Fred a entrar en una de las perreras abiertas—. Ella es mi favorita.

Se río. —Bien, si insistes. Ella no nos servirá de mucho, pero tenemos a Alice de repuesto, supongo.

—¿Por qué no?—preguntó ella, pero Shane no contestó y extendió la mano sobre ella para abrir la puerta del pasajero.

—Sube. Tú conduces.

En toda su vida, Lauren nunca había conducido un vehículo tan gigante, pero estaba

demasiado emocionada por la misteriosa aventura como para discutir.

—Espero que sepas conducir manual—, dijo mientras ambos se abrochaban el cinturón.

—¿Y si no puedo?

Se rió y negó con la cabeza. —Entonces tendrás que ingeniártelas. No hay mucha gente en la carretera a estas horas.

—Bueno, entonces es una suerte que ya sepa cómo hacerlo. No quiero ser responsable de matar a diez de tus mejores perros.

—O a mí—, añadió.

Ella se encogió de hombros y puso los ojos en blanco. Se sentía bien, correcto, como si siempre hubieran estado destinados a hablar así.

—Está bien, asesina. Ve despacio—, dijo Shane, señalando por la ventana—. Gira a la derecha y dirígete hacia Bay Road.

—¿Vas a decirme a dónde vamos?

—Ya te dije, pronto lo sabrás. Falta una hora.

—¿Así que no hablaremos hasta entonces?— Hizo lo posible por concentrarse en la carretera que tenía por delante, pero la imagen de Shane en su periferia la distrajo más de una vez.

—Podemos hablar—. Parecía relajado esta mañana. ¿Estaba lo suficientemente relajado como para abrirse? Tenía que intentarlo.

Sólo medio en broma, se giró para guiñarle un ojo y dijo: —Está bien, entonces cuéntame tu misterioso secreto, por favor.

—*Ja, ja*. Buen intento, pero ahora que lo mencionas, tú tampoco has compartido exactamente la historia de tu vida.

Se mordió el labio superior, algo que solía hacer todo el tiempo de niña antes de que un retenedor corrigiera su prognatismo. —Eso es porque no hay mucho qué contar.

—Eso no me sorprende—, bromeó él.

—¡Oye! ¿No era parte de ser amigos ahora asegurarnos de ser amables el uno con el otro?

—¿Quién no está siendo amable? No te he dicho nada malo en todo el día.

Volvió a poner los ojos en blanco mientras giraban hacia la autopista. —Gran trabajo, considerando que apenas son las siete de la mañana.

—¿Vas a contarme la historia de tu vida o qué?

—¿La historia de toda mi vida? ¿De verdad quieres saberlo todo?

—Quizá no toda, pero podrías empezar contándome por qué estás aquí.

—Bueno...— Respiró hondo y soltó el aire lentamente para crear suspense. Sus ojos estaban clavados en ella. ¿Tenía tantas ganas de saber de ella como ella de saber de él? Podría divertirse un poco burlándose de él como él se burlaba de ella tan a menudo—. Estoy aquí ahora porque me has dicho que tengo que ir contigo a este misterioso destino. Por cierto, ¿adónde vamos?

—Muy graciosa, *Lauren*—. Un pequeño escalofrío recorrió su espina dorsal al oír su nombre en sus labios una vez más—. De verdad, ¿por qué aceptaste este trabajo conmigo?

Ella confesó: —Estoy tratando de saber más acerca de mi padre, y este parecía un buen lugar para empezar.

—¿Tu padre es Edward Dalton? Pensé que era sólo una coincidencia, su apellido. No me di cuenta de que en realidad tienes hielo en la sangre.

—¿Conocías a mi padre?— Todo este tiempo ella podría haberle preguntado a Shane. ¿Tenía él las llaves no sólo de sus propios secretos, sino también de los de ella?

—Conozco *sobre* tu padre—, aclaró Shane, y con la misma rapidez con la que sus esperanzas se habían elevado hacia el cielo, volvieron a caer en picado a la tierra: una triste y patética

estrella caída—. Era un gran corredor.

Ella suspiró y agarró el volante con más fuerza. —Eso he oído, pero no me enteré hasta que murió a principios de este año.

—¿A principios de año? Sólo estamos en febrero.

—Lo sé—. Apartó los ojos de la carretera un momento para mirarlo.

—Eso explica muchas cosas, la verdad.

—¿Como qué?— ¿Se había dado cuenta porque él también estaba interesado en saber más de ella, o es que era tan transparente?

Jugueteó con la correa de su cinturón de seguridad mientras hablaba, casi como si el tema del pasado de Lauren lo pusiera nervioso. —Por qué apareciste de la nada sin experiencia. Por qué insististe en quedarte cuando intenté deshacerme de ti. Por qué a veces pareces triste.

Sintió el aguijón caliente de las lágrimas, pero se negó a dejarlas caer. Ya había derramado muchas por su padre, pero también sabía que él no querría que se sintiera triste al recordarlo. Forzó una sonrisa y dijo: —Lo echo de menos. ¿Has perdido alguna vez a alguien a quien amas?

Shane frunció el ceño. —Yo no amo, ¿recuerdas? Y, además, ya llegamos.

Lauren lo estudió un momento y, cuando quedó claro que no revelaría nada más, se giró para estudiar la escena que tenían ante ellos. Varios camiones como el suyo estaban parados en el campo abierto. Hombres bajaban trineos y otros suministros y perros gemían mientras los ataban a las cuerdas de las cuadrillas. Toda la escena bullía de entusiasmo, y Lauren también, al contemplarla, sabiendo que pronto estaría entre ellos.

La había traído a una carrera, la primera de su vida, y una nueva oportunidad de demostrar su valía.

Veintidós

—Lo decías en serio—, susurró Lauren mientras salían del camión y se dirigían a bajar a los perros—. No lo decías sólo para contentar al doctor Rockwell. Me trajiste a una carrera de verdad.

—¿Cuándo he hecho algo con la intención expresa de hacer feliz a alguien? Además, esto no es una carrera. Es como entrenan normalmente los mushers. Bienvenida a las grandes ligas—. Ella sintió sus ojos recorriéndola, tratando de medir su reacción—. ¿Crees que estás lista?

—Claro que sí—, respondió ella exhalando—. ¡Muchas gracias por esto!— Y antes de que pudiera contenerse, saltó a sus brazos y le dio un abrazo gigante y entusiasta.

Él la miró. Su rostro mostraba una mezcla de sorpresa y placer. Ese fue el momento en que Lauren lo supo con certeza. Shane también se preocupaba por ella. Su apariencia de tipo duro no era su verdadero yo. El verdadero Shane era el hombre del que ella había visto destellos ocasionales entre todos los momentos tan reservados que componían su vida juntos.

Él la apartó y forzó una carcajada. —Ya, basta.

Ella estuvo a punto de disculparse, pero se dio cuenta de que no tenía por qué. En lugar de eso, le dio un segundo y rápido apretón y dijo: —Muchas gracias. No te defraudaré.

Sus mejillas se pusieron rojas detrás de su barba, y ella se preguntó si era por el frío o por algo más. ¿Las mejillas de ella también estaban rojas?

—Bueno—, dijo, pateando un bloque de hielo en la carretera—. Vamos a enganchar a los perros. Si no empezamos ahora, se quedarán aquí todo el día.

Shane ató el trineo a un tubo de metal doblado que sobresalía del suelo y sacó el gancho para la nieve, clavándolo también en el suelo.

—¿Te preocupa que el trineo se deslice?— Lauren se río.

Él se limitó a sonreír, con un brillo en los ojos.

Trabajaron juntos para colocar a los diez perros en formación ante el trineo. Fred y Wendy eran los más grandes, así que estaban más cerca del trineo.

—Nuestros perros de rueda son los que más tiran—, explicó Shane mientras ataban a cada perro en su sitio—. Estos son los perros de equipo, los perros de balanceo y, por último, los perros guía. Tus guías...— Señaló hacia Lewis y Jack en la parte delantera de la línea—. Se encargarán de ustedes si les indican el camino a seguir. *Gee* es la derecha, y *haw* es la izquierda. ¿Entendido?

—Sip.

—¿Lista?

Respiró hondo, y cuando exhaló, se formaron pequeños cristales en el aire. —Como nunca—. Ella miró de la pista hacia Shane, y él le dio un pulgar hacia arriba.

Juntos, guiaron al equipo hacia el punto de salida. Algunos otros corredores se quedaron con sus trineos, pero no parecían suficientes para ser realmente una carrera.

Miró hacia Shane.

—Esta es una carrera de entrenamiento para que nuestra sangre bombee, pero sobre todo para que nos fijemos en la competencia. Asegúrate de pegarte a la izquierda en cada bifurcación para que podamos dar a estos perros una buena carrera. Son unos treinta y cinco kilómetros. En esta pista, tengo un promedio de dos horas y cuarenta y cinco minutos a tres horas con diez perros. Ese es el tiempo al que quiero que apuntes, también. Estos perros pueden hacerlo. La pregunta es, ¿puedes tú?— Levantó el gancho de nieve y lo colocó en la parte trasera de la cesta.

¿Por qué seguía preguntándole si podía? ¿No lo había dejado claro ya? Ella asintió y él le dio una palmada en la espalda.

—Estupendo. Ahora, súbete a los estribos y agárrate fuerte.

Los perros gimieron y se movieron en sus arneses, esperando la orden de Shane.

—Por cierto—, dijo—. Estaré en el bar poniéndome al día con unos viejos amigos. Cuando termines, pide a algunos de los hombres que te ayuden a cargar el camión y vuelve a casa. Te veré allí esta noche. ¿De acuerdo?

Le dio otra palmada en la espalda y desató el trineo del poste de salida. —¡Andando!—, gritó desde detrás de ella.

De repente, los perros, guiados por Jack y Lewis, tiraron hacia delante y el trineo se puso en marcha por el sendero, acelerando rápidamente a medida que se acercaban a la primera curva del camino. El viento azotaba sus mejillas, agitando los pequeños mechones de pelo que se habían escapado de debajo de su gorro. Esto era lo más parecido a volar que existía, y le encantaba.

Mientras trabajaba con los perros en la cabaña, sólo había sacado a uno a la vez, así que no estaba preparada para la intensa velocidad, para lo rápido que se movía el mundo a su alrededor.

Preparada o no, la mejor forma de aprender era hacerlo. Agarró con fuerza el manillar y desplazó el peso hacia la izquierda o la derecha según fuera necesario, pisando de vez en cuando el freno de pie para ralentizar a los perros en las curvas y mantener la línea tensa. Había pasado tanto tiempo practicando que su cuerpo parecía saber qué hacer antes de que su cerebro tuviera tiempo de darse cuenta.

Más rápido, más rápido, más libre, más libre.

Vio la silueta de otro musher más adelante en el camino. Lo estaba alcanzando. ¿Podría igualar el tiempo de Shane, o mejor aún, superarlo?

Iba a intentarlo.

Gritó —*Hike, hike, hike*— por encima del viento para animar a los perros a tirar con más fuerza, y luego se encorvó para minimizar la resistencia al viento causada por su postura erguida. Era más pequeña que los otros corredores, lo que significaba que los perros podían dedicar menos energía a tirar y más a alcanzar velocidades máximas.

Gritó —*Mush, mush!*— para animar más a los perros. No sabía si era la orden correcta, pero sus palabras animaron a los perros.

Llegaron a otra curva del sendero y se inclinó hacia ella como había visto hacer a los motociclistas para ayudar al trineo a tomar una curva cerrada y mantener toda la velocidad posible en la curva.

¡Zas!

Lauren aterrizó sobre un montón de nieve fresca, con la mejilla y el costado escocidos por el impacto, pero más que eso, su ego. Vio cómo los perros seguían tirando del trineo por el sendero, sin necesitarla para seguir.

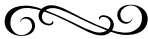
Le dolía todo el costado por el impacto, pero no importaba. Tenía que alcanzar el trineo.

Corrió todo lo que pudo, pero era difícil con las gruesas capas de ropa que llevaba, sobre todo teniendo en cuenta la energía que había gastado en el trineo.

Los perros rodearon la pista. El último rastro del trineo desapareció en la curva.

Shane iba a matarla.

Ventitrés



Lauren se dio la vuelta y caminó de vuelta al recinto de salida. Seguro que allí había alguien que podía ayudarla. Pensó en llamar a Shane, pero acababa de empezar a creer en ella y no quería destruir esa confianza.

Mientras recorría el largo camino de vuelta al inicio del sendero, el cielo empezó a oscurecerse. Aquí los días eran ridículamente cortos. Apenas salía el sol, volvía a ponerse. ¿Se quedaría aquí sola y perdida? ¿Y los perros?

Se le enfriaron los dedos de los pies a pesar de sus elegantes botas nuevas de Lowood. No tenía ni idea de cómo los perros no sólo lo hacían, sino que les encantaba.

Justo cuando estaba a punto de darse por vencida y llamar a Shane, un todoterreno se acercó de frente, reduciendo la velocidad hasta detenerse a pocos metros delante de ella. —Súbete—, le dijo el hombre, y ella accedió encantada. Él murmuró algo por encima del hombro, pero ella tenía tanto frío y estaba tan cansada que no pudo entender las palabras. Se limitó a acurrucarse en el calor del cuerpo de su salvador.

Unos minutos más tarde, estaban de vuelta en la línea de salida, y Lauren vio a todo su equipo atado fuera del camión. Algunos otros equipos también estaban atados mientras sus mushers recapitulaban las carreras que acababan de completar.

—Gracias—, murmuró Lauren, sin querer apartarse del calor del amable desconocido.

—No es nada—, dijo el hombre—. Nos pasa a los mejores. Quizá no a los mejores, pero ya me entiendes.

Sonrió y aceptó un termo metálico de otro corredor. El café caliente la despertó y la hizo sentirse humana de nuevo.

Los dos hombres la observaron mientras bebía, charlando entre ellos y dejando que se recuperara sola. Cuando terminó el termo, volvió a darles las gracias y formuló la pregunta que llevaba horas rondándole la cabeza. —No le dirán a Shane sobre esto, ¿verdad?

Los hombres se rieron, y Lauren pensó que uno de los más pequeños en realidad podría ser una mujer, pero era difícil de decir con lo abrigados que estaban todos, sobre todo con el sol ya casi escondido.

—Tu secreto está a salvo con nosotros, pero tú agárrate fuerte a esa barra. No puedes ver cuando vienen algunos baches y eso te hará caer cada vez si no estás preparada.

—¿Cómo sabes que eso fue lo que pasó?

—Les pasa más de lo que crees a los corredores novatos. Sobre todo, a los cheechakos.

—¿Qué...?— Lauren comenzó a preguntar, pero la mujer la detuvo con una sonora carcajada.

—La gente de fuera de Alaska. Como tú, apostaría. De todos modos, incluso los mejores mushers se caen de vez en cuando. Por suerte para ti, viniste a esta pista, y cuando vimos que tu

equipo llegaba sin ti, nos imaginamos que podrías necesitar que te recogieran.

—Así que me enviaron con el todoterreno a buscarte antes de que oscureciera—, añadió su rescatador.

—Y los demás acorralamos a tus perros, los desenganchamos y les dimos de comer. Míralos ahora, acurrucados como pequeños huskys felices, listos para irse a casa y tomarse un largo descanso.

Lauren miró a los perros, que definitivamente parecían contentos, para su alivio. Pero, ¿a quién pretendía engañar pensando que podría batir el tiempo de Shane? Ni siquiera había logrado terminar la pista, por no hablar de hacer un buen tiempo. Lauren se preguntó si su padre había se había caído del trineo alguna vez, o si a Shane le había pasado. A pesar de lo que los otros hombres le habían dicho, parecía improbable que alguien aparte de ella pudiera cometer un error tan tonto.

—Ya, ya—, dijo la pequeña corredora, que sin duda era una mujer, palmeando el hombro de Lauren con una mano —. Así se aprende.

—¿Tú te has caído alguna vez?— susurró Lauren, sintiéndose más a gusto con la corredora.

—Más de una vez—. Ella guiñó un ojo, y Lauren sonrió—. Y te diré algo más siempre y cuando prometas no dejar que nadie sepa que lo supiste por mí.

Lauren asintió y esperó la gran revelación.

—¿Tu jefe? ¿Shane?— Sus ojos brillaron como la nieve mientras susurraba: —También.

—¿Te refieres al accidente con la máquina de nieve?

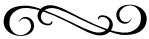
—No sólo eso. Ha cometido todos los errores habidos y por haber. Tiene suerte de no haberse hecho daño antes. ¿Pero sabes qué?

Lauren respiró hondo, en espera de cualquier secreto que esta mujer pudiera contarle. —¿Qué?

—Es bueno para ti, dar una voltereta como esa. Si no estás dispuesta a correr riesgos, nunca serás buena en esto.

A medida que el sol se hundía más hacia el horizonte, Lauren no pudo evitar preguntarse si ese mismo consejo se aplicaba a la vida tanto como a las carreras.

Veinticuatro



Lauren llegó a casa pasada la hora de cenar a pesar de haber madrugado aquella mañana. Shane no estaba por ninguna parte, así que se comió algo rápido y se fue a la cama temprano, completamente agotada por el ajetreado día.

Antes de dormirse, se planteó si contarle a Shane lo que había pasado en el hipódromo. Si no podía ser sincera con él, tampoco podía esperar que él le contara nunca sus verdades ocultas. Se lo contaría y, si le ponía pegas, le diría que él también había cometido los mismos errores.

Una vez decidida, pudo sumirse en un sueño profundo y exhausto.

Lauren soñó con acampar aquella noche, con mirar las estrellas y nadar, cantar canciones alrededor de la hoguera y atiborrarse de malvaviscos. Shane estaba allí, al igual que su padre. Incluso Briar Rose había venido con ellos al campamento y corría en círculos alrededor de ellos, saltando y abalanzándose sobre las llamas.

Cantaron el último éxito de Lolly Winston, y Shane la sorprendió con su suave voz de barítono. Nunca lo había oído cantar, pero no le cabía duda de que ésa era realmente su voz, y era preciosa.

Se acercó a ella hasta que sus caderas se tocaron. Su voz se redujo a un susurro mientras murmuraba la letra, con la cara a escasos centímetros de la de ella.

Más cerca, más cerca.

Podía sentir las suaves sílabas acariciando su mejilla. En cualquier momento él la besaría, y todo cambiaría para ambos.

Él se curaría. Ella estaría curada. Darían sus primeros pasos hacia la felicidad eterna, juntos de la mano.

Se inclinó hacia delante y cerró los ojos, esperando lo que vendría a continuación...

Pero no era lo que esperaba. Briar Rose chilló al atravesar el fuego y saltar entre ellos. La escena se partió por la mitad como un trozo de papel viejo, y Lauren observó impotente cómo su padre, Shane y Briar Rose iban hacia un lado y ella hacia el otro.

Los aromas boscosos del humo y la tierra persistían, llenándole las fosas nasales hasta que sintió que le faltaba el aire. Briar Rose seguía ladrando, gimiendo, aullando y chillando.

Sólo que no era sólo Briar.

Todos los perros estaban allí ahora. Y aunque ya no podía verlos en su sueño, sus gemidos alcanzaron un tono febril, una alarma que la despertó de su sueño.

Se incorporó sobresaltada. ¿Estaba soñando? ¿O...?

Los perros seguían gritando desesperados desde el exterior. El aire seguía oliendo a humo, pero el campamento no se veía por ninguna parte. Lauren estaba sola en su habitación, confusa y asustada.

Entonces recobró el sentido y por fin comprendió lo que estaba pasando.

—¡Fuego!—, gritó, tirando de sus botas y abrigos y volando hacia el patio. Tenía que hacer algo. Era la única que podía moverse con rapidez. Tenía que salvar a Shane y a los perros antes de que fuera demasiado tarde.

Los perros hacían fuerza contra sus jaulas, con los ojos fijos en la fuente del incendio.

El cobertizo del jardín estaba parcialmente envuelto en llamas, altas y brillantes contra el cielo nocturno. Y corrió hacia allá, agarrando un gancho de nieve desechado cerca de las perreras.

Shane gritó algo detrás de ella, pero no tuvo tiempo de entender las palabras. Toda su energía se concentró en mover los pies contra el frío. Hasta que dejó de hacer frío y el calor de las llamas le hizo sudar la gota gorda.

¡Pam!

Golpeó con el pesado gancho metálico cada una de las ventanas y atravesó los cristales rotos para girar el pomo desde dentro. Por suerte, pudo girarlo fácilmente desde el otro lado.

Tras entrar por fin en la estructura prohibida, sus ojos se dirigieron hacia el origen del incendio. Cortinas chamuscadas, papel pintado de flores rosas oscurecido por el hollín y recipientes de plástico derretidos, incapaces de proteger el contenido.

¿Qué era este lugar?

No había tiempo para averiguarlo. Tenía que apagar las llamas de alguna manera. ¿Llegaría la manguera hasta aquí? Sólo había una forma de saberlo.

Volvió a correr y, al hacerlo, se cruzó con Shane, quien cojeaba hacia la cabaña con un extintor sostenido torpemente en las manos.

Se volvieron a encontrar, ella con su método de extinción y él con el suyo. Juntos, apagaron las llamas y consiguieron salvar una pequeña parte de los tesoros que había dentro.

Lauren se giró hacia Shane, sin saber qué decir. Había espiado lo suficiente del lugar secreto como para acabar comprendiéndolo. Había perdido a alguien importante para él, una mujer, y aquel era su santuario en memoria de ella.

No era de extrañar que mantuviera a la gente fuera. Le habían hecho daño de la peor manera posible, y ahora lo poco que le quedaba de ese amor perdido se había desvanecido en la noche. Estuvo a punto de llorar, pero no... Él necesitaba que ella fuera fuerte, una fuente de consuelo.

Porque probablemente se sentía como si hubiera perdido a su amada de nuevo, y ahora nada podría traerla de vuelta.

Lauren rodeó a Shane con sus brazos, pero él no le devolvió el abrazo. Su cuerpo estaba rígido. Ni siquiera un temblor le recorría las manos y los brazos, como solía ocurrirle cuando se sentía estresado.

Todo a su alrededor se quedó quieto. Hasta los perros se callaron.

—¿Qué has hecho?—, dijo rotundamente—. *¿Qué has hecho?*—, repitió una y otra vez, cada vez extrañamente desprovisto de emoción.

Seguía sin fiarse de ella.

Venticinco



Lauren se apartó de un tirón, sorprendida de que la culpara del incendio. —No, me desperté y fue... No, yo no lo hice—. Le costó defenderse. El acto era indefendible, pero no lo había cometido ella. ¿Quién haría algo tan horrible?

—Se suponía que no debías entrar ahí—, dijo, mirando fijamente los restos carbonizados de su lugar secreto.

—Shane, ¿hablas en serio ahora? *Estaba en llamas*. Si no hubiera hecho algo, podría haberse extendido a la casa o a las perreras. ¿Es tu secreto realmente más importante que nuestras vidas? ¿La vida de los perros?

Sacudió la cabeza durante más tiempo del que era natural en un gesto así, sin decir nada, mirando al frente, pero sin ver nada. Finalmente murmuró: —Tú provocaste el incendio. No había nadie más. Nadie más podría haberlo hecho, y tú siempre has estado husmeando en mis asuntos. No pudiste forzar la cerradura, así que le prendiste fuego. Tal vez estabas molesta conmigo. Tal vez era la única manera de entrar, pero tú lo hiciste. *Tú*.

Lauren se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la cara y, sinceramente, hubiese preferido que la golpeara. Dolería menos y haría mucho más fácil lo que tenía que pasar a continuación. —¡Escúchate! Es una locura—, gritó—. Yo nunca haría esto. Shane, soy tu amiga, ¿recuerdas?

Él se rió amargamente. —Menuda amiga eres. Debería haberte despedido apenas pude, pero no. Pensé que podría funcionar. Pensé que debía darte una oportunidad, y ahora la única parte que me quedaba de ella se ha ido. ¡Se ha ido, Lauren! Me *la* quitaste, me la arrebataste.

Ella dio un paso atrás, con el pecho agitado, luchando bajo el peso de su acusación. —No, no, no fue así. Ni siquiera sé quién es. Nunca te haría daño, Shane. Jamás—. Qué tonta había sido, suponiendo que él podía corresponder a sus sentimientos. Él nunca podría amarla porque todavía llevaba una antorcha por algún fantasma. Eso era obvio ahora, y si ella hubiera hecho un mejor trabajo leyendo las pistas, se hubiese dado cuenta antes...

—Deja de hablarme como si me entendieras—. Su voz se volvió distante mientras se arrastraba hacia el cobertizo dañado y examinaba lo poco que quedaba—. Nunca podrías entenderlo—, dijo cuando ella se unió a él.

—Quizá podría si te abrieras. Quiero ayudarte—. Ella le puso una mano tranquilizadora en el brazo, pero él se apartó.

—Qué manera tienes de demostrarlo—, se burló Shane.

—Yo también perdí a alguien importante para mí. Mi padre, él...

—Esto no es lo mismo—, espetó Shane—. No tienes ni idea de lo que has hecho.

—Entonces dímelo—, dijo ella con suavidad, observando ahora con más detenimiento el

contenido del cobertizo. Todo lo que había delante estaba cubierto de hollín y ceniza, pero en la parte de atrás había unos cuantos contenedores que permanecían intactos. En ellos había lo que parecían rollos de tela, tal vez ropa, la mayoría de color rosa. No podía distinguir ninguno de los otros objetos sin agacharse a mirar más de cerca, y sabía que Shane no querría que lo hiciera. Permaneció a su lado, esperando a que se retractara de la hiriente acusación, a que le diera una explicación.

Algo. Cualquier cosa.

Su voz sonaba ronca, como si estuviera conteniendo un torrente de lágrimas. —¿Quieres que te lo cuente? ¿Es eso lo que quieres?

Ella lo miró, pero él seguía con la mirada perdida. Quería envolverlo en sus brazos, quitarle todo el dolor, pero sólo si él se lo permitía. Tenía que dejarla ayudarlo. Juntos podrían superar sus pérdidas. —Sí, estoy aquí para ti. Me preocupo por ti, Shane. Quiero ayudarte.

—Nadie pidió tu ayuda—. Sus ojos recorrieron el cobertizo de nuevo, y cuando se posaron en ella, hizo una mueca y salió al patio.

Lauren lo siguió un paso por detrás. No podían actuar como si esto no hubiera sucedido. No podía seguir disimulando su dolor, dejando que supurara en su corazón.

—Te dije que te mantuvieras alejada—, refunfuñó—. Juega con fuego y te quemarás. ¿No es así como dice el refrán? Pero no podías aceptarlo. Tenías que quemarme a mí también. Está todo arruinado—. Ahogó un sollozo y, en lugar de seguir caminando, cayó de rodillas sobre la nieve, gritando de dolor al hacer contacto con el suelo.

—¿Es eso lo que realmente quieres?—, le preguntó mientras agarraba las muletas e intentaba ayudarle a levantarse.

Él se negó en redondo y fue como si la estuviera rechazando por primera vez. Como si no hubieran compartido ni un solo momento especial, ni un solo momento feliz—. Eso es lo que quiero.

—Entonces me iré, pero por favor déjame ayudarte a entrar primero. Por favor, déjame asegurarme de que los perros están bien.

—Te irás. Y nunca volverás—. Sus palabras podrían haber sido una pregunta o una orden, Lauren no lo sabía. Todo lo que sabía era lo mucho que le dolía.

Ahora era ella la que lloraba en el aire de la noche—. Lo prometo—, dijo, dándole la espalda a Shane Ramsey y alejándose hacia lo desconocido.

Ventiséis



Lauren se encerró en su dormitorio, pensando qué hacer a continuación. Ya había vendido la casa de su padre, roto el contrato de alquiler de su apartamento, renunciado a su trabajo y dejado atrás todo lo que había tenido en Nueva York para empezar de nuevo en Alaska. De nada le había servido.

Ahora se había vuelto a quedar sin trabajo y sin casa y, aparte de la pequeña herencia que le había dejado su padre, no tenía nada.

Odiaba llamar a sus amigos en mitad de la noche, pero parecía poco probable que pudiera coger un taxi a esas horas, y necesitaba marcharse antes de que Shane pudiera hacerle más daño del que ya le había hecho.

Después de su pelea, sólo le quedaba una amiga en todo el estado: Scarlett.

Habían intercambiado algunos mensajes y salido a cenar un par de veces, pero su amistad todavía no estaba del todo consolidada. Lauren esperaba que su nueva amiga no le importara que la estuviera llamando a medianoche, porque realmente no tenía otra opción.

—Claro que iré a buscarte—, dijo la bibliotecaria casi antes de que Lauren tuviera que preguntar—. Mándame un mensaje con la dirección y saldré en cinco minutos.

Cuando Scarlett llegó, Lauren se escabulló de su habitación, rezando para no toparse con Shane mientras emprendía su gran huida. Pero él ya había cogido su auto y se había marchado a algún lugar desconocido.

—¿Qué pasó?— preguntó Scarlett, mirando el cobertizo quemado.

—Fuego—, respondió Lauren, frotándose las manos para entrar en calor.

—Sí, ¿pero cómo?—. Scarlett tenía los ojos como platos, como si los abriera lo suficiente, podría ver todas las respuestas.

—No lo sé, pero él cree que lo hice yo.

—¿Tú? Eso es una locura.

Lauren sintió que las lágrimas volvían, y Scarlett debe haberlo notado porque envolvió a su amiga en un fuerte abrazo fraternal. —No es tu culpa—, susurró en el pelo de Lauren—. Shane Ramsey se convirtió en un monstruo después de perder a su mujer y a su hija. Todo el mundo lo dice. Claro, todos lo aguantan, porque es genial en lo que hace, pero a nadie le gusta estar cerca de él. Trata...

—Espera—. Lauren se apartó para estudiar la cara de Scarlett, roja por el frío—. ¿Qué acabas de decir?

—Shane ya no le cae bien a nadie—, dijo ella con naturalidad y encogiéndose un poco de hombros.

—¿Sobre la ... la esposa y la h-hija?— Lauren no sabía si el frío estaba causando su

tartamudeo o si era algo más, algo que ver con sus sentimientos por Shane.

Scarlett hizo un gesto despectivo con la mano. —Oh, creía que ya lo sabías. ¿De verdad has estado viviendo con el tipo durante más de un mes sin saber nada de él?

—Créeme, lo he intentado, pero es tan cerrado la mayor parte del tiempo.

—Bueno, no conozco los detalles. Sólo que fue un divorcio desagradable, y después de eso, Shane siempre se volvió el tipo desagradable que es hoy.

—¿Y su hija?— aventuró Lauren, todavía en estado de shock por esta gran revelación.

—No lo sé con seguridad. Dicen que perdió la custodia.

—*Pobre Shane*—, dijo Lauren mientras su cara triste nadaba en la visión de su memoria. Si tan sólo se lo hubiera dicho. Si tan sólo.

Sin embargo, Scarlett parecía pensar de otra manera. —Es una mierda, pero eso no le da derecho a desquitarse con el mundo. Cometió sus propios errores y ahora vive con las consecuencias. Nada de lo que pasó es culpa tuya.

—Lo sé, pero...

—Pero nada. Que te echara en mitad de la noche es totalmente inaceptable. Siempre me gustó pensar que la gente exageraba. Digo, ¿cómo puede alguien tan guapo por fuera ser tan feo por dentro?

Lauren sacudió la cabeza, sin palabras. Cómo le hubiera gustado que Shane se lo contara él mismo. Podría haberle asegurado que era una buena persona, que a veces la vida te lanzaba una bola curva, pero eso no significaba que estuvieras fuera de juego.

—De todos modos—, dijo Scarlett—, salgamos de aquí. Deja todo esto atrás. Puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras, por supuesto.

Lauren dejó escapar el aliento en pequeñas bocanadas, negándose a llorar, negándose a preguntarse qué podría haber pasado si las cosas hubieran sido diferentes. Se giró hacia su amiga. —Gracias, realmente te lo agradezco.

—Oye, para eso están las amigas—. Scarlett puso su brazo sobre los hombros de Lauren mientras caminaban hacia su auto.

Lauren miró hacia la cabaña por última vez. Aquella sencilla estructura boscosa había albergado una vez sus esperanzas, sus sueños, incluso pequeños destellos de amor. Había asumido tontamente que este sería su lugar seguro para siempre, pero ahora se daba cuenta de que su afecto por Shane siempre había sido unilateral.

En pocas palabras, ella lo amaba, porque no había nadie más a quien amar en este lugar aislado. No, sus sentimientos no habían sido reales, y los de *él* sólo habían estado vivos en su tonta e ingenua imaginación. Estaba bien marcharse.

Subió silenciosamente al auto y se negó a ver cómo Scarlett daba marcha atrás y la llevaba lejos, muy lejos de Shane Ramsey y, con suerte, también de sus sentimientos hacia él.

Veintisiete



Cuando Lauren se despertó al día siguiente, Scarlett ya se había ido a trabajar. Se enteró por la nota adhesiva de color amarillo brillante pegada en la pizarra de corcho junto a la nevera.

En el trabajo. ¡Nos vemos esta noche, compañera!
XOX
Scar

Lauren miró el reloj del microondas. Casi la una de la tarde, lo que significaba que, debido a la diferencia horaria de cuatro horas, sus amigos de Nueva York acababan de salir del trabajo. ¿Debía llamar a Joanna Brocklehurst para rogarle que le devolviera su antiguo trabajo? O sería mejor que Lauren cerrara los ojos y señalara un punto al azar en el mapa y se dirigiera allí para empezar su nueva vida... por segunda vez.

Tenía suficiente dinero de la venta de la casa de su padre para recoger y empezar de nuevo, pero ¿era eso lo que quería?

¿Qué haría su padre en esta situación? De hecho, él se había encontrado en una situación parecida cuando Lauren era pequeña. Los había recogido y trasladado a su vida en Nueva York sin decir una palabra de su vida anterior en Alaska, pero también había conservado todos esos viejos artículos y otros recuerdos durante años.

¿Se arrepentía de aquella decisión? ¿Se arrepentiría ella de haber tomado una decisión similar?

Tenía que resolverlo, y rápido. No quería abusar de la amabilidad de Scarlett más tiempo del necesario. Tal vez alguna de sus antiguas amigas de la escuela podría darle a Lauren un sofá donde dormir mientras ultimaba los detalles de su mudanza a una nueva ciudad, un nuevo estado, una nueva Lauren.

Buscó entre sus contactos a la amiga con más probabilidades de poder y querer ayudarla. Muchas de sus compañeras de clase se habían quedado en su ciudad natal y la mayoría incluso se había casado y formado su propia familia. Habían trazado el rumbo de toda su vida, mientras que Lauren ni siquiera sabía dónde sería su siguiente capítulo.

Sintiéndose como una completa fracasada, decidió llamar a su vieja amiga Helen, quien había sido la presidenta del cuerpo estudiantil durante sus años junior y senior. Helen tendría los medios para ayudarla y muchos consejos. Tal vez Lauren debería ceder el control de su vida a

alguien más adecuado. Alguien como Helen.

Su amiga contestó después de unos largos y dolorosos timbrazos.

—Helen, soy yo, Lauren.

—Hola, Laur—. Helen sonaba distraída, pero no dijo por qué—. Me enteré de lo de tu padre. Lo siento mucho. Quería estar en el funeral, pero estaba en París y no pude volver con tan poco tiempo de aviso. Espero que lo entiendas.

—No pasa nada—, la tranquilizó Lauren, esperando que no se sintiera tan culpable como para negarse a ofrecerle ayuda ahora—. *De verdad*. Estaba tan mal que no habría recordado haberte visto allí de todos modos.

—Entonces, ¿cómo va todo? Pasé por tu casa, pero me dijeron que la vendiste. Ah, por cierto, los nuevos vecinos de allí -bueno, supongo que no son tus vecinos, ¿verdad?-, la gente nueva que vive allí, me dio parte del correo que llegó para ti y para tu padre. Hay mucho. Un paquete, también. ¿Aún no has dado una dirección a la oficina de correos?—. La voz de Helen destilaba condescendencia. Ahh, sí, esa era la razón por la que Lauren no se había mantenido en contacto con ella después de la graduación.

—Mierda, me fui con tanta prisa que ni siquiera pensé en hacer eso.

—No pasa nada. Puedo enviártelo todo. ¿Me das tu dirección?

Hablar con Helen le dio a Lauren la claridad que necesitaba, pero no la solución que esperaba. Ahora sabía que no habría vuelta atrás, sólo hacia adelante. Nueva York ya no era su hogar, pero aún podía darle una oportunidad a Anchorage.

Rebuscó en el correo del escritorio de Scarlett hasta que encontró un sobre con la dirección de su amiga garabateada en el anverso. —No estoy segura de cuánto tiempo estaré aquí, pero si me mudo, mi amiga puede hacérmelo llegar todo—, explicó antes de recitar cuidadosamente la dirección para Helen.

—Es como la papa caliente de correos—, bromeó Helen—. ¿Qué haces en Alaska?

—No lo sé—, respondió Lauren con sinceridad—. Pero pronto lo averiguaré.

—Bueno, llámame si necesitas algo más, ¿de acuerdo?— Se preguntó si su amiga lo decía en serio y rezó para no verse obligada a averiguarlo más tarde.

—Seguro—, prometió Lauren, y las dos viejas amigas se despidieron.

En cuanto terminó la llamada, apareció una nueva notificación de buzón de voz en su teléfono. No reconocía el número, pero sabía que era local por el prefijo del estado de Alaska.

Lauren puso el teléfono en altavoz y pulsó play.

—Hola, Lauren—, la saludó una voz de mujer vagamente familiar—. Soy la vecina del señor Ramsey, Mary Fairbanks. ¿Nos conocimos hace un par de meses? En fin, el señor Ramsey me pidió que te llame y consiga tu nueva dirección. Quiere enviarte un cheque por tu paga. Lo tengo aquí mismo—. Se oyó un crujido de papeles cuando Mary hizo una pausa—. Es una cantidad considerable, así que seguro que lo querrás. El señor Ramsey dijo que era una pena tener que despedirte, pero quería asegurarse de que cobraras todo el año.

Mary respiró hondo antes de continuar. —No sé qué le has hecho, pero hoy está más intratable que de costumbre. Me llamó al amanecer, insistiendo en que fuera a ayudarlo a cuidar de los perros. Tiene suerte de que esté jubilada, o no hubiera ido. No soy quién para juzgarte, querida, pero creo que lo normal es avisar con dos semanas de antelación. De todos modos, llámame.

Lauren escuchó a la mujer decir su número de teléfono y colgó. La llamaría más tarde, cuando fuera menos probable que tuviera que hablar con Mary en lugar de con su buzón de voz.

Entendía por qué Shane no había llamado, pero deseaba que lo hubiera hecho.

Veintiocho

—¿Puedes quedarte conmigo para siempre?— preguntó Scarlett riendo antes de dar un gran bocado al salmón que Lauren les había preparado para cenar aquella noche.

Los ojos de Scarlett se abrieron de par en par cuando los sabores golpearon su lengua. —Lo digo en serio—, exclamó, tapándose la boca con la mano—. Me voy a quedar contigo, te guste o no.

—Claro que puedes quedarte conmigo, pero necesito un trabajo—, respondió Lauren con una enorme sonrisa.

—¿Qué hay de malo en ser mi compañera de piso? Casi nunca puedo comer así a menos que visite a mis padres.

Lauren puso los ojos en blanco, pero en secreto le encantó que Scarlett ya la considerara indispensable. No lo había conseguido con Shane en más de un mes, pero de alguna manera, le había tomado menos de un día con su nueva compañera de piso. ¿No se suponía que así *debían ser las cosas*?

—Sabes...— Scarlett arrastró una cucharada de alioli por su filete de salmón, untando toda la superficie mientras parloteaba—. Estoy segura de que podríamos encontrarte algo en la biblioteca.

—¿Yo? ¿Una bibliotecaria?— La voz de Lauren chirrió de emoción ante la idea. —Eso sería super genial.

—No exactamente—. Scarlett tomó un rápido sorbo de agua antes de continuar—. Digo, para eso necesitas un máster en biblioteconomía, pero me dijiste que estudiaste inglés, ¿no?

Lauren asintió, ansiosa por saber más.

Scarlett movió la cabeza como si estuviera de acuerdo consigo misma. —Sí. Sí, algo se nos ocurrirá. O, tal vez podría presentarte por la Universidad de Alaska, a ver si alguno de los profesores necesita un ayudante de investigación.

—¿Por qué eres tan increíble?

Scarlett se sonrojó. —¿Yo? No. En realidad, *tú* eres lo más emocionante que me ha pasado en años.

—¿En serio?

Scarlett asintió tan vigorosamente que se atragantó con su arroz pilaf. Se golpeó el pecho, tosió y luego siguió comiendo. Lauren deseó poder comer como su nueva amiga y seguir siendo delgada como un palo. Lauren nunca había sido un palo y, en estos días, estaba más curvilínea que de costumbre con todo el músculo extra que había ganado corriendo con los perros de Shane.

Scarlett bebió unos largos tragos de agua antes de explicarse. —Crecí en Texas, una pequeña ciudad mundialmente famosa por sus manzanas. De todos modos, siempre había sabido que

quería ser bibliotecaria, así que me fui a donde conseguí mi primer trabajo.

—¿A Loussac?— dijo Lauren, recordando su primer encuentro sobre la microficha.

—A Loussac. Y enseguida supe que había encontrado mi hogar. Me enamoré de todo lo que rodea este lugar: la naturaleza, la gente, la historia y, sobre todo, la Iditarod.

Lauren sacudió la cabeza, asombrada. —¿Cuántos años tienes, Scar? No puedes ser mucho mayor que yo, y sólo tengo veinticinco.

Scarlett movió cuatro dedos hacia Lauren. —Cumpliré treinta el año que viene. Pero, de todos modos, esa no es la cuestión. La cuestión es que me enamoré de las carreras de perros tanto como siempre he amado mis libros. Leí sobre ello, lo estudié, lo vi, pero nunca en mis sueños más salvajes pensé que podría hacerlo. Hasta que llegaste tú.

Lauren se ríó con incredulidad. —¿Qué hice?

—Sólo fuiste tú, Lauren, y eso fue suficiente. Viniste a la biblioteca ese día, llegando al deporte sin antecedentes, trabajando para uno de los hombres más infames del negocio, ¿y cuando me dijiste que lo hiciste todo por capricho? Me dejaste alucinada.

—¿En serio?

—En serio. Siempre he planeado y trazado mi vida con tanto cuidado, he hecho las cosas que se supone que tengo que hacer, no necesariamente las que yo quería hacer. Pero entonces, pensé, *ella* lo está haciendo, así que ¿por qué no puedes hacerlo tú también?

Lauren echó un vistazo al pequeño apartamento, en el que había una notable ausencia de perros.

—Oh, no. Todavía no. Un tigre no puede cambiar sus rayas de la noche a la mañana, pero pedí un año sabático, así que tal vez la próxima temporada pueda...— Se sonrojó y dejó el tenedor en la mesa—. Yo también puedo ser musher. Tú me inspiraste a seguir mis sueños, y eso te convierte en mi persona favorita en todo el mundo.

—Ya no formo parte de ese mundo. Shane me despidió. Bueno, medio renuncié, medio me despidieron. El punto es que ya no trabajo en eso.

—Pero tu padre...— Scarlett se sonrojó y el color le invadió toda la cara—. Es lo que eres—, terminó.

Lauren suspiró. —Empiezo a preguntarme si realmente conocí a mi padre. Me ocultó una parte tan grande de sí mismo, y no estoy más cerca de saber por qué lo dejó o por qué guardó este enorme secreto durante tantos años.

Scarlett llevó sus platos al fregadero y los empezó a fregar. —Bueno, te diré una cosa. Por mucho que me guste que te quedes en casa y cocines para mí, ven mañana a la biblioteca conmigo. Te facilitaré más material de investigación y tendrás todo el día para aprender más sobre la historia de tu familia. Las respuestas están ahí afuera. Sólo tienes que seguir buscando; te ayudaré a encontrarlas.

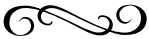
—Scarlett, eso es muy amable. Gracias.

—Oye, no tienes que agradecerme. Es lo que hacen los amigos. ¿Sí?

—Sí—, dijo Lauren, devolviendo el choque de puños que Scarlett le ofrecía. Así que esto era lo que se sentía al ser querida, aceptada y apreciada. Ninguna de estas cosas las había sentido mientras vivía con Shane, al menos no durante más de unos instantes.

Estar aquí con Scarlett era lo correcto. Había hecho una amiga para toda la vida. El resto llegaría con el tiempo.

Veintinueve



Al día siguiente por la tarde, Lauren salió de la biblioteca habiendo aprendido muchas cosas. Había aprendido que Iditarod se llamaba así por la palabra Ingalik Halditarod, que significaba "lugar lejano", y que el musher más ganador de todos los tiempos era Rick Swenson, cuya quinta y última victoria había tenido lugar en 1991, lo que significaba, supuso Lauren, que su padre había corrido contra él alguna vez. Aprendió, también, que a principios de los 90 la gente estaba orgullosa de sus melenas y sus tops altos.

Pero lo que no había aprendido era nada nuevo sobre su padre.

Scarlett la invitó a volver al día siguiente, pero cuanto más investigaba Lauren sin descubrir ninguna pista adicional, más le parecía que nunca conocería al hombre que había sido su padre, ni durante sus años de carrera ni en los años posteriores.

La traición le dolía de nuevo. Le había confiado su primer amor, le había contado secretos del patio de la escuela que de otro modo sólo había confiado a su diario, incluso le había confesado que había robado la elegante pluma del escritorio de Heather McEntyre. Pero él le había ocultado años de su vida.

¡Años!

¿Dejó de guardar secretos cuando abandonó el deporte o también había ocultado otras cosas? Por lo que ella sabía, su padre podía haber llevado una doble vida.

—Ánimo—, dijo Scarlett al entrar en la cochera—. Averiguaremos qué pasó. Lo prometo.

—¿Nosotras?— preguntó Lauren olfateando.

—Por supuesto, nosotras. ¿Crees que te dejaría sola en esto? De ninguna manera. Déjame usar mis superpoderes de bibliotecaria para ayudarte a encontrar la verdad. Puedo conseguirte más libros, más fuentes primarias, incluso cosas normalmente prohibidas—. Su amiga chilló mientras se desabrochaba el cinturón y abría la puerta—. ¡Oh, va a ser tan divertido!

Lauren sintió a sus lágrimas convertirse en carcajadas mientras seguía a Scarlett de vuelta al edificio.

—Libros, y bases de datos, y microfichas, ¡vaya!—. cantó Scarlett mientras enlazaba su brazo con el de Lauren—. Nos vamos a descubrir los secretos, los sorprendentes secretos de... el padre de Lauren.

Sonaron más risas mientras las dos mujeres subían las escaleras, todavía del brazo, y Scarlett continuaba con su parodia del *Mago de Oz*. —Hemos oído que era un... ¡Hola!

Al ser más alta que Lauren, Scarlett divisó la figura sentada en el suelo frente a su puerta un segundo antes que su amiga. Allí, recostado contra la pared y con las muletas bien apoyadas a su lado, estaba sentado su antiguo jefe, Shane Ramsey. Levantó la barbilla y abrió los ojos cuando las mujeres se acercaron, pero ni sonrió ni frunció el ceño, ocultando sus verdaderos sentimientos.

tan bien como siempre.

—Voy a empezar a preparar la cena—, dijo Scarlett, entrando en el apartamento y cerrando suavemente la puerta tras de sí.

—¿Qué estás haciendo aquí?— Lauren permaneció de pie porque sentía que le daba más control de la situación, que en cualquier momento podía salir corriendo si lo necesitaba.

—Regresa a casa, Lauren—, dijo—. Cometí un error. *Te necesito*.

No estaba segura qué parte era más agradable de escuchar, o cuál la enfurecía más.

—No podemos seguir así—, dijo, cruzándose de brazos y mirándolo con la expresión más fría que pudo hacer—. Me mangoneas como si fuera un juguete. No está bien.

—Lo sé. Lo siento mucho. Te mereces algo mejor.

Respiró hondo e intentó relajar la postura. ¿Hablaban en serio? ¿Serían diferentes las cosas a partir de ahora? —Tienes razón.

—Y voy a hacerlo mejor, te lo prometo. Sólo, por favor, regresa a casa, Lauren. Por favor.

—¿Cómo puedo confiar en ti cuando tú no confías en mí? Llegas a estos ridículos extremos para proteger los secretos de tu pasado y luego me acusas de quemar tu cobertizo. Intencionalmente, nada menos.

—Lo sé, lo sé—. Se le quebró la voz y agachó la cabeza.

Lauren pensó que podría haber visto sus ojos brillar con lágrimas, pero Shane rápidamente escondió la cara entre las manos y se las frotó.

—No estoy acostumbrado. No es una excusa, pero es la verdad, la primera de muchas que vengo a decirte si estás dispuesta a oírlas.

Ella no sabía con qué pregunta empezar. *¿No estás acostumbrado a qué? ¿Qué otras verdades has venido a decir? ¿Significa esto que, después de todo, te importo?* Ella se hundió en el suelo a su lado, decidiendo dejarlo empezar por donde él necesitara. —Adelante. Te escucho.

Su mano se movió hacia la de ella, pero luego la apartó y se la puso en la rodilla. Miró a las escaleras mientras hablaba. —No le caigo bien a la gente, no desde hace mucho tiempo. No sé por qué tú eres diferente, pero por la razón que sea, soportas mi mal genio. Ayudas a que me sienta feliz, y no sólo porque eres genial con los perros. Me enfrentas. Me desafías. Me haces reír, y me preparas las mejores cenas que he tenido en años. Las cuales también echo de menos, por cierto.

Una risa suave se le atascó en la garganta. La miró como si quisiera que dijera algo más, pero ella necesitaba oír más de su verdad para realmente perdonarle todo lo que había pasado dos noches antes, todo lo que había pasado desde que se conocieron aquel día de enero fuera de su perrera.

—Yo...— Empezó de nuevo, pero vaciló, tragando un aparente nudo en la garganta—. Quiero ser sincero contigo, porque *tienes razón*. Somos amigos y me importas. No quería, pero ya es demasiado tarde para cambiar eso.

—Continúa—, instó Lauren en un susurro.

—Yo también oculté mi pasado, Lauren. Sí, tengo -tenía- el cobertizo lleno de sus cosas, pero casi nunca entro para allá. Aquella noche, después de salir con mis viejos amigos, la echaba mucho de menos, así que entré. Tuve que ver el cobertizo para sentirme mejor. Me hicieron preguntas, hablaron de lo que había pasado, porque todos lo sabían. La comunidad del mushing no es tan grande como se podría pensar. Todo el mundo sabe todo de todo el mundo. Creo que en parte por eso empecé a disfrutar tanto de tenerte cerca. Era como un nuevo comienzo. Tú no lo sabías, y yo sentía que, si te enterabas, me odiarías tanto como me odio a mí mismo.

Se detuvo de nuevo, se aclaró la garganta, la miró como rogándole que lo detuviera. Pero ella

necesitaba oírlo, y sabía que él también necesitaba decirlo.

Lauren le puso una mano en el hombro, esperando darle el valor que necesitaba para continuar.

Respiró hondo otra vez. —Hace tres años, tenía una mujer y una hija, pero nunca fueron una prioridad en mi vida y no las merecía. Siempre estaba pensando en los perros, en entrenarlos, en correr cualquier carrera que pudiera. Era uno de los mejores, pero tenía que ser el mejor. Y eso requiere un compromiso de tiempo enorme. Lo di todo por el deporte, lo que significaba que no quedaba nada para mi familia.

Volvió a ahogarse en un sollozo, pero esta vez dejó que las lágrimas cayeran en cascada por sus mejillas. —No me sorprendió que mi mujer me dejara, pero no esperaba que se enfadara tanto, que buscara vengarse como lo hizo.

Shane se giró para mirarla. Sus ojos, normalmente tormentosos, brillaban claros y brillantes. —También se llevó a mi hija. Hizo todo lo posible... para asegurarse de que yo perdiera la custodia, para asegurarse de que yo estuviera fuera de sus vidas para siempre. Y no he visto a mi pequeña desde entonces. Llevo tres años viviendo sin mi corazón, pero el lugar donde se supone que debería estar todavía me duele mucho.

Lauren apoyó la cabeza en su hombro. Era un gesto tierno, íntimo, pero también se sentía correcto—. Gracias por decírmelo—, dijo—. Lo único que quería era que fueras sincero conmigo, que me dejaras entrar.

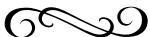
Apoyó la cabeza en la de ella y permanecieron en silencio hasta que sus respiraciones se sincronizaron. El corazón de él y la respiración de ella se movían en armonía.

—¿Regresarás a casa?—, preguntó al fin.

—Sí—, respondió ella. Cada vez más, su hogar empezaba a parecerle una persona en lugar de un lugar. ¿Sentiría él algún día lo mismo por ella?

Esta noche era un comienzo.

Treinta



Se llamaba Rosie y acababa de cumplir cuatro años cuando Shane la vio por última vez. Shane le contó los detalles a Lauren mientras la llevaba de vuelta a la cabaña aquella noche.

—Ya no sé dónde está, ni siquiera cuál es su apellido—, explicó, y las palabras parecían salirle más fáciles a medida que se abría más—. Por lo que sé, Isabel podría habérselo cambiado.

—Pero ahora que lo sé, puedo ayudar—, señaló Lauren—. Puedo ayudarte a encontrarla de nuevo.

—¿Qué te hace pensar que ella siquiera querría verme, o recordarme, para el caso? Era tan pequeña y le fallé. No, me merezco esto—. Utilizó los botones del volante para encender la radio, pero Lauren la apagó.

—No, no te mereces nada de esto. Eres un buen hombre, Shane. Y, créeme, tu hija querrá verte. Mi padre me ocultó una gran parte de su vida, pero daría cualquier cosa por tenerlo de vuelta, aunque sólo fuera por un día. Las niñas necesitan a sus padres. Rosie te necesita, tanto como tú a ella.

—¿Pero ¿cómo puedo recuperarla, Lauren? Es imposible.

—Aún no lo sé, pero lo averiguaremos—. Se acercó para estrechar su mano temblorosa—. Juntos.

Condujeron en agradable silencio durante un rato mientras Lauren analizaba los diversos datos que había descubierto sobre Shane. La antigua citación judicial debía estar relacionada con el divorcio o la custodia. Su temperamento y su intensa dedicación a los perros también estaban probablemente relacionados con lo que había ocurrido con su exmujer. Shane mencionó haber estado en el cobertizo la noche del incendio, por lo que era bastante probable que hubiera dejado un calefactor encendido o una vela sin apagar; cualquiera de las dos cosas podría haber provocado fácilmente una chispa.

Todavía había un par de cosas que no podía conciliar, pero tal vez ahora él estaría dispuesto a contárselas.

—¿Shane?—, aventuró.

—¿Hmm?— Así como así, parte de la tensión regresó. Pasaría tiempo hasta que él se sintiera completamente cómodo, si es que alguna vez llegaba a ese punto, aunque sí esperaba que ese día llegara.

Como ya había interrumpido su calma, siguió adelante con la primera de sus preguntas. —¿Por qué le pusiste a tu perro el nombre de tu hija?

—¿Briar Rose?— Se ríe. Al menos parecía una pregunta fácil—. Yo no le puse el nombre. Rosie lo hizo.

Lauren se ríe también. —¿Ella sola?

—Bueno, entonces tenía dos años y quería tener su propio perro. Cuando le preguntamos cómo quería llamar a su nueva mascota, tuvo exactamente tres sugerencias: *Doggie*, *Poovie* o *Rosie*. Así que llegamos a un acuerdo y la llamamos Briar Rose, y al final pasamos a llamarla simplemente Briar—. Sus ojos se pusieron vidriosos ante el recuerdo, como si lo estuviera reviviendo.

Lauren volvió a reír. —Creo que me llevaría bien con ella. Pero, ¿por qué Briar no se fue con Rosie cuando se mudó?

—Esa perra quería a mi niña, y mi niña la quería a ella. Sé que les habría gustado estar juntas, pero Isabel no quería saber nada de mí ni de mi mundo—. Se recostó en el asiento como si de repente le hubieran absorbido toda su energía—. Siempre tuve la esperanza de que cambiara de opinión y volviera por Briar—, su voz volvió a temblar—. Pero después de que pasaran los meses, me di cuenta de que no iba a suceder. No soportaba tener a la perra por la casa lloriqueando a la espera de que su pequeño humano volviera a casa. Me recordaba lo mucho que yo también echaba de menos a mi chica, así que al final decidí sacar a Briar Rose con los demás, y ahí es donde ha estado desde entonces.

¡Por eso Briar Rose era tan diferente!

Ni siquiera era una perra de trineo. Eso también explicaba por qué Lauren había formado una conexión tan rápida con la mascota. Ambas estaban buscando a alguien a quien amar después de perder a la persona que cada una amaba más en el mundo. —¿Puedo hacerte una pregunta más?

—Claro—, dijo él. Odiaba seguir pidiéndole que reviviera esos momentos tan dolorosos, pero al mismo tiempo sabía que sería más fácil para los dos sacarlo todo de una vez.

—¿Por qué tienes todos esos trajes tan bonitos en el armario si nunca te los pones?—. Miró hacia él justo a tiempo para verlo sonreír. Otra pregunta fácil. Eso era bueno.

—Sabía que ese día estabas husmeando en mi armario—. Él sonrió con satisfacción, sin parecer enfadado—. A veces me los pongo para firmar acuerdos de patrocinio. Tienes que entender que aquí, los mushers son como celebridades. Yo gano premios en metálico siempre que gano o quedo lo bastante arriba en las carreras más importantes, pero la mayor parte de mis ingresos proceden de este tipo de acuerdos. Aunque no he tenido ninguno desde mi lesión.

—¿Qué más?— preguntó Lauren.

—¿Qué más qué?

—Dijiste que a veces los usas por ese motivo, dando a entender que hay otras veces y otros motivos.

—Bueno, Sherlock Holmes—. Él se rió, y ella se le unió—. No se te escapa nada.

—¿Y bien?—, preguntó ella cuando él no continuó.

—Tengo algo de dinero familiar—. Él se encogió de hombros como si no fuera la gran cosa—. Honestamente, creo que es parte de por qué Isabel se enamoró de mí en primer lugar. Le gustaba más mi dinero que yo, y nunca estuvo de acuerdo con mi decisión de dejar el negocio familiar y dedicarme al mushing.

—¿Qué tipo de negocio?— preguntó Lauren, incapaz de imaginarse a Shane haciendo otra cosa que no fuera correr a sus perros.

Su labio se curvó en una mueca y escupió: —Grandes petroleras.

Ella también debió de poner cara de asco, porque Shane dijo: —Sí, exactamente. Nunca me gustó y me di cuenta de que el hecho de haber nacido allí no significaba que tuviera que dedicar toda mi vida a eso.

—¿Así que lo dejaste?—, respondió ella.

—Renuncié y dejé que mis hermanos y mi hermana se quedaran al mando.

—¿Isabel no aprobaba esa decisión?

—Por supuesto que no. Pensó que se estaba casando con uno de los herederos más ricos de Alaska y cuando dejé ese mundo, pensó que eso significaba que no la quería ni a ella ni a nuestra hija, que no me importaba proporcionarles un futuro.

—¡Pero eso es una locura!— Lauren argumentó a su favor.

—Aunque, en cierto sentido, la entiendo—. Volvió a encogerse de hombros—. Ella se casó suponiendo que nuestra vida iría por un camino, y de repente yo me fui por otro. El caso es que aún gano bastante dinero y tengo una vida cómoda. Sólo que ahora puedo vivir tranquilo con mi decisión.

—¿Estás seguro de eso? Siempre estás de mal humor y enfadado.

—Sí, pero no por eso.

Volvió a mirarlo y vio cómo sus rasgos se arrugaban en una máscara de tristeza. Este pobre hombre había perdido tanto, y lo peor era que creía que se lo merecía. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a encontrar la paz? Lauren se aseguraría de que fuera el menor tiempo posible. Ella lo ayudaría a liberarse de su culpa, de su dolor, de su pérdida, porque él no se sentía digno de luchar por sí mismo.

—Vamos a encontrarla, Shane—, prometió—. Te doy mi palabra.

Treinta Y Uno

Volver a entrar en la cabaña del 1847 de Thornfield Way fue como volver a casa.

—Hice algunos cambios mientras no estabas—, dijo Shane mientras entraba cojeando detrás de ella—. Aunque no tantos como me gustaría. El dolor en las rodillas me retrasó.

Lauren echó un vistazo a la sala de estar, que seguía viéndose igual—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

—Sí. Mañana, sin embargo. Apenas he dormido las dos últimas noches, y teniendo en cuenta lo agotado que estoy, tenemos suerte de haber llegado vivos.

Se adentró más en la habitación y se dio cuenta de que la alfombra había sido aspirada, tal vez incluso lavada. Se giró hacia Shane y con una sonrisa bobalicona, dijo: —¿No has dormido, eh? ¿Eso significa que me extrañaste?

Cruzó los brazos sobre las muletas. —¿No me he abierto lo suficiente por una noche?

Ella enarcó una ceja y él se río.

—Sabes que sí. Por eso fui a buscarte—, dijo sonriendo.

Ella le dio un rápido abrazo. —Me alegro de oírlo, eso es todo.

Shane dejó escapar un gran bostezo, tratando y fallando de hablar a través de él. —Yo... muy... sé.

—Bien, bien. Vete a la cama. Te veré por la mañana.

Por mucho que Lauren estuviera deseando ver a los perros de nuevo, ella también ansiaba una buena noche de descanso después de dos noches dando vueltas en el sofá de Scarlett. De vuelta en casa, durmió como una roca o un tronco o algo que no se mueve mucho, hasta la mañana, cuando el olor a tocineta llegó a su habitación.

—¡Levántate y brilla!— cacareó Shane desde la puerta, donde estaba de pie con una bandeja con huevos, tocineta y jugo de naranja.

—¿Qué es todo esto?—, preguntó ella, restregándose el sueño de los ojos y esperando que él no pudiera oler su aliento matutino desde donde estaba.

—Este soy yo haciendo un esfuerzo para ser un mejor amigo, sobre todo porque tengo un favor bastante grande que pedirte.

—Ese favor debe ser enorme—, musitó ella—. ¿Tú también vas a desayunar?

—Créeme, ya comí. Había el cuádruple de esta cantidad de tocino cuando empecé a cocinar.

—Bueno, siéntate—. Lauren se cruzó de piernas y lo invitó a sentarse a los pies de la cama, luego bebió un enorme trago de jugo de naranja para, con suerte, endulzar su aliento—. ¿En qué puedo ayudarte?

Shane lanzó un dramático suspiro. Desayuno y espectáculo. No era una mala manera de empezar la mañana.

—No sé si te has dado cuenta de esto—, susurró como si le estuviera confiando un secreto—. Pero la casa está un poco desordenada.

—¡No! ¿En serio?— Puso los ojos en blanco antes de dar un enorme bocado a sus huevos revueltos.

—Siempre tan chistosa, incluso a primera hora de la mañana—, dijo con una risita sarcástica—. El incendio del cobertizo fue como una llamada de atención. Por cierto, los bomberos me dijeron que fue un incendio eléctrico. Resulta que dejé el calefactor encendido y se prendieron las cortinas.

—Me lo imaginaba, pero gracias por confirmar mis sospechas.

—No se te escapa nada, ¿verdad?

—No—, dijo antes de morder una crujiente tira de tocineta.

—Sabes que lo siento, pero en realidad es bueno que haya pasado.

—¿Oh?

—Sí, me hizo darme cuenta de que todo esto no sólo puede ser un peligro de incendio, sino también es un peligro emocional. Si no puedo limpiar el desorden del pasado, nunca podré avanzar hacia el futuro.

Era la primera vez que le oía hablar de un futuro fuera del musing. ¿Este nuevo futuro la incluía a ella?

—Suenas un poco como una galleta de la fortuna, pero creo que entiendo. Quieres que te ayude a limpiar este desastre, ¿verdad?

—¿Te importaría?— Se le quebró la voz, lo que a ella le pareció histérico viniendo de su fornido y barbudo amigo.

—Por supuesto que te ayudaré. Con una condición—. Dio otro mordisco pensativo a sus huevos—. En realidad, son dos—. Sorbió el resto de su jugo de naranja, sabiendo que la espera lo estaba volviendo loco.

—¿Y bien? ¿Vas a hacerme esperar hasta que los dos envejezcamos?

¿Ahora pensaba en envejecer juntos? Interesante.

Lauren movió el tenedor mientras detallaba su parte del trato. —La primera condición es que traigas a Briar Rose de vuelta adentro. Es una mascota y debe estar en casa.

Él asintió, mirando brevemente hacia la ventana. —¿Y la otra?

—Prométeme que me ayudarás a encontrarla.

—¿A Briar Rose?

Lauren suspiró. —Ya sabes a quién me refiero, Sr. Sabelotodo.

—¿Y si no lo logramos?

—Lo lograremos.

—¿Y si...?

—La encontraremos.

Shane le robó el último trozo de tocino, pero ella decidió dejarlo pasar. —¿Cómo puedes estar tan segura?—, dijo.

—Porque ahora ya no estás solo en esto. No sé si te has dado cuenta, pero tiendo ponerme terca cuando quiero algo.

Shane se llevó una mano al pecho en señal de sorpresa. —¡No! ...¿En serio?—, gritó.

—Sí, Sr. Sabelotodo, y quiero esto tanto como quiero saber la verdad sobre mi padre. Tal vez incluso más, porque aún hay tiempo para ustedes dos.

Ella entrelazó sus dedos con los de él para darle un rápido apretón, pero cuando intentó separarse, él la sujetó con fuerza.

—Así que—, dijo Shane después de un silencio cargado, finalmente soltando su mano—.
¿Sr. Sabelotodo mi nuevo apodo, entonces?
Lauren se río. —¿Te gusta, Sr. Sabelotodo?
—Extrañaré que me llames Sr. Gruñón, pero lo aceptaré. Estoy feliz de que estés en casa.

Treinta Y Dos

Después de desayunar, Shane ayudó a Lauren con los perros. Él les daba de comer y limpiaba sus perreras mientras ella se centraba en ejercitarlos. La lesión de Shane lo hacía lento, pero los pequeños consejos que le daba a Lauren mientras trabajaban la ayudaban a aprovechar el tiempo con más eficacia que nunca. Finalmente estaba siendo entrenada.

Después se dedicaron a ordenar la casa y terminar de demoler el cobertizo. Como pudo, Lauren buscaba pistas entre los escombros y el desorden. Cada vez que encontraba algo que pudiera ayudarla a localizar a la hija desaparecida de Shane, memorizaba los detalles, incluido dónde lo habían archivado o en qué bolsa lo habían botado.

Esa misma noche, mientras Shane dormía, pensaba hacer fotos. Así podría avanzar en la búsqueda de Rosie sin obligarlo a enfrentarse al pasado. Estaba muy orgullosa de que por fin hubiera dejado atrás lo que había sido y se hubiera comprometido a encontrar lo que *podría ser*. Lauren juró que haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarlo a alcanzar un final feliz, aunque ese final no la incluyera a ella.

Alrededor de las seis de la tarde, llamaron a la puerta. Lauren miró a Shane en busca de una explicación, pero él se limitó a hacer caso omiso de su expresión y se acercó cojeando para abrir.

Un momento después, estaba de vuelta con una bolsa de papel llena de algo que olía absolutamente maravilloso. —¿Lista para cenar?—, preguntó, llevando la entrega hacia la mesa. Justo a tiempo, el estómago de Lauren dio un gruñido audible.

—Estoy hambrienta—, admitió—, pero déjame traer a Briar primero. Estoy segura de que le encantará tumbarse bajo la mesa y mendigar las sobras mientras comemos.

—Lauren ...—, advirtió.

—Oye, yo cumplí mi parte del trato. Ahora tú tienes que cumplir la tuya—. Ella siguió caminando hacia la puerta, poco dispuesta a dar su brazo a torcer.

Shane la siguió: —Pero no le des sobras. Hace años que no come y se podría enfermar. Además, se supone que esta comida es especial. Para nosotros.

—Te preocupas demasiado—, se burló Lauren antes de cerrar la puerta detrás de ella y correr a las perreras para desatar a Briar Rose -a quien ahora llamaría sólo Briar, para evitar incomodar a Shane - y llevarla adentro.

—Dice que es una comida especial—, le dijo Lauren a la perra mientras la soltaba de la correa—. ¿Qué crees que significa eso?

Briar aulló y saltó para darle besos a Lauren en el momento en que estuvo libre, y Lauren no pudo evitar preguntarse si esos no eran los únicos besos que recibiría esa noche. Por mucho que intentara reprimirlos, sus sentimientos por Shane Ramsey seguían latentes y creciendo cada vez más. Con cada nueva confesión, cada nuevo gesto amable y cada nueva broma amistosa, se

sentía cada vez más hechizada por él.

Aun así, le habían hecho daño, y mucho. Se preocupaba demasiado por él como para apresurarlo a hacer nada que pudiera abrir las heridas de su corazón.

Un día, tal vez, sería el momento oportuno y ella lo sabría.

Y él lo sabría.

Y vivirían felices para siempre. Fin...

O algo por el estilo.

Hoy no era ese día, no podía ser ese día, porque todavía tenían mucho que hacer, muchos dragones que matar antes de declarar cualquier tipo de victoria. Empezarían por encontrar a su hija, y luego descubrirían la verdad sobre su padre. Ambos misterios debían resolverse para que la pareja de amigos pudiera sanar y examinar realmente sus futuros, decidir si esos futuros podían entrelazarse.

Esperaba que les fuera bien.

En última instancia, sin embargo, el padre de Lauren la había educado para ser una mujer práctica, con la cabeza pegada a los hombros. Por mucho que le gustara imaginar finales de cuento de hadas, la vida ya le había demostrado que le gustaba escribir otro tipo de historia.

Pérdida, culpa, dolor, conformarse con lo que era más que esforzarse por lo que podría ser. Era una historia tan antigua como su paso por la Tierra. Por eso se había conformado con un trabajo en una empresa de datos en lugar de dedicar tiempo a descubrir su verdadera pasión, y probablemente por eso a su padre le había resultado tan fácil ocultarle su pasado todos estos años.

Pero ya no.

Lauren por fin sabía lo que quería de la vida, y Shane había sido una parte importante de ello.

Cuando ella y el husky rojo volvieron a entrar, encontraron a Shane poniendo la mesa con platos de porcelana en lugar de los habituales desechables. Incluso había sacado una botella de vino blanco que ella había visto en la nevera ese mismo día.

—¿Qué es todo esto?—, preguntó con una sonrisa socarrona mientras Briar salía disparada por la puerta y empujaba a Shane contra la pared en una ráfaga de emoción.

—¡Tranquila, chica!— Se río y acarició la cabeza de la perra.

—¿Estás hablando con Briar o conmigo?— bromeó Lauren.

—Tal vez con los dos—, dijo, ordenando a la perra que se sentara con un rápido gesto de la mano.

—¿Qué celebramos esta noche?— preguntó Lauren, señalando con la barbilla hacia el vino frío y la elegante vajilla. —¿Tu nuevo comienzo?

Shane cruzó la cocina para agarrar un abridor de botellas y luego se le acercó. —En realidad, estamos celebrando *el tuyo*.

—¿El mío?

—Sí.

—¿Me podrías dar más detalles?

—No.

Ella lo miró con severidad.

—Sólo bromeaba—, dijo con una risita—. Siéntate y prueba por ti misma el mejor fletán de todo el estado de Alaska. Prometo explicártelo todo.

Ella hizo lo que le dijo, sacó una de las cajas de comida de la gran bolsa y se sirvió un poco de todo. —¿Qué es todo esto?—, preguntó, sacando caja tras caja de la bolsa y preguntándose por qué había pedido tanta comida.

—Es de esa pequeña cafetería de la ciudad, Maurice's. Todo es tan bueno que ordené uno de cada cosa. Pedí todo lo que había en el menú—, declaró orgulloso mientras abría otro recipiente y le mostraba lo que había dentro—. Prueba primero esto. Está delicioso.

Lauren se metió una cucharada del ligero y cremoso plato en la boca e inmediatamente gimió de placer. —Ahora me pregunto si pediste suficiente.

Shane se rió y se sirvió.

—Así es como se celebra—, murmuró Lauren entre bocado y bocado—. Buena comida, buen vino, buenos amigos. Sólo necesito saber si tenemos una razón de celebración.

—Por supuesto que sí. Estamos celebrando tu comienzo oficial como musher—. Levantó la copa en señal de brindis, pero ella se quedó mirándolo boquiabierta.

—Umm, hola, llevo haciendo esto casi dos meses—, argumentó.

—Hace casi dos meses que eres *adiestradora*. A partir de mañana, eres *musher*.

—¿Me estás ascendiendo?

—Claro, si quieres verlo así. Te he apuntado a ti y a los perros a su primera carrera.

¡Qué buena noticia! Finalmente levantó su copa y la chocó con la de Shane. Ambos bebieron sorbos del dulce vino blanco y se sonrieron a través de la mesa.

—¿La Iditarod?—, preguntó, arruinando el momento con su ingenuidad.

—¿Hablas en serio? Ni de broma. No te lanzas directamente a la gran carrera, Lauren. Necesitas tiempo para prepararte antes.

Ella frunció el ceño y dejó su tenedor sobre el plato—. No lo sé... ¿Tú crees que puedo hacerlo?

—¿Lo dices porque te caíste del trineo y perdiste a los perros durante la práctica?

Su cara se puso roja. Al menos, eso supuso, porque sentía como si le ardieran las mejillas de la vergüenza. —¿Cómo...?

Él se rió de nuevo, y ahora ella estaba segura de que había oído a Shane reír más ese día que todo el resto del tiempo que lo había conocido. —Las noticias vuelan. Es una comunidad pequeña, ¿recuerdas? De todos modos, sí, caerse es casi como un rito de iniciación. Igual que tu primera carrera es un rito importante para cualquier musher nuevo.

—¿De verdad crees que puedo hacerlo? ¿Qué puedo ser buena?

—Estoy seguro.

—Bueno, si el Sr. Gruñón cree en mí, entonces yo también creo en mí.

Ambos rieron juntos.

—De vuelta con el Sr. Gruñón, ya veo.

Ella se encogió de hombros. —Los viejos hábitos nunca mueren. Sólo prométeme una cosa.

—¿Qué cosa?— Enarcó una ceja.

—Por favor, no me obligues a competir contigo. Dame primero la oportunidad de ganar una o dos carreras, ¿eh?

Shane le dio una palmada en la pierna y llamó a Briar a su lado, luego le dio un trozo de carne, que el perro aceptó con gusto.

Lauren no se dio cuenta de que había cambiado de tema hasta que terminaron la cena y el vino y limpiaron y secaron los platos.

Treinta Y Tres

Ala mañana siguiente, Lauren estaba esforzándose por seguir las instrucciones que Shane le ladraba en el frío aire de antes del amanecer. Aunque en general él parecía más feliz ahora, era fácil olvidar este cambio durante sus entrenamientos.

Lauren ya no dirigía a los perros sola, sino con Shane en la cesta del trineo, gritando los ajustes que necesitaba hacer y anotando los detalles que pensaba compartir con ella más tarde. El trabajo ya no terminaba con la jornada, sino que ahora discutían sobre técnica durante la cena y hasta bien entrada la noche. Incluso le hizo leer su viejo ejemplar de Jack London.

Al principio pensó que era una exageración, pero luego se dio cuenta de que el trineo cedía más cuando utilizaba las técnicas que Shane le había enseñado. Cada vez que intentaba inclinarse en una curva, el trineo se movía con ella, como si se estuvieran convirtiendo en uno solo.

—Con más elasticidad, hay menos probabilidades de que salgas disparada al inclinarte en los giros. Intenta no bajar demasiado o me aplastarás—, gritó Shane desde su nuevo asiento de honor dentro de la cesta.

Al final de cada jornada, los perros jadeaban felices y se acurrucaban en bolitas para dormir, y Shane se tomaba unas pastillas para lidiar con el dolor que le producía el traqueteo en el trineo.

Lauren trató de sugerirle que no era necesario que viniera a todas las carreras, pero él se encogió de hombros y apareció al día siguiente con almohadas.

—Será imposible que te aplaste ahora que vas abrigado como el hombre Michelin—, bromeó ella, pero él no se rió. Los entrenamientos eran demasiado serios como para reírse de sus bromas.

A medida que los días seguían transcurriendo en un productivo desenfoque, Shane no era el único cuya comodidad era llevada al límite. Tan pronto como Lauren sentía que se estaba acostumbrando a un truco o técnica en particular, él le cambiaba el juego. Una vez que había logrado un buen tiempo en un sendero, le quitaba dos de los perros de su equipo y la hacía correr de nuevo, diciéndole que tenía que lograr el mismo tiempo.

—Entrenamiento de fuerza—, dijo desde la cesta—. Empezamos con todos ellos tirando de nosotros dos. Reducimos poco a poco para que se acostumbren a tirar más. Normalmente usaríamos la máquina de nieve para esto, pero... bueno, ya sabes.

Cuando los perros guía se acostumbraban a sus órdenes, cambiaba de pareja, a veces incluso ponía a un perro de equipo junto a un perro guía normal.

Por la noche, mientras cenaban, Shane le contaba historias de los senderos, como él los llamaba. Las veces que se había caído, las veces que había tenido que usar su cuerpo como gancho para la nieve, incluso la vez que se había empapado al caer en un lago durante una carrera de verano.

—Una cosa que tienes a tu favor, Lauren, y que te va a convertir en una gran musher: sabes

aguantar los golpes. Ahí fuera, nada sale según lo planeado—, dijo, dándose golpecitos en la rodilla con el bastón que ahora usaba.

—Ser capaz de adaptarse y moverse con rapidez te salvará a ti y a tu equipo. Por eso sigo jugando con la composición de tu equipo. No puedes confiar sólo en unos pocos perros. Si uno se lesiona tienes que saber cómo ajustar tu equipo en consecuencia. Son solo tú y ellos. Ellos dependen de ti tanto como tú de ellos. Por eso son un equipo.

—Somos un equipo—, dijo Lauren, lanzándole una sonrisa.

—Me gusta como suena eso—, dijo antes de llenarse la boca de nuevo.

Treinta Y Cuatro

Lauren invitó a Scarlett a darle una vuelta al trineo en Puffin Ridge. Sería la primera vez que correría con alguien que no fuera Shane en la cesta, y nadie merecía más ese honor. Scarlett había estado trabajando duro en los misterios de Edward Dalton y Rose Ramsey, y Lauren quería hacerle saber que se lo agradecía enormemente.

Su invitada llegó a la puerta bien abrigada con toda la ropa de invierno posible. Incluso llevaba unos pantalones de nieve rosa, lo que hizo reír a Lauren y a Shane.

—Oh, traje el correo que tu amiga envió. Está en el asiento delantero de mi auto. ¿Quieres que te lo traiga?— preguntó Scarlett mientras se quitaba la nieve de sus botas reglamentarias, dejando claro que había investigado en lo que se refería a este deporte.

Lauren saludó a su amiga con un abrazo. —Claro. ¿Puedes ponerlo en la mesa, y luego nos vemos en la parte de atrás? Empezaré a preparar el trineo.

—Diviértanse—, dijo Shane, acomodándose en su sillón reclinable.

—Espera, ¿no vienes con nosotras?

—No hace falta. Además, sólo estorbaría—. Hizo una mueca cuando se movió en la silla y apoyó el bastón en el brazo.

—Si estás seguro...

Le hizo un gesto con la mano. —Estoy seguro. A por ellos, tigre.

Ella se rió y negó con la cabeza. Shane necesitaba una actualización seria de la jerga, pero lo ayudaría con eso más tarde. En ese momento, la emoción de tener a su amiga en la cabaña y dirigir su primer equipo completo -decidió no contar la desafortunada vez que se había caído del trineo- eran más que suficientes para mantener su concentración.

—¡Aquí estoy!— Scarlett cantó, saltó a través de la nieve y se dirigió hacia los perros—. No puedo creer que esté aquí, en casa de Shane Ramsey, y que vaya a dar un paseo con su equipo.

—Hoy—, dijo Lauren, enganchando a Fred— son mi equipo.

—¡Sabes lo que quiero decir!— Scarlett miró hacia atrás, hacia la casa. La silueta de Shane apenas visible—. Parecía simpático hoy. ¿Se están llevando mejor?

Lauren sintió calor subir a sus mejillas y esperó que su amiga lo atribuyera al frío—. Sí. Pasamos página.

Scarlett miró a través del valle nevado. —Es curioso, no veo hojas por ninguna parte.

—Te quiero a muerte, Scar, pero quizá deberías dejar de esforzarte tanto por ser graciosa.

Scarlett sacó la lengua e inmediatamente la volvió a meter. —Dios, ¡qué frío!

Lauren terminó de asegurar los cordones de bungee e incluso añadió una de las almohadas de Shane a la cesta para su amiga. —¿Estás lista?

—Cariño, nací lista.

Se chocaron los cinco.

Lauren no podía decir quién estaba más emocionada. —Entonces sube a la cesta y vámonos.

Subió el gancho de nieve y gritó al equipo: —¡Andando, andando!—. Agarrándose con fuerza al manillar, corrió detrás del trineo, ayudando a los perros a coger velocidad. Con un salto rápido y un tropezón, consiguió volver a los estribos.

Scarlett gritó y levantó las manos como si estuviera en una montaña rusa. A Lauren le encantó cada segundo.

Al cabo de tres horas, cuando los perros estaban agotados y el frío había calado hondo en los huesos de las dos chicas, Lauren las dirigió de nuevo hacia las perreras para que las dos pudieran entrar y tomarse algo caliente en el estómago.

—¡Eso fue... ahh-maravilloso!— animó Scarlett—. ¿Cuándo podemos hacerlo de nuevo?

Lauren se río, agradecida de haber conseguido una amiga tan maravillosa—. Pronto, pronto, lo prometo.

—Lo que no entiendo es cómo Shane pudo renunciar a esto. Es como volar, sabes. La luz planeando por la escena celestial.

—Alguien ha estado dándole duro a la prosa, por lo que veo. Y ya sabes que Shane tuvo que parar por su lesión—. Le dio unas palmaditas a Fred en la cabeza y le dijo lo buen chico que era mientras lo enganchaba a su casa.

Scarlett ayudó a atar a los otros perros, pero Lauren igual comprobó cada pestillo, sabiendo lo mal que se sentiría su amiga si un perro se soltaba por su culpa.

—Pero Lauren, ¿cuánto tiempo ha pasado ya?—. Scarlett observó cómo la musher revisaba a cada perro, incluso a los que no habían corrido esa tarde—. Ya tienes aquí tres meses, ¿verdad?

—Sí. ¿Y?— Terminó con Zeke y comenzó a caminar hacia la cabaña.

—Y... ¿Qué pasa si nunca mejora?

Lauren sacudió la cabeza. —No, tienes que ver lo duro que trabaja en su terapia física. No sabes cuánto ama el deporte.

—A mí también me encanta, y no estoy ahí fuera dirigiendo mi propio equipo. A veces la vida no te da lo que quieres.

—Scar, por favor. Shane va a mejorar, y si se lo pides amablemente, puede que hasta te dé un autógrafo.

Sin más, el ambiente volvió a animarse cuando Scarlett preguntó: —Oooh, ¿en serio?

—Sólo hay una manera de averiguarlo. Entremos. Tengo un estofado que se ha estado cocinando a fuego lento todo el día esperándonos.

Aun así, las palabras de Scarlett molestaron a Lauren. ¿Realmente era tan optimista sobre la recuperación de Shane que había ignorado ciertas señales?

No, imposible.

Shane era un luchador. Igual que ella. Se recuperaría.

Tenía que recuperarse.

Treinta Y Cinco

Lauren y Scarlett irrumpieron en la cocina, todavía emocionadas. Encontraron a Shane de pie frente a la encimera con una expresión de desagrado en el rostro.

—¿Estamos haciendo demasiado ruido?— preguntó Lauren, esperando que no hubiera vuelto a sus costumbres de Sr. Gruñón.

Sacudió la cabeza y señaló la caja abierta en el mostrador.

Lauren siguió su mirada y vio una caja rectangular junto al bloque de cuchillos. —¿Recibiste un paquete? ¿Qué es? ¿Por qué estás tan enojado?

— Es para ti.

—¿Abriste su correo?— Scarlett preguntó, poniéndose las manos en la cadera—. Eso es algo ilegal, ¿no crees?

—Estaba esperando un paquete de Amazon y cuando vi el logotipo de la sonrisa, pensé que era mío. No me di cuenta hasta que ya lo había...—. Levantó los ojos de la caja y los dirigió hacia Lauren sin pestañear—. Tienes que ver esto.

Lauren se acercó a Shane. Si esa era su reacción ante el contenido de la caja, no estaba segura de querer saber lo que había dentro.

—Vamos—, la empujó Scarlett—. He estado aferrada a esa cosa durante semanas. Me estoy muriendo por saber qué hay dentro.

Las manos de Lauren temblaban, lo cual era ridículo. ¿Por qué una estúpida caja la ponía tan nerviosa? ¿Y por qué Shane parecía como si hubiera visto un fantasma?

Apoyó una mano en la encimera para estabilizarse y miró dentro. Encima había una manta rosa doblada, que levantó con cuidado y se llevó a la mejilla.

Suave, familiar... y totalmente confuso.

A continuación, encontró un viejo osito de peluche con labios grandes y exagerados, pelo rubio y un vestidito blanco. Conocía a este oso. Había sido suyo hacía años y se llamaba Lola.

En el fondo había una carta doblada y dos fotografías brillantes. La primera coincidía con una de las muchas fotos de su baúl de los recuerdos. Era una niña, sentada en el regazo de su madre. Las dos llevaban vestidos de lunares morados a juego. Su madre tenía el pelo recogido y los rizos de Lauren estaban recogidos con una delicada diadema de encaje. Era la última foto que se había hecho con su madre, lo que la hacía especial.

Pero, ¿cómo la había conseguido otra persona y por qué se había tomado la molestia de enviársela?

Miró el remitente de la caja, pero era de su amiga Helen, de Nueva York, que se había limitado a reenviar el paquete.

—Mira la otra foto—, dijo Shane suavemente, acercándose a ella y entrelazando sus dedos.

Scarlett se unió a ella por el otro lado y pasó un brazo alrededor de los hombros de Lauren. Lo que hubiera en la caja probablemente cambiaría su vida, pero tenía a dos grandes amigos para apoyarla, fuera lo que fuera.

Respiró hondo y cogió la otra foto.

En ella, una mujer mayor con el mismo pelo castaño ondulado de Lauren sonreía a la cámara desde lo alto del Empire State Building. El viento le revolvía el pelo y la hacía entrecerrar los ojos, pero Lauren reconoció aquellos ojos marrones. Siempre se había lamentado de no haber heredado los intensos ojos verdes de su padre... porque los había heredado marrones de su madre.

De esta mujer.

—No entiendo—, dijo Shane a su lado—. Me dijiste que tu madre murió cuando eras pequeña.

Lauren tragó saliva. —Murió. Al menos, eso creía.

—Lee la carta—, dijo Scarlett—. Seguro que hay una explicación lógica.

Lauren volvió a dejar las fotos en la caja y las tapó con el oso Lola y la vieja manta. —No puedo—, susurró. Era eso o gritar—. No puedo con esto ahora—. Un sollozo le recorrió el cuerpo y sus dos amigos la envolvieron en un fuerte abrazo grupal.

—No tienes que leerla hasta que estés preparada—, le aseguró Scarlett.

—No tienes que leerla nunca—, corrigió Shane—. Podemos prenderle fuego.

—No—, murmuró Lauren en el cuello de su camisa—. Quiero saber por qué, pero necesito algo de tiempo antes de estar preparada para saber la verdad.

—¿Deberíamos comer de tu estofado y hablar de otras cosas?— ofreció Scarlett.

—Sí, por favor—, respondió Lauren, aspirando. Volvió a mirar la caja una última vez antes de que Shane la apartara de su vista.

No sabía cómo sentirse. Por un lado, tal vez hubiera sido mejor que la oficina de correos hubiera perdido esta caja en uno de sus muchos viajes. Por otro, ahora tenía una madre. Cuando era pequeña, siempre había deseado que su madre estuviera viva, y ahora lo estaba, viva, anciana y tendiéndole la mano por alguna razón.

Quizá cuando tuviera algo en la barriga, tendría la fuerza que necesitaba para dar el siguiente paso.

Treinta Y Seis

Los tres cenaron rápida y tranquilamente. Nadie tuvo mucho apetito después de la impactante noticia, lo que significaba que Briar acabó comiendo más de lo que le correspondía.

—Me voy a casa—, dijo Scarlett una vez que terminaron lo poco que pudieron comer—. Pero volveré en un santiamén si me necesitas. Llámame, envíame un mensaje, una señal de humo, lo que sea. Sabes que estoy aquí para ti, ¿no?

—Lo sé, y te quiero por ello—. Lauren acompañó a su amiga a la puerta y esperó mientras ella recogía sus cosas.

Shane se aclaró la garganta cuando las dos mujeres se despidieron con un abrazo, y juntas observaron a Scarlett alejarse a través de la gran ventana delantera.

—Lamento haberla abierto—, murmuró Shane—. De verdad pensé que era para mí.

—No pasa nada. Te lo habría dicho enseguida de todos modos. Confías en mí para que te ayude con tu hija. Lo menos que puedo hacer es confiar en ti para que me ayudes con mis padres—. Susurró la última palabra. Era la única forma de que le saliera.

—Padres, vaya. Antes era huérfana, pero ahora tengo una madre que no conozco. ¿Tú...?— Se interrumpió, pero Shane no dijo nada. En lugar de eso, la envolvió en un fuerte abrazo y esperó a que estuviera preparada para decir algo más.

—¿Leíste la carta?—, preguntó, casi esperando que él la salvara de tener que leerla por sí misma.

—No la leí. Sabía que no estaba bien. Vi las fotos porque pensé que tal vez la manta era un extraño envoltorio. Eso a veces pasa con los vendedores de segunda mano—. Se rió suavemente en el pelo de Lauren.

—Es que no me lo explico. ¿Mi padre había sabido que estaba viva todo este tiempo? ¿Me lo iba a decir alguna vez? ¿Por qué ocultaría algo así? Nada de esto tiene sentido, Shane

—Shh. Lo sé—. Se apartó y le acarició el pelo—. Hay una forma rápida de averiguarlo.

—Quieres que lea la carta—. Sabía que tenía que leerla, pero sentía miedo de cómo esas palabras podrían cambiar su vida.

—Sólo si estás preparada—. Se fue cojeando a recuperar la caja del lugar donde la había guardado durante la cena.

Mientras Shane la colocaba en la mesa, ella preguntó: —¿Te quedarás conmigo? No puedo leerla sola.

—Si eso es lo que quieres, entonces eso es lo que haré.

—De acuerdo—, dijo Lauren antes de poder cambiar de opinión. Sus rodillas se sentían débiles, y se preguntó si así era como Shane se sentía todo el tiempo.

Shane permaneció de pie con la ayuda de su bastón. —Tú puedes.

Ella negó con la cabeza. Las lágrimas ya habían empezado a derramarse.

—Lauren, mírame—, dijo, y no continuó hasta que los ojos de ella se encontraron con los suyos—. Eres la persona más fuerte que conozco. No importa lo que diga esa carta, tú puedes con eso y mucho más.

Respiró hondo y exhaló con los labios fruncidos, luego abrió la carta y la leyó en voz alta.

Querida niña,
Soy yo, tu mamá. Apuesto a que ni siquiera pensabas que tenías una mamá, pero aquí tienes esta carta para que sepas que existo.

Conduje hasta Nueva York ayer. Estaba tan emocionada por verte. Iba a ser una sorpresa.

Tu padre me dijo que no estabas en casa, que ya no vivías allí y que no debía contactarte de la nada. Me echó pero me dijo que podía enviarte una carta y que él decidiría más tarde si te la daba o no.

Sé que hice muchas cosas mal cuando eras pequeña, y que merecía que te alejaran de mí. Pero, Lauren, nunca dejé de desear que las cosas hubieran sido diferentes, y nunca dejé de querer a aquella dulce niña de la que me despedí hace casi veintitrés años.

Por mucho que te echara de menos, me mantuve alejada por respeto hacia tu padre, pero ya no puedo mantenerme alejada de ti. Necesito verte una vez más.

Incluyo mi número más abajo. Por favor, llámame. Por favor, dame una oportunidad. Prometo explicártelo todo.

XOX,

Mamá

Lauren volvió a doblar la carta y la guardó en la caja. Sabía que esa noche volvería a leerla, al menos varias veces, para descifrar el significado de cada palabra.

—¿Entonces tu padre la mantuvo alejada?— resumió Shane, y entonces ella se dio cuenta de lo mucho que se parecía a la situación a la que él mismo se enfrentaba con Rosie—. Creía que eran muy unidos. ¿Por qué te ocultaría algo así?

—No lo sé—, Lauren sacudió la cabeza y se concentró en el ritmo de su corazón para estabilizar su respiración—. No lo sé, no lo sé...

Ahora estaba como Shane la noche en que se incendió su cobertizo, mirando al abismo, cantando las mismas palabras una y otra vez, incapaz de apartar la mirada mientras todo lo que había conocido ardía en llamas.

Con un gruñido de dolor, Shane se arrodilló junto a su silla. —Lauren, respira.

Pero su respiración era rápida y superficial, como si sus pulmones fueran poco más que globos desinflados incapaces de aferrarse al aire. La cabeza le daba vueltas a pesar de que la habitación permanecía inmóvil.

—Por favor, Lauren, respira—. Shane le puso una mano en la espalda y guió sus respiraciones, esperando pacientemente hasta que el comienzo de su ataque de pánico retrocedió.

—Lo peor ya pasó—, dijo, secándole una lágrima de la mejilla—. Llámala. A ver qué dice. Averigua la verdad.

—¿Pero y si la verdad es peor que la mentira en la que he vivido toda mi vida?—, preguntó ella, apenas reconociendo su propia voz.

—Ese es un riesgo que todos tenemos que correr a veces, pero Lauren, no tienes nada que

perder y mucho que ganar. Tienes una madre.

—¿Pero y si yo...?— Se atragantó con un sollozo, sin tener ya la fuerza que necesitaba para formular ninguna de las preguntas que nadaban frenéticamente por su cabeza.

—Basta de los 'y si...'. La pregunta que tienes que hacerte ahora es *¿por qué?* Sólo una persona tiene esas respuestas, y tienes su número en la mano.

—No puedo hacerlo, Shane. No soy lo suficientemente fuerte.

—*Lo eres*. Eres mucho más fuerte de lo que crees. Eres fuerte, y amable, y tienes el corazón más grande que nadie que haya conocido. Lauren, mereces ser feliz. Te lo mereces todo.

Lauren sintió que su corazón se aceleraba de nuevo, pero esta vez no era por el pánico.

Shane también lo sintió. Se dio cuenta por su respiración agitada y sus párpados caídos.

Ella le dedicó una pequeña y triste sonrisa, y él acortó la distancia que los separaba, inclinándose sobre el reposabrazos de la silla, sin darse cuenta o sin importarle el dolor que seguramente sentía al acercar su cuerpo al de ella.

Cuando sus labios se encontraron con los de ella y la barba incipiente de sus mejillas le hizo cosquillas en la barbilla, Lauren cerró los ojos y dejó que el resto del mundo se desvaneciera.

En aquel momento, sólo existía Shane.

Treinta Y Siete

Casi tan rápido como había empezado, Shane se apartó de su beso.

Lauren sonrió y se inclinó para darle otro. No había tenido un primer beso como este desde hacía mucho tiempo, quizás nunca. Y ahora que había besado a Shane, no quería parar nunca.

Él se echó hacia atrás cuando ella se inclinó hacia delante, lo que la hizo soltar una risita. Siempre era un reto con él, incluso cuando se suponía que estaban en perfecta sincronía. Shane se levantó con dificultad y ella se le unió.

—No me mires así—, dijo, envolviéndola en un abrazo.

—¿Así cómo?— Mientras él envolvía sus brazos alrededor de ella, Lauren sonrió tan fuerte que le dolieron las mejillas.

—Como si pudieras amarme—, susurró.

—Tal vez pueda—, confesó ella, sabiendo que ya era más que una posibilidad.

Intentó levantar la vista para medir su reacción cuando dijo eso, pero él apretó los labios contra su frente, su barba rasposa haciéndole cosquillas en los párpados.

—Ve a llamar a tu madre. Eso es lo más importante ahora—. Su cara no admitía discusión y, además, tenía razón. Por mucho que Lauren quisiera perderse a sí misma y todos sus problemas dentro de los besos de Shane, había venido hasta aquí para saber la verdad, una verdad que ahora estaba a sólo una llamada de distancia.

—¿Te quedarás conmigo?— le preguntó—. No puedo hacer esto sola.

—Claro—. Se retiró de nuevo y fue a acomodarse en su sillón reclinable.

—Aquí voy—, dijo Lauren respirando hondo y marcando el número que aparecía en la parte inferior de la carta.

—¿Hola?—, contestó una mujer con voz fuerte y clara.

Lauren no había pensado en cómo empezaría la llamada y se sintió vacilar. Ninguna palabra parecía adecuada. La situación en sí no le parecía correcta.

—Mira, si se trata de una llamada de broma, yo...

Miró a Shane, quien asintió con la cabeza, y luego dijo: —Soy yo, Lauren.

—Lauren. ¡Oh, Lauren!— La voz temblaba ahora—. Pensé que no querías verme. Pensé que... No importa, me estás llamando ahora. Estoy tan, tan agradecida.

—Me mudé después de la muerte de papá y acabo de recibir el paquete esta noche—, explicó—. No tenía ni idea de que... Él me dijo que habías muerto.

—Sí, ése fue el acuerdo. Lamento lo de tu padre—. Su madre suspiró al otro lado de la línea, y Lauren quiso atravesar el teléfono para abrazar a la mujer, a pesar de que era una total desconocida.

Tenía tanto que decir, tanto que preguntar. Sin embargo, sólo una palabra surgió de sus labios—. ¿Por qué?

Otro suspiro. —Es una larga historia. Es mejor que te lo explique en persona. ¿Dónde estás? ¿Cuándo puedo verte?

Lauren sacudió la cabeza, tratando de asimilar todo. No quería esperar. Ya había esperado más de veinte años—. Ya no estoy en Nueva York. Encontré esta caja y... En realidad, eso también es una larga historia. Estoy en Alaska, en las afueras de un pequeño pueblo llamado Puffin Ridge.

—¿Alaska? ¿Qué haces aquí arriba?

—¿Cómo que *aquí*?

—En Alaska, por supuesto—. Y por primera vez en su memoria, Lauren oyó la risa de su madre. Sonaba exactamente igual que la de ella. ¿Cuántas otras partes Lauren había heredado de esta mujer sin saberlo?

—Alaska es donde nací y crecí y ahora estoy de vuelta.

—Oh, no tenía ni idea.

—Hay muchas cosas que aún no sabes, pero me gustaría poder contártelas. Es tarde, pero estoy a las afueras de Wasilla, a un par de horas. ¿Puedo ir a verte mañana?

—Vamos a encontrarnos en algún lugar—, dijo Lauren—. Dime un lugar y una hora en la ciudad, y allí estaré—. Hicieron planes para desayunar al día siguiente y se despidieron.

Cuando Lauren miró a Shane, él sonrió.

—No puedo creer que vaya a conocer a mi madre mañana—. Volvió a ponerse de pie. Toda la fuerza había vuelto a sus miembros y ahora se sentía casi invencible.

Shane parecía mucho menos feliz de lo que ella se sentía.

—Lamento no poder entrenar con los perros mañana, pero no quería esperar ni un segundo más.

Él inclinó la cabeza hacia ella. —No pasa nada. Lo comprendo.

—¿Shane? ¿Me acompañarás?

—Si eso es lo que quieres, entonces sí. Ahora ve a descansar. Mañana es un gran día.

—¿Y tú?

—Más tarde me acuesto. Quiero leer algunas páginas primero.

Esperó a que se levantara para abrazarla, pero permaneció sentado.

—Buenas noches—, dijo ella, dándole un beso en la mejilla—. Hasta mañana.



A Lauren le costó dormir aquella noche. Sus pensamientos iban de Shane a su madre, a su padre y viceversa. A pesar de lo emocionada que estaba por saber que su madre estaba viva y por reunirse con ella al día siguiente, uno de sus padres, o ambos, habían hecho algo muy malo para ocultárselo todos estos años. ¿Qué circunstancias podían llevar a semejante mentira?

No quería enfadarse con su padre, pero no pudo evitarlo. Le había mentado toda su vida, la había privado de una madre.

Pero su madre tampoco era inocente. Se había limitado a aceptar el acuerdo cuando debería haber luchado más por su hija, por Lauren.

Por otro lado, estaba Shane. Había actuado de forma extraña después del beso, ¡y qué beso había sido! No habría sido capaz de besarla así a menos que sintiera tanto por ella como ella por él. Aun así, le había advertido que no lo amara. ¿Significaba eso que él ya la amaba a ella? ¿Y

había insistido en que llamara a su madre porque era lo mejor para ella o para cambiar de tema?

Preguntas, preguntas... como siempre, la vida de Lauren estaba llena de ellas. Finalmente se durmió de madrugada, con todas esas incógnitas temporalmente relegadas al fondo de su mente.

Cuando se despertó, se sentía agotada pero cautelosamente optimista sobre el día que le deparaba. Además, Shane estaría allí con ella, lo que significaba que al menos tendría un amigo apoyándola sin importar lo que pasara.

Dio rápidamente de comer a los perros y entró para ducharse y arreglarse. Normalmente, Shane se levantaba con ella por las mañanas, ya que ahora trabajaban juntos para cuidar del equipo. Hoy, sin embargo, estaba durmiendo más de la cuenta.

¿Se había hecho daño cuando se arrodilló en el suelo junto a ella?

Aunque estaba casi lista para irse, aún no había visto a Shane. Impaciente, caminó por el pasillo hasta la puerta de su habitación. Cuando levantó la mano para llamar, vio que él le había dejado una nota.

Lo siento.
Tenía otras cosas que hacer.
Te veré esta noche.
Buena suerte.

¿*Qué podría ser más importante que esto?* se preguntó Lauren. Él estaba levantando muros entre ellos otra vez. Tal vez no había tenido intención de besarla. Sin embargo, también era posible que le surgió algo urgente. *Tal vez* le estaba matando no estar allí para ella hoy.

Decidió creer lo segundo, porque la alternativa era demasiado dolorosa y necesitaba todas sus fuerzas para superar ese día, sobre todo ahora que estaría sola.

Treinta Y Ocho

Lauren llegó antes a la cafetería Broken Egg, pero su madre ya estaba allí, esperando con dos tazas de café en una cabina en la esquina del restaurante, el cual estaba abarrotado. Era imposible confundirla. Era la mujer de la foto, la mujer que se parecía tanto a una versión envejecida de Lauren.

Y, al parecer, su madre también la reconoció. Cuando vio acercarse a Lauren, se levantó y la envolvió en un fuerte abrazo.—Mi pequeña Lauren ya no es tan pequeña. Me alegro tanto de verte, cariño.

Lauren se puso rígida en su abrazo. Sentía tantas cosas estando aquí que no podía estar segura de cuál era la más fuerte. ¿Enojo por haber sido abandonada? ¿Alegría por tener por fin una madre? No lo sabía.

Su madre se aclaró la garganta y le indicó a Lauren que se sentara frente a ella en la cabina.—Te pareces mucho a mí a tu edad. Te reconocería en cualquier parte.

Lauren echó un poco de crema y azúcar en el café y bebió un sorbo.

Su madre frunció el ceño un momento, pero enseguida esbozó una sonrisa exagerada.—Lo siento. Esto debe de ser muy extraño para ti.

—Ni siquiera sé cómo llamarte—, admitió Lauren con un movimiento de cabeza.

—¿Qué tal mamá? O si aún no estás preparada para eso, Barb.

Lauren se encogió de hombros.—No sé para qué estoy preparada. Todo esto es tan... tanto.

—Lo sé, querida. No puedo imaginar lo que debes estar sintiendo.

—Ni siquiera yo sé cómo me siento. ¿Me podrías explicar lo que pasó?

Barb -era demasiado difícil pensar en esta desconocida como su madre, no hasta que supiera la verdad- dejó escapar un largo suspiro, algo que Lauren ya se había dado cuenta de que hacía a menudo.—Me temo que esa parte no me hace quedar demasiado bien. Tienes que entender que fue hace mucho tiempo y yo era muy joven, incluso más que tú ahora.

La camarera se acercó y les trajo a cada una un plato de tortitas de arándanos.—¿Quieren algo más, queridas?—, preguntó.

—Estamos bien, gracias—, respondió Barb cortésmente. Cuando la camarera regresó a la cocina, añadió: —Me arriesgué y supuse que estas tortitas les gustarían tanto como a mí.

La sonrisa de Barb era artificial. Se estaba esforzando demasiado, lo que convenció a Lauren de que lo que revelaría a continuación no sería fácil.

Lauren se apoyó contra la cabina y dijo tan firmemente como pudo: —Necesito saber.

La mujer mayor suspiró de nuevo.—Te lo diré, pero por favor no te vayas hasta que te lo haya contado todo.

Lauren asintió, sin saber si sería capaz de mantener tal promesa, pero dispuesta a intentarlo.

Barb fijó sus ojos en la pila de tortitas de Lauren y comenzó a hablar.

—Conocí a tu padre el verano después de graduarme. Él era mayor que yo, ya estaba en la universidad, y me enamoré de él. Pero el verano llegó a su fin y yo ya había planeado mudarme a Los Ángeles para trabajar de camarera mientras perseguía mi sueño de ser actriz. Así que rompimos y seguí mi camino. Unos meses después, me di cuenta de que estaba embarazada. No quería matarlo -matarte a ti-, así que pensé en darle una oportunidad a lo de ser madre.

Lauren no se había dado cuenta de que sus padres habían pensado en abortar, ni siquiera brevemente. Le dolía pensar que podría no haber nacido nunca, que podría no haber tenido la oportunidad de descubrir la verdad ahora. Gracias a Dios por los pequeños milagros. Por muy confuso que fuera todo aquello, al menos estaba aquí, viva.

Barb cogió la mano de Lauren, pero ella se la sacudió y comenzó a comer sus tortitas.

Suspiro. —Lauren, lo intenté. De verdad, lo intenté. Pero faltaba a las audiciones, llegaba tarde a los ensayos y perdía papeles contra chicas que estaban 'más comprometidas'. Te quería, pero no había pedido ser madre. Por otro lado, el mundo del espectáculo había sido el sueño de mi vida y sentía que se me estaba escapando.

Lauren se metió un bocado en la boca e hizo todo lo posible por concentrarse en los sabores y las texturas que sentía en la lengua y no en la amarga punzada que sentía en el pecho. Su madre no la había querido, y tenía una idea bastante clara de lo que vendría después en esta historia. Si se lo tomaba como un cuento, quizá no le dolería tanto. Tragó saliva y tomó otro bocado mientras Barb continuaba.

—Así que te llevé a Alaska para ver si encontraba a tu padre. Como figuraba en tu partida de nacimiento, sabía que sería más fácil para todos si lograba convencerlo de que te acogiera. No fue difícil encontrarlo. Por aquel entonces era un gran musher, y lo esperé en la línea de meta contigo en un mono de nieve que te hacía parecer un ángel.

—Me reconoció al instante y me invitó a comer para recordar viejos tiempos. Le dije que eras suya, le enseñé el certificado de nacimiento y todo. Y él era un hombre inteligente. Sacó las cuentas y lo entendió. Le expliqué que ya no podía ocuparme de ti y que quería ofrecerle la oportunidad de acogerte antes de darte en adopción.

¿Adopción? Era como si sus primeros años de vida hubieran ido de mal en peor. A fin de cuentas, había tenido mucha suerte de tener la infancia que tuvo. Y sabía que había sido gracias a una persona, aunque no a la que tenía delante.

Barb pronunció las palabras que ya estaban en la mente de Lauren. —Tu padre era un buen hombre. Espero que lo entiendas. Menos de una hora antes, ni siquiera había sabido que tenía una hija, y en ese momento accedió a acogerte, a hacer lo que hiciera falta para asegurarse de que te mantuvieras fuera del sistema de adopción.

—Dijo que te acogería, pero no era una decisión de la que pudiera retractarme. Nunca. Quería que prometiera mantenerme alejada, alegando que sólo te haría daño si te enterabas.

Había tenido razón, pensó Lauren. Había tenido toda la razón. Y yo dudé de él. Cuestioné si realmente me amaba. Cuando me quiso tanto, tan instantáneamente, que lo dejó todo a un lado para estar a mi lado. Lauren deseaba poder decirle a su padre lo mucho que apreciaba las difíciles decisiones que había tomado por los dos, deseaba poder disculparse por haber cuestionado alguna vez sus motivos.

Barb continuó con la historia, cortando sus tortitas y empezando a comer ahora. Al parecer, lo más difícil ya había pasado, al menos para ella. —Acepté, pero al cabo de un par de años empecé a arrepentirme de mi decisión. Mi carrera nunca despegó como esperaba y te había abandonado por nada. Volví a Alaska para encontrarte, pero me enteré de que tu padre se había

mudado y te había llevado con él. Lo había dejado todo para evitar que te contactara, como si supiera que cambiaría de opinión e intentaría llevarte de nuevo.

Ambas tomaron un bocado y masticaron en silencio.

Barb tragó saliva y dejó el tenedor y el cuchillo en el borde del plato. —En aquellos tiempos, no era tan fácil ubicar a la gente. No teníamos Facebook ni nada de eso. Busqué y busqué, pero al final me rendí. Hasta que...

El rostro de la anciana palideció, y Lauren se preguntó si estaba siendo sincera o si formaba parte de una actuación que había decidido montar en beneficio de Lauren. Su voz temblaba ahora y sus ojos brillaban con lágrimas. Lauren seguía sin saber si todo aquello era real.

—Hasta que me diagnosticaron cáncer. Había esperado demasiado y sólo un milagro podría salvarme. Así que me salté la quimioterapia y la radiación y decidí asegurarme de tener todo en orden antes de tener que enfrentarme cara a cara con mi creador. Para ello decidí encontrarte y arreglar las cosas en el tiempo que me quedaba.

Oh, mierda. Pronto Lauren volvería a ser huérfana. Por mucho que quisiera seguir enfadada por las malas decisiones que su madre había tomado, tampoco podía negar que esta mujer se había desvivido por encontrar a Lauren. Había sido honesta cuando podría haber difamado tan fácilmente al padre de Lauren. Ahora estaban aquí juntas, y por lo que parecía, no habría muchos otros momentos como este. Cruzó la mesa y apretó la mano de su madre.

Barb le sonrió con tristeza, ya casi terminada la historia. —Contraté a un detective privado y los localicé a ti y a tu padre en aquel pueblo de Nueva York. Lo llamé y le pedí que viniera a verme para hablar. Más tarde me enteré de que había tenido un accidente al volver a casa. Me sentí tan culpable por haberte hecho perder a tus dos padres, pero ya había enviado el paquete y, aunque ahora sabía que no me lo merecía, esperaba que te pusieras en contacto conmigo, que incluso me perdonaras, para tener la oportunidad de conocerte antes de...

—Para—, dijo Lauren suavemente—. No tienes que decir nada más. Me alegro de que nos hayamos encontrado. Tomaste la mejor decisión al llevarme con mi padre. He tenido una buena vida y estoy deseando contártelo todo.

Siguieron cogidas de la mano durante unos minutos más. Allí estaban juntas y solidarias, madre e hija reunidas por fin. Lauren sintió la rabia derretirse como la mantequilla. Por fin tendría sus propios recuerdos de su madre. Volvía a tener una familia, y eso lo significaba todo.

Treinta Y Nueve

Lauren pasó el día poniendo a Barb al día de todos los años que se había perdido. Aún no sabía cómo sentirse ante todo lo que le había confesado su madre, pero ahora entendía por qué su padre había mantenido en secreto esa parte de su vida.

Para mantenerla a salvo y proteger su corazón.

Amor, simple y llanamente. Odiaba haber dudado de su padre. En cuanto a su madre, decidió perdonarla. Aunque las acciones de Barb habían sido increíblemente egoístas, Lauren había vivido una gran vida con un padre que la había amado más que a nada.

Sí le dolía saber que podía haber sido desechada tan fácilmente, pero al mismo tiempo sabía que se arrepentiría toda la vida si no perdonaba a su madre ahora.

Si Lauren se mantenía alejada, podría ser demasiado tarde. Barb se estaba muriendo. Ella había trabajado duro para encontrar a Lauren y dijo que lo sentía por todo lo que había sucedido. Lo menos que Lauren podía hacer ahora es aprovechar la oportunidad de conocer a su madre y ver este giro de acontecimientos como un regalo.

Volvió a casa tarde esa noche, después de haber quedado con Barb para almorzar en la cabaña más tarde esa semana. Le resultaba extraño haber resuelto el misterio de su padre, pero también se sentía predestinada a estar aquí, en Alaska, viviendo en el estado donde sus padres se habían conocido y enamorado y siguiendo los pasos de su padre, viviendo el sueño que él había abandonado para darle una buena vida.

Se moría de ganas de contarle a Shane todo. Cuando llegó a la cabaña, había un auto desconocido aparcado fuera, mucho más lujoso de lo que había visto nunca en Puffin Ridge.

¿Era esto lo que él tenía que hacer, según la nota de Shane de aquella mañana?

Algo no se sentía bien.

Empujó la puerta, sin saber lo que encontraría al otro lado. Briar saltó sobre ella y luego corrió alrededor de la habitación con entusiasmo.

—Ese perro tiene que aprender modales—, dijo una mujer delgada y morena desde el sillón donde Lauren solía sentarse. Llevaba botas hasta la rodilla con tacones de aguja sobre unos jeans de diseñador, un atuendo que resultaba ridículo con este tiempo. Sorprendió a Lauren examinándola y se echó a reír. —¿Es esta mi sustituta, Shane?

Shane se puso rojo bajo la barba. —Esta es Lauren, mi adiestradora. Lauren, esta es mi exmujer, Satanás.

—Oh, siempre tan gracioso, ¿no?—, dijo la mujer con el ceño fruncido.

¿Así que ésta era Isabel? La mujer claramente no era la indicada para Shane. Desde su rostro excesivamente maquillado hasta las puntas de su calzado de diseño, todo equivocado.

—¿Podemos ayudarte en algo?— Isabel preguntó con voz dulce y almibarada.

—Sólo iba a...— Lauren comenzó.

—Tomar asiento—, terminó Shane por ella—. Ven, siéntate aquí. Traeré una silla de la cocina.

—No es necesario, Shane—, dijo Isabel—. Ya te dije que me iré en cuanto firmes los papeles—. Metió la mano en el bolso y sacó un sobre de papel manila, agitándolo hacia él.

—Y yo ya te dije que no firmaré nada sin que antes lo revise mi abogado—. Shane se acomodó en el brazo del sillón reclinable de Lauren en lugar de coger un tercer asiento de la cocina.

Isabel frunció el ceño, pero su frente permaneció lisa y sin arrugas. —¿Entonces para qué me hiciste conducir hasta aquí? Es como si quisieras hacerme perder el tiempo.

—Eso es solo un bonus—, dijo con el ceño fruncido.

Isabel apoyó un brazo en cada uno de los reposabrazos de la silla como si fuera un trono. —No eres nada, Shane. Eres menos que nada. Lo mejor que he hecho nunca fue dejarte. Lo mejor que he hecho por mi hija, también.

Lauren no iba a quedarse sentada viendo como trataban así a Shane, y mucho menos en su propia casa. —Perdona, pero Rosie también es hija de Shane y se merece tener a su padre en su vida.

—¿Y dices que ella es solo tu *adiestradora*?— Isabel enarcó una ceja hacia Shane, ignorando por completo a Lauren.

—Te dije que no quiere firmar los papeles en este momento, así que creo que es hora de que te vayas—. Lauren frotó la espalda de Shane, con la esperanza de reconfortarlo de alguna manera.

Isabel se inclinó hacia delante, su pelo cayéndole delante de la cara, haciéndola parecer la niña rara de la película *El Aro*. —No tengo por qué escucharlo a él y desde luego no tengo por qué escucharte a ti. Eso es lo bueno del divorcio. Si él no quisiera firmar estos papeles, no me habría dejado entrar. Nadie te pidió tu opinión, y a nadie le importa. Créeme. Ahora vete con los perros a donde perteneces, pequeña perr...

—¡Quién te...!— Lauren se levantó de la silla y se acercó a Isabel.

Shane la agarró de la muñeca, pero ella se la quitó de encima.

—Deja los papeles y lárgate.

—¿Si no qué?— Isabel se ríe de ella.

—Recuerda, tuviste tu oportunidad—, gruñó Lauren. Ella también podía ser una bestia, sobre todo cuando se trataba de proteger a la gente que le importaba, entre ellos: Shane. Agarró el brazo de la otra mujer y tiró de ella, arrastrándola hacia la puerta principal.

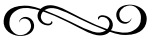
—¿Qué estás hacien...?

—Sacando la basura.

Isabel arrancó el brazo del agarre de Lauren y se frotó la muñeca. —Él nunca podrá amarte, cariño. No sabe cómo.

Volvió a la silla para coger su bolso y le lanzó el sobre a Shane. —Me alegro de verte, Shane. Quizá la próxima vez puedas luchar tus propias batallas, ¿eh? Volveré mañana a buscar mis papeles *firmados*.

Cuarenta



Cuando Lauren cerró la puerta de un portazo y se giró hacia Shane, se dio cuenta de que el temblor que no había visto en semanas había vuelto. Honestamente, no podía culparlo.

—Ella es... *encantadora*—, dijo Lauren con un resoplido—. ¿Por qué la dejaste entrar?

—Ella dijo que quería hablar sobre Rosie. Pensé que tal vez le había pasado algo y que podría ayudar, pero entonces apareció con estos papeles—. Levantó el sobre, que seguía cerrado.

—¿Te importa si echo un vistazo?— preguntó Lauren, cruzando la habitación y poniéndose justo delante de él. Todo esto le recordaba extrañamente a su propio sobre sorpresa del día anterior. Sólo que entonces había tenido miedo, y ahora estaba enfadada. Lívida, en realidad.

Suspiró y le entregó el expediente. —Mejor tú que yo, supongo. Sea lo que sea, no pueden ser buenas noticias.

—Yo no estaría tan segura—, murmuró Lauren, sus ojos recorriendo la página—. En realidad, podrían ser muy buenas noticias.

Leyó un poco más, moviendo los labios mientras hacía lo posible por discernir la farragosa jerga jurídica. —Dijiste que perdiste la custodia de Rosie en el divorcio. ¿Verdad?

Shane asintió y ella apenas captó el movimiento borroso de su visión periférica. —No me lo recuerdes—, gimió.

Pero Lauren insistió. —¿Cómo te enteraste?

—Se suponía que tenía que ir al juzgado para el veredicto final, pero no me atreví a hacerlo. No podía soportar ver cómo me arrebataban a Rosie, y nada menos que a manos de esa mujer. Así que me quedé en casa, y más tarde esa noche, Isabel me llamó y me contó lo que había pasado.

Pues por supuesto. Esa mujer no era buenas noticias.

—Shane, te mintió—. Le devolvió el sobre a Shane para que viera por sí mismo lo que había dentro.

—¿Q-qué?— Hojeó las páginas, pero las lágrimas frescas que habían brotado de sus ojos parecían imposibilitarle leer.

—Estos papeles son para la extinción de la patria potestad. Si ya la hubieras perdido, ella no estaría aquí insistiendo en que firmaras. ¿Algo cambió recientemente?

Y así, sin más, volvió su ira. Mientras tanto, la de Lauren nunca se había ido.

Shane enseñó los dientes. —Dice que se va a casar otra vez, y este nuevo imbécil quiere adoptar a mi hija.

—Y no puede, porque legalmente sigues siendo el padre de Rosie.

—¿Eso significa...?

—Shane, puedes ir a verla ahora mismo. Pudiste haberla visitado todo este tiempo.

Él sacudió la cabeza y dejó caer la mirada hacia el suelo. —¿Todo este tiempo?

—Todo este tiempo—, confirmó ella—. Hazme un favor y levántate.

Él la miró con signos de interrogación en los ojos, pero se levantó.

—Ahora abrázame y mírame mientras te hablo.

Se acercó y la rodeó en un abrazo. Ahora tenía toda su atención.

—Después de conocer a esa loca, te entiendo. Cometiste un error, Shane, pero eso no significa que tengas que seguir castigándote para siempre. Ella era mala para ti, pero *yo no*.

Él comenzó a alejarse, pero ella se aferró con fuerza a sus hombros. —Lauren, no puedo...

—Sé por qué piensas eso. Veo que el amor te ha herido, pero también puede sanarte—. Ella movió su mano a su corazón, como si pudiera curarlo con sólo su toque—. Yo no voy a ninguna parte. Así que, por favor, deja de apartarme.

Él lloró abiertamente y negó con la cabeza. —Isabel no siempre fue así. Yo la convertí en eso. Yo también la aparté. Puse a mi carrera antes que, a mi familia, y yo...

—Eres humano. Cometiste errores, pero aprendiste de ellos. No deberías tener que sufrir por el resto de tu vida. Aprendiste, Shane. Creciste. Cambiaste.

Shane apoyó la barbilla sobre su cabeza mientras murmuraba: —¿Por qué te gusto tanto? Si ni siquiera yo me gusto a mí mismo.

—Entonces tendrás que gustarme lo suficiente por los dos hasta que puedas aprender a ver lo que yo veo en ti. Ahora bésame otra vez.

Él se inclinó y apretó sus labios contra los de ella. Lentamente, ella sintió que la tensión abandonaba su cuerpo, que el dolor abandonaba su corazón. Harían falta muchas más palabras cariñosas y caricias amables para curar a Shane del daño que había sufrido, pero Lauren estaría allí, esperando, preparada.

Cuarenta Y Uno

Pasaron unos cuantos días. En cada uno de ellos, Isabel se pasaba por la cabaña, golpeando y gritando en la puerta. Y cada vez a Lauren le dieron ganas de soltarle los perros, pero, en lugar de eso, salía y le explicaba con calma que Shane le contestaría en breve, y que Isabel sería la primera en saberlo.

Pero eso no era lo que Isabel quería oír, y probablemente por eso seguía acosando a Shane, día tras día. Y por mucho que odiara verlo, Lauren se daba cuenta de que Shane se estaba desmoronando.

—Quizá debería firmar—, dijo él después de que Isabel les hiciera una visita aquel día.

—Si te rindes ahora, entonces estás tan loco como ella. Quizá incluso más—. Lauren se dejó caer en su regazo y lo miró fijamente a los ojos, lo cual era especialmente fácil teniendo en cuenta que sus rostros se alineaban perfectamente en esa posición—. Shane, esta es tu hija.

—Lo sé. *Por eso* estoy pensando en firmar—. Le pasó los dedos por el pelo, sin apartar su mirada de la de ella ni un segundo—. ¿Y si Rosie ama a este nuevo tipo? ¿Y si va a ser un buen padre para ella y yo lo estoy arruinando? No estuve ahí para ella cuando tuve la oportunidad, y ahora es demasiado tarde.

—Tienes que estar bromeando. ¿Recuerdas cómo mi madre y yo nos reconciamos después de más de veinte años separadas? Menos mal que viene esta noche. Ella misma te lo puede recordar y decirte lo estúpido que sería alejarse de esa relación—. Lauren le dio un beso rápido y dejó a Shane solo con sus pensamientos.

Por supuesto, Barb llegó temprano para la cena de esa noche, ofreciéndose a ayudar. —Trabajé como cocinera durante muchos años—, explicó mientras cortaba una zanahoria en juliana con pericia—. En cuanto dejé de ser lo bastante guapa para traer las mejores propinas, me trasladaron al detrás de escena. Por suerte para mí, me gustó. Y allí me quedé hasta que decidí que era hora de volver a mi estado natal.

—Lauren también es una gran cocinera—, dijo Shane, rodeándola con sus brazos por detrás mientras lavaba la lechuga para su ensalada—. Apuesto a que tienen muchas cosas en común y ni siquiera se han dado cuenta todavía.

Lauren giró la cara hacia un lado y aceptó un beso en la mejilla de Shane. —Apuesto a que ese también es el caso entre tú y Rosie.

Al oír el nombre de la pequeña, las orejas de Briar se agudizaron y soltó un quejido bajo.

—¿Ves?— dijo Lauren, sacudiéndoselo de encima y acercándose para consolar a la pobre perra—. Ella no se ha rendido todavía, y tú tampoco deberías.

—¿Rendirse?— preguntó Barb, lavándose las manos y secándose las en un paño de cocina blanco—. ¿Tienes una hija, Shane?

—Se llama Rosie y tiene siete años. Hace más de tres años que no la veo.

—Bueno, ¿y por qué no?

Shane miró a Lauren. —¿Todavía no se lo has dicho?—, preguntó. Una pregunta válida, ya que Barb y Lauren habían hablado por teléfono todas las noches de esa semana.

Lauren regresó al otro lado de la cocina y golpeó a Shane en el pecho, poniéndose de puntillas para parecer más autoritaria a pesar de su pequeña estatura. —¿Por qué debería contarle tus asuntos?

—Ella tiene razón—, dijo Barb con una risita, encendiendo el gas sobre la estufa y añadiendo un poco de mantequilla a una sartén—. Entonces, Shane, háblame de tu hija—, dijo mientras movía la mantequilla derretida de un lado a otro para cubrir toda la superficie de la sartén.

A Shane se le iluminaron los ojos cuando les contó la obsesión de Rose por todo lo rosa, la forma en que saltaba a sus brazos cada noche cuando llegaba de trabajar con los perros y cómo su cuento favorito para dormir era Clifford, el gran perro rojo. —Así era ella hace tres años—, terminó—. No sé cómo es ahora. Acabamos de enterarnos de que sigo teniendo la custodia parcial.

Barb asintió mientras él compartía cada recuerdo. Cuando terminó, le dijo: —Ahora dime por qué estás dispuesto a renunciar a la oportunidad de conocer a su yo de ahorita.

Él se encogió de hombros y se apartó de la estufa. —Porque metí la pata. No merezco conocerla.

—¿Pero mereces tener tus brazos alrededor de mi hija, aquí en esta cocina?—. Barb dijo con un guiño.

—Confía en mí—, dijo Lauren, arrastrando los dedos por el pelo de Shane—. Eso requirió mucho convencimiento.

—Cariño, escucha a esta vieja. Ninguna razón es lo suficientemente buena para renunciar a tu pequeña. Ni una sola—. La mantequilla de la sartén crepitó y empezó a dorarse. Barb cogió las cebollas que Lauren había picado antes y las echó en la sartén.

Shane suspiró y caminó hacia la mesa con la ayuda de su bastón. —Tal vez, pero-

—¡Pero nada! Si no te arriesgas ahora, podrías encontrarte un día muriendo de cáncer y preguntándote si tu chica te perdonará lo suficiente como para arriesgarse a conocerte.

—Si no estás presente—, dijo Lauren en voz baja—. Isabel puede decirle a Rosie lo que quiera, y Rosie la creerá, igual que yo le creí a mi padre.

Barb asintió mientras cogía un trozo de jengibre de la nevera. —¿Es eso lo que quieres? ¿Que tu hija te conozca sólo a través de lo que diga otra persona? ¿O prefieres tener una relación de verdad?

Shane se acomodó con cuidado en la silla de madera. —¿Pero cómo?

—Igual que yo: dale la oportunidad. No decidas por tu hija si te quiere o no en su vida. Es demasiado joven para eso. Simplemente está presente. Muéstrale que nunca es tarde para pedir perdón por tus errores. Enséñale cómo ser un hombre fuerte y lo que un buen hombre hace por su familia.

Asintió como si de repente las cosas que Lauren le había estado diciendo durante días tuvieran todo el sentido del mundo cuando se las explicaba alguien con un poco más de experiencia. —¿Y después?

—El resto depende de ella, querido.

Cuarenta Y Dos

Convencido por Lauren y Barb, Shane finalmente aceptó luchar por su hija.

Como era de esperar, a Isabel no le hizo ninguna gracia oírlo. —Esto no cambia nada. Tom y yo nos las llevaremos a Texas. Entonces no podrás verla de todos modos. Sé que no renunciarás a tus preciosos perros, y *tú sabes* que nunca estuviste hecho para ser padre.

—Mantente fuerte—, le recordaba Lauren cada vez que Isabel se acercaba—. Tu hija merece tener al menos un padre cuerdo en su vida.

Shane se rió. —Lo creas o no, Isabel es en realidad una madre estupenda. Sólo es una pésima esposa, persona y cualquier otra cosa. Es la única razón por la que estuve tan cerca de darme por vencido.

—Pero no te darás por vencido, ¿verdad?— Dijo Lauren, cruzándose de brazos. ¿No habían pasado ya por esto un millón de veces?

—No—, confirmó él—. De hecho, ya me puse en contacto con mi abogado y ya determinó una fecha para volver a la corte. Incluso está haciendo una cláusula que estipule que Isabel no pueda alejarse de mí más de doscientos kilómetros—. Shane se detuvo y frunció el ceño.

—Esa es una gran noticia—, exclamó Lauren—. Por lo que no entiendo esa cara larga, amigo—. Ella le empujó juguetonamente la barbilla hacia un lado con el puño, pero él seguía sin sonreír.

—La fecha que nos dieron es el mismo día de tu gran carrera.

—¿Y qué? ¿A quién le importa?—, soltó ella.

—A mí me importa—, dijo él, besándole la frente—. Quiero estar allí en tu gran día.

—No vas a faltar a esa cita en el juzgado.

—Podría cambiarla...

—¡No, ni hablar! Shane, habrá otras carreras, pero sólo tienes una hija.

Continuó enfurruñado, y eso hizo que Lauren se enfadara con él. ¿Podría honestamente estar considerando deshacer todo el progreso que había hecho para recuperar a su hija por una estúpida carrera?

—Necesitarás mi ayuda para preparar a los perros, y...

Le puso un dedo en los labios para que se callara. —Y *nada*. Puedo pedirle ayuda a Scarlett. Le encantará. Y después, podemos ir todos a cenar para celebrar la custodia y mi gran victoria.

Shane se rió y le besó el dedo. —Amo cómo piensas. Y también te amo a ti.

—¡Por fin!— Dijo Lauren con un resoplido exagerado—. Empezaba a pensar que nunca me lo dirías.

Parecía confuso. —¿Qué? ¿Qué te amo? Te lo he dicho antes, ¿no?

Lauren sacudió la cabeza con una sonrisa. —No, esta fue la primera vez. Ahora, si no te

importa, me encantaría volver a oírlo.

—Eres tan mandona—, dijo, acercándose a pellizcarle el labio inferior—. Pero es verdad. Te amo, Lauren Dalton.

—Y yo también te amo, Sr. Gruñón.

Apretó su frente contra la de ella y respiró hondo. —¿Sabes? Realmente te creo que me ames—, dijo.

Lauren le golpeó juguetonamente en el hombro. —¡Eh!

—Eh, nada. Nunca le creí del todo a Isabel. Había algo en su forma de decirlo, como una vacilación.

—No me hagas hablar de esa bruja—, dijo Lauren, prácticamente enseñando los dientes.

Shane siguió sonriendo a pesar del inquietante cambio de tema. —Cuando gane la custodia, la verás mucho más. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé—. Ella se encogió de hombros, pero sus ojos permanecieron curiosos mientras la observaba y esperaba que revelara alguna verdad secreta. Francamente, los dos ya habían pasado por suficientes verdades secretas para toda una vida.

—¿Te parece bien?—, preguntó lentamente, y ella puso los ojos en blanco, luego sonrió para que él supiera que hablaba en serio.

—Claro que me parece bien, porque, no importa qué, seguirás siendo mío.

Acercó su cara a la de ella —. No sé por qué crees que soy un buen partido, pero me alegro.

—A mí también. De verdad, de verdad.

Sus rostros permanecieron cerca, y ella sintió cada sílaba que él decía acariciando sus labios. —Entonces, dime, ¿me seguirás amando, aunque pierda?

Ella asintió levemente y dijo: —Te amaré más, porque lo necesitarías más.

—¿Y si nunca mejoro? ¿Me amarías entonces?— Su voz se entrecortó con esta pregunta, y Lauren se apartó para estudiar su rostro.

—Eso no suena como una hipótesis, Shane. ¿Hay algo que quieras decirme?

Sus ojos parecían temblar, como si el temblor que a veces tenía en las manos se hubiera desplazado hacia allí. Su voz salió áspera, como si cada palabra tuviera que luchar para salir.

—No estoy mejorando, Lauren. Con el tiempo podría ser capaz de caminar sin ayuda, pero no hay manera de que mis rodillas puedan soportar la tensión de estar detrás de un trineo.

—¡Pero amas esta vida!

—Te amo más a ti—, murmuró.

—Shane, no. Puedes tenerme a mí y a los perros. No tiene que ser una elección.

Sacudió la cabeza, y la primera lágrima se derramó sobre su mejilla. —No es una elección. Cuando me ingresaron después del accidente, los médicos me dijeron que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que volviera a caminar. Hasta ahora, he estado en el lado afortunado de esa ecuación, pensando que podría forzar aún más mi suerte si seguía intentando forzar a mi cuerpo a una especie de recuperación milagrosa. Ya es hora de que acepte la verdad, ¿no crees? Ya no soy un musher, y eso está bien.

—¿Por qué estaría bien que estés perdiendo una de las cosas que más amas en este mundo?— continuó argumentando, perdiendo vapor mientras lo hacía.

—Porque te tengo a ti, Lauren.

—Menudo premio de consolación soy.

Shane le cogió las mejillas con las palmas de las manos y le giró la cara hacia la suya. —Lauren, eres todo lo que siempre quise, pero nunca me atreví a esperar. Cuando llegue el momento y todo se arregle con Isabel y Rose, voy a casarme contigo, y tú vas a ocupar mi lugar

en el trineo.

Lauren prácticamente tuvo que pulsar el botón de rebobinado para asegurarse de que le había oído bien. Sólo que, lamentablemente, no había control remoto cuando se trataba de su vida. —Espera, ¿qué? Es mucha información para asimilar de golpe. ¿Acabas de proponerme matrimonio?

La alegría bailó en sus ojos azules como una tormenta. —Supongo que sí. No ha sido la proposición más romántica, ¿eh?

Lauren se río. —Ni siquiera me preguntaste. No estoy segura de cómo responder.

—Lauren Dalton, ¿prometes amarme para siempre? ¿Me aceptarás a mí y a todo lo que soy? ¿Te casarás conmigo?

—Está bien—, dijo ella con otra carcajada.

—¿Esa es tu respuesta?

Ella entrecerró los ojos. Tal vez había heredado algunas de las habilidades de actuación de su madre, después de todo. —¿Esa es tu propuesta?

—Te prometo que, cuando menos te los esperes, recibirás la proposición que te mereces —, dijo, entrelazando sus manos y meciéndolas hacia adelante y hacia atrás sobre sus regazos.

Lauren enarcó una ceja. —Pero no me hagas esperar demasiado. Es un poco incómodo vivir aquí con mi novio. Mi padre no me educó así.

—Ojalá hubiera podido conocerlo—, dijo Shane, besándole los párpados.

—Te habría amado, Shane.

—Yo ya lo amo por haber criado a una hija tan increíble. Mi prometida—, dijo con una sonrisa enorme y descarada—. Mira, no tengo anillo, pero lo tendré. Conseguiré uno. Hasta entonces, te doy todo lo demás.

—¿Qué quieres decir?

—Los perros, el trineo, el camión, la cabaña. Todo.

—¿Vas a alguna parte?

—Tengo que jubilarme. Mis días de carreras han terminado, pero Lauren, los tuyos acaban de empezar.

—¿Y?— La habitación empezó a girar. Pánico. ¿Se estaba muriendo Shane, también?

Pero él, afortunadamente, la tranquilizó en el segundo siguiente. —Quiero que tomes mi lugar como musher, y yo quiero ser tu adiestrador. Contrataremos a alguien a tiempo parcial para las tareas que yo no pueda hacer físicamente. Una vez soñé con ser el mejor corredor de todo el estado, pero no lo logré. Juntos, podemos asegurarnos de que tú sí lo logres. Lauren, eres increíble. Puedes hacer cualquier cosa que quieras. ¿Me crees?

—Empiezo a creerte—, dijo, y era la pura verdad.

Cuarenta Y Tres

Lauren intentó de nuevo mirar su reloj y en vez de eso, sus ojos se encontraron con un montón de manoplas. Shane estaba en la corte ahora mismo y ella deseaba más que nunca poder estar a su lado, apoyándolo.

—Sí. Eso es una manopla, Lauren—, dijo Scarlett, saludando a Lauren mientras enganchaba a otro perro—. Ahora concéntrate, por favor. Estamos a un par de salidas de la nuestra.

—Estaba pensando en Shane y...

—No, nada de eso, chica. ¡Es hora de la carrera! Necesitas tener tu mente en tus cachorros y tus cachorros en tu mente—. Scarlett hizo todo lo posible para imitar señales pandilleras con sus guantes, y fue la cosa más adorablemente torpe jamás vista.

Lauren se río y sacudió los brazos y las piernas para despertarse de nuevo. —Tienes razón, tienes razón. Realmente tengo suerte de tenerte aquí, conmigo, manteniéndome centrada.

—Sí, lo eres—. Scarlett río, palmeando a su amiga en el hombro mientras agarraba otro perro.

Un hombre con un portapapeles se acercó. —Bien, veamos, tenemos a Lauren... Dalton. ¿Tienes alguna relación con Eddie Dalton?—, dijo el funcionario, marcando su hoja.

Lauren asintió. —Sí. Mi padre... falleció hace poco.

—Lamento oír eso—. Al funcionario le brillaron los ojos y se acercó para estrecharle la mano—. Pero, sabes, solía verlo correr cada vez que podía. Por eso sigo siendo voluntario en estos eventos. Seguro que ahora está mirando y animando a su pequeña. Y no será el único.

Lauren sintió las lágrimas en las esquinas de sus ojos. —¿Gracias, Sr....?

—Benjamin. Ben Benjamin—, dijo con un amistoso movimiento de cabeza—. Sí, no te olvidarás de eso pronto, apostaré.

Cuando miró el cronómetro que colgaba de su gruesa chaqueta, sus ojos se abrieron de par en par y enderezó la postura. —Oh, mira eso, sólo tenemos dos minutos hasta tu salida, así que tengo que repasar algunas cosas contigo. Bloqueemos las curvas que no debes tomar y tenemos observadores en esos puntos, sólo una formalidad. Hay una bandera a un kilómetro y medio de la meta. Estamos animando a los mushers a no pasar después de la bandera, pero si tienes que pasar, tienes que pasar.

Lauren asintió con la cabeza, entumecida, y se preguntó una vez más si realmente estaba hecha para esto. Scarlett le dio una palmadita en la espalda y le dijo que el equipo estaba listo. Miró hacia la fila, llamando la atención de Fred y Stella junto al trineo, los perros más grandes ya tensándose contra sus arneses.

—¿Listos, Fred, Stella? ¿Hank, Wendy, Kelly, Norm, Bob, Maude, Richard, Emily? ¿Y ustedes dos, Jack y Carol?—, gritó. Los perros ladraron en respuesta y tiraron con fuerza de sus

arneses, listos para comenzar en cualquier momento.

Scarlett tiró del gancho de nieve y lo colocó en la cesta antes de dirigirse al frente de la fila y sujetar los cuellos de los perros guía. Lauren desató la correa y puso todo su peso en el freno de pie.

El Sr. Benjamin había llegado a su puesto y la saludó con la mano, levantando el pulgar. Ella le respondió con otro gesto.

Sonó un fuerte pitido de una sirena, y Scarlett soltó el equipo en respuesta.

Lauren saltó del freno de pie y empezó a correr, empujando el trineo como un corredor de trineo. —¡Hike! ¡Hike! Hike!—, gritó, instando al equipo a avanzar.

Por un momento, Lauren pensó que estaba a punto de tropezar y caerse de nuevo del trineo. Pero no fue así. El trineo ganó velocidad hasta que la superó, y ella tiró del manillar, saltando con confianza a los estribos.

Iban más deprisa de lo normal sin Shane en la cesta, pero cuando miró hacia abajo, donde él normalmente se sentaba, había un pequeño husky de peluche mirándola fijamente. Se rió en voz alta, deseando poder llamarlo en ese momento para darle las gracias. Ahora, con la incorporación de su pequeño pasajero, era como si Shane estuviera allí con ella, gritándole correcciones y dándole consejos.

El sol brillaba y se reflejaba en la nieve, creando la ilusión de miles de pequeños arco iris. Miró más allá de los perros y vio la belleza de Alaska. Allí, en el horizonte de aquel hermoso paisaje, vio todas las cosas que más le importaban: su futuro como musher, su futuro con Shane y Rosie. Incluso vio la cara sonriente de su padre en el cielo azul pálido.

Allí era donde debía estar. Después de años de no saber cuál era su lugar en el mundo, el futuro se presentaba claro como la nieve más blanca. Como si el mundo se hubiera abierto y dicho: "Bienvenida a casa, Lauren".

Cuarenta Y Cuatro

La carrera pasó en un borrón. Lauren terminó rápido y luego le dejó los perros a Scarlett, sin esperar siquiera a saber su tiempo.

—Tengo que ir al juzgado. Tengo que saber cómo le fue a Shane—, gritó emocionada mientras ayudaba a Scarlett a estabilizar el trineo y le daba las llaves del camión.

—¡Ve, ve!—, la apremió su amiga—. Averiguaré tu tiempo y luego llevaré los perros a casa. Toma...— Scarlett sacó las llaves del bolsillo de su abrigo y se las tendió a Lauren—. Así llegas más rápido. Felicita a Shane de mi parte—, dijo con una sonrisa maliciosa.

—¡También le daré un beso de tu parte!— gritó Lauren por encima del hombro, trotando hacia el estacionamiento.

—¡Por favor, no!— Scarlett gritó de vuelta.

Lauren calentó el antiguo Subaru de su amiga y atravesó la ciudad a toda velocidad, deteniéndose frente al juzgado y atravesando sus puertas.

Miró a todas partes, pero no pudo encontrar a Shane. Pero entonces su teléfono zumbó en su bolsillo.

¡Shane!

—¿Cómo te fue?—, dijo él en cuanto ella contestó.

Al mismo tiempo, ella gritó: —¿Dónde estás?

Ambos se rieron.

—Estamos en García, en Eagle River—, dijo él.

—¿Estamos?

—Sí, Rosie y yo. Ella quería comida mexicana, y yo sólo quería empaparme de todo su ser.

La niña se río en el fondo y Lauren sintió que su corazón crecía dos tamaños al igual que el Grinch.

—Iré tan rápido como pueda—, dijo, ya corriendo de vuelta al viejo vehículo de Scarlett.

De camino al pequeño restaurante suburbano, Scarlett llamó para avisarle a Lauren de que ella y los perros estaban a punto de regresar a la cabaña de Thornfield Way. Lauren puso la llamada en altavoz y se acomodó el teléfono en el regazo, ya que el coche de Scarlett no tenía Bluetooth.

—¡Llegaste de tercera, Lauren!—, gritó su amiga tan alto que Lauren se preguntó si el altavoz era siquiera necesario—. Si esto fueran las Olimpiadas, tendrías un gran y hermoso bronce colgando de tu cuello.

—Qué emoción. Gracias por estar ahí para mí hoy, y siempre, en realidad.

—Tú lo vales, chica. Ahora, cuéntame todo sobre Shane. ¿Está feliz?

—En realidad, está en Eagle River. Estoy conduciendo hacia allí para encontrarme con él

ahora.

—¿Y?

—Recuperó a su hija. No sé todos los detalles, pero ahora está con ella. Y, Scar, nunca oí a ese hombre sonar tan feliz.

—Parece que ahora vas a tener que buscarle un nuevo apodo—, dijo Scar riendo.

—¿Qué tal Sr. Genial?— Dijo Lauren con una sonrisa.

Scarlett dejó escapar un suspiro exasperado, que rápidamente se deshizo en risitas. —Eso es incluso peor que mis bromas. Diviértete y conduce con cuidado.

—Lo haré. Tú igual.

Unos quince minutos más tarde, Lauren entró flotando en el restaurante y Shane se levantó para saludarla con un abrazo enorme. —¡Ahí está mi campeona!

—Más bien tu segunda finalista—, dijo ella—, Pero no me molesta que me llames campeona, Sr. Genial—. Ella le sonrió, preguntándose qué pensaría del nuevo apodo.

—¿Señor Genial?— Shane se ríó y puso los ojos en blanco—. ¿Se le ocurrió a Scarlett? Eso lleva su nombre escrito por todas partes.

Ella le devolvió la mirada con los ojos en blanco, y luego saludó a Rosie, que estaba sentada con las piernas recogidas bajo la mesa. —Hola. Soy Lauren—, dijo.

—¿Eres la novia de mi papá?— preguntó Rosie. Lauren observó que Rosie tenía los rasgos oscuros y la complexión delicada de Isabel, pero sus preciosos ojos azules eran réplicas exactas de los de Shane.

—Así es—, dijo Lauren—. Claro, si te parece bien.

—Sí—, dijo la niña, moviéndose en la cabina y haciendo un gesto para que Lauren se sentara a su lado—. Por cierto, eres muy linda—. Ella ya amaba a esta niña.

—Gracias. Tú también.

—¿Te vas a casar con mi papá como Tom se va a casar con mi mamá?

Lauren levantó ambas cejas. —Sólo si te parece bien.

Ahora fue Rosie la que puso los ojos en blanco. —Sólo soy una niña, señorita Lauren. No puedo tomar estas grandes decisiones.

Lauren y Shane se rieron, y las mejillas de Rosie se volvieron tan brillantes como su tocaya.

Llegó el camarero y Shane pidió un combo gigante para Lauren, insistiendo en que probara un poco de todo en García's igual que habían hecho con la comida de Maurice's.

—Rosie, resulta que conozco a una amiga tuya—, le dijo Lauren a la niña, quien estaba coloreando dibujos de flores y corazones en su mantel. Sacó el celular y hojeó el carrete de la cámara. Por fin encontró la que quería y se la pasó a Rosie.

—Es mi perro—, gritó Rosie—. Se llama Rose, como yo. Se llama Briar Rose.

—Síp—, Lauren dijo con una sonrisa tan grande que simplemente no pudo contener—. Y me dijo que te echa mucho de menos. ¿Te gustaría venir a visitarla a casa de tu padre...?— Miró a Shane, quien asintió en señal de aliento—. ¿Tal vez este fin de semana?

—Oh, sí, por favor. Tendré que preguntarle a mi mamá si le parece bien—. Rosie movió la cabeza de arriba abajo y se removió emocionada en su asiento.

—Esa es una buena idea—, dijo Shane, extendiendo la mano para sostener la de Lauren a través de la mesa—. Siempre debes pedir permiso a tu madre primero, pero tengo la ligera sospecha de que esta vez, ella va a decir que sí.

Cuarenta Y Cinco

Un año después

Lauren contemplaba el mar de gente mientras se le nublaba la respiración aquella luminosa mañana de marzo. Apenas podía creer que hubiera llegado hasta aquí. Estaba a punto de correr la Iditarod, y todos los blogs predijeron que tenía muchas posibilidades de quedar entre los diez primeros, a pesar de que sólo era su primer año y a pesar de que ésta era la carrera más importante de todas.

Las calles de Anchorage habían sido acordonadas para la ceremonia de salida. Después de la fanfarria, sólo estarían ella y los perros contra la gran naturaleza de Alaska durante más de ocho días, al menos, en su camino triunfal hacia Nome.

La familiar figura de Ben Benjamin con un portapapeles se acercó. —Bueno, pero si es Lauren Dalton. Me alegro de verte en las grandes ligas, chica. El viejo Eddie estaría muy orgulloso.

—Gracias—, dijo Lauren—, pero soy Lauren Ramsey ahora.

—¡Bueno, vaya! ¿Ves? Muchas cosas pueden cambiar en un año. La última vez que te vi, quedaste tercera. ¿Cómo crees que te irá esta vez?—. Dibujó una marca en su hoja mientras esperaba su respuesta.

—Honestamente, Sr. Benjamin, no se trata de si ganas o pierdes. Es cómo corres la carrera.

Dejó escapar una carcajada. —¿Estás segura de que estás siendo entrenado por *el* Shane Ramsey?

Shane saludó desde la canasta, donde estaba sentado con Rosie frente a él. —Bueno, soy su marido, después de todo.

—El mejor marido y el mejor entrenador que hay—, dijo Lauren con orgullo.

—Bien por ti, chica—, dijo el señor Benjamin—. Vas a llegar lejos.

—¿Lo suficientemente lejos como para llegar a Nome?— Scarlett, la mejor amiga de Lauren, dijo desde la parte trasera del trineo doble que Lauren había enganchado a su equipo.

—¿No va a acompañarnos esta vez, señorita Cole?— le preguntó el amable oficial a Scarlett.

—Oh, esta vez, es sólo el comienzo—, bromeó Scarlett—. La próxima vez, será el mundo—. Dejó escapar su risa de villana de Disney, y Rosie se le unió.

—Me iré, entonces—, dijo el Sr. Benjamin—. Buena suerte ahí fuera. Recuerda que te apoyo.

Todos se despidieron con la mano y esperaron a que sonara el claxon de salida.

—¿Tienes a mamá?— Lauren le preguntó a Scarlett.

—Aquí en mi cesta—, respondió su amiga, refiriéndose a la urna que contenía las cenizas de Barb. Lauren había pasado cinco meses enteros llenos de momentos maravillosos conociendo a su madre antes de que el cáncer se la llevara al cielo, y había estado agradecida por cada uno de ellos.

Había aprendido que nunca era demasiado tarde para encontrar la redención, ni para descubrir tu verdadero camino. Sobre todo, había aprendido a ser madre de la preciosa niña de ocho años que pasaba todos los fines de semana -y algunos miércoles- en la cabaña con ella, Shane y Briar Rose.

Habían cambiado tantas cosas en el último año y, sin embargo, Lauren se sentía más ella misma que nunca.

Los locutores la llamaron por su nombre y ella salió. Los perros querían actuar para la multitud que se alineaba en las calles cubiertas de nieve. Saltaron al unísono, con las lenguas colgando de sus bocas y corrieron por la ciudad.

A lo largo del camino, los niños se acercaban a ella y ella les chocaba los cinco, con un cálido resplandor en el corazón. Rosie también se río e intentó chocar los cinco con los espectadores, y cuando pudo alcanzarlos, Lauren se aseguró de chocar los cinco con su hija.

Su hija. Su esposo. Sus fans.

Esta era realmente su vida ahora.

Hace poco más de un año, Lauren había perdido su corazón en Nueva York. Ella nunca esperó encontrarlo aquí en Alaska entre las nuevas personas que ahora formaban su familia, pero eso es exactamente lo que había sucedido.

Y así es como una chica que nunca había creído en los cuentos de hadas consiguió ser feliz para siempre, después de todo.

Acerca de Melissa

Melissa Storm, autora de bestsellers del *New York Times* y del *USA Today*, es más que feliz con un libro en las manos y una mascota en su regazo.

Sus aventuras más emocionantes siempre han nacido de su propia "imaginación hiperactiva", lo que a menudo la metía en problemas cuando era niña. Sin embargo, ahora que ha crecido, recibe elogios por sus ingeniosas historias de romance, humor, dulzura e inspiración.

Esta tímida autora vive en el corazón de Alaska con su marido, su hija y un animado zoo doméstico rebosante de gatos y perros mimados. Melissa sueña con criar algún día abejas en su patio trasero, pero le ha prometido a su hija que resistirá esta particular tentación. Por ahora.

¡Suscríbete a su boletín en www.MelStorm.com!

Agradecimientos

Tengo que dar las gracias a un número récord de personas por este libro. Permítanme empezar por mi marido, Falcon. Él no sólo me enseñó acerca de la gran carrera, sino que también prestó muchas de sus propias experiencias personales como adiestrador a Lauren como parte de su historia.

Mi hija, Phoenix, es la razón de todo, incluida la razón por la que escribo historias que pretenden elevar e inspirar, como espero que haya hecho esta.

Otras inspiraciones para esta serie han sido mi doble amor por la literatura clásica y los cuentos de hadas de Disney. Decidí empezar la serie con mi favorito de cada campo: Jane Eyre, de Charlotte Brontë, y La Bella y la Bestia. Me divertí mucho entretejiendo pequeños huevos de Pascua, ¡y espero que disfruten cazándolos mientras leen!

Obviamente, mis cinco perros fueron una gran fuente de inspiración y apoyo para este libro, especialmente nuestra chica Pomsy, Sitka.

Mis lectores, que me animan a seguir adelante cada vez que me asalta la duda. Créanme, los libros ni siquiera se escribirían sin su apoyo inquebrantable. Los autores no existen sin los lectores.

A Dios, por darme el don y la plataforma para contar mis historias al mundo.

A mi editor, corrector, ayudante, colegas y a todos los que me ayudaron a pulir este libro hasta que brilló.

Y mis alumnos también merecen un enorme agradecimiento. Los más de doscientos autores que se unieron al curso que documenta la creación y promoción de este libro me animaron en cada paso del camino. Me han hecho rendir cuentas, me han mantenido alerta y, sobre todo, ¡me han enseñado! Me ha encantado conocerlos a todos, pero creo que la favorita de la profesora, Ines Johnson, merece un reconocimiento especial. Si te gustan los libros de fantasía urbana, echa un vistazo a los suyos.

Gracias por acompañarme en este viaje y permitirme vivir mi mejor vida haciendo lo que amo.

Gracias por permitirme existir. Me gusta mucho estar aquí, y estoy deseando verlos la próxima vez en el segundo libro de la serie llamado Perro de trineo.